EL TEATRO DEL URUGUAYO

FLORENCIO SANCHEZ

VRO BALLESTER

LOS DERECHOS DE LA SALUD

EN FAMILIA

MONEDA FALSA

Prólogo de Juan José de Soiza Reilly

DITORIAL CERVANTES - VALENCIA

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/losderechosdelas510sanc

3207

EL TEATRO DEL URUGUAYO FLORENCIO SÁNCHEZ

T. II

FLORENCIO SÁNCHEZ

NACIÓ
EN MONTEVIDEO
EL 17 DE ENERO DE 1875
MURIÓ
EL 23 DE NOVIEMBRE DE 1910
EN MILÁN
SU VIDA FUÉ DOLOROSA
Y TRIUNFAL

EL TEATRO DEL URUGUAYO
Florencio Sánchez

TOMO II

LOS DERECHOS DE LA SALUD
EN FAMILIA
MONEDA FALSA

Prólogo de JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

EDITORIAL CERVANTES
Colón, 52.—VALENCIA
1920

ÍNDICE

	Págs.
Florencio Sánchez y el drama de su vida.	5
Los derechos de la salud.	15
En familia.	81
Moneda falsa.	135

Florencio Sánchez y el drama de su vida

Contar la vida de Florencio Sánchez, es avergonzar a todos sus contemporáneos. ¡Da vergüenza haber vivido con él, haber visto su nombre en los carteles e ignorar que era un hombre de genio! ¡Da vergüenza haber tenido veinte mil ocasiones de besarlo en la frente y dejarlo morir, para saber más tarde que ha tenido talento y que los siglos futuros verán en él a un ser de privilegio olímpico. ¡Las generaciones venideras con qué desprecio hablarán de la nuestra, al evocar la figura encorvada de Florencio, tosiendo. Echando sangre. Vagando como un ebrio por todas las secretarías de los teatros con sus obras magníficas e inéditas!... ¡Se hablará de los contemporáneos de Florencio con el desdén con que nosotros sonreímos de la ignorancia de aquellos que asistieron a los estrenos de las obras de Shakespeare, sin averiguar el nombre del autor de esas obras! ¡Qué imbéciles debieron ser aquellos públicos de Londres que la noche del estreno, después de oir hablar a Hamlet y llorar a Ofelia, no preguntaron dónde estaba el autor de esas bellezas para pasearlo en andas, como a un rey por las calles! Pero... ¿Para qué? Era innoble aplaudir a un simple cuidador

675291

de caballos... Es el mismo desprecio que sentimos por aquellos contemporáneos del general Belgrano que le veían morir de achaques, de vejez, de hidropesía y de miseria, sin darle una limosna... «Ya no podré ir a morir a Buenos Aires—decíale Belgrano a su amigo Balbín—. No tengo recurso alguno para moverme. Me moriré de hambre». Al salir de Tucumán y llegar a Córdoba, Belgrano pidió ayuda al gobierno. Le negaron hasta la comida... Y si el héroe argentino pudo llegar a Buenos Aires, a morir en su cama, fué gracias a la caridad de un italiano, D. Carlos del Signo, que el general Mitre ha inmortalizado en la historia del prócer...

¡Ah! ¡Lindo desdén nos espera dentro de un siglo, cuando las repúblicas platenses se pueblen con las estatuas de Florencio y cuando su nombre despierte, a la distancia, la admiración serena con que amamos a Shakespeare! Lindo desdén nos espera cuando se repita la historia de Florencio. ¡Qué historia! Y se horrorizarán de nuestra ignorancia cuando se les diga que Florencio, para poder comer, vendía en cinco pesos cada acto de sus obras. Esas obras escritas en las hojas de los telegramas. Hojas de telegramas que, con Antonio Monteavaro, o con Luis Doello Jurado, o con Martínez Cuitiño o conmigo, iba el pobre Florencio a robar a las oficinas del telégrafo. A robar, sí, señor... Entraba moviendo la cabeza para todos lados. Hamacaba los brazos como los indios viejos. Echaba una ojeada sobre las ventanillas para cerciorarse de si los telegrafistas lo veían. Buscaba un block de formularios. Se arrimaba a un pupitre y hacía como si escribiera algún despacho. Después, echando todo el cuerpo sobre el pupitre, doblaba el block. Se lo metía en el bolsillo. Y salía, moviendo la cabeza y hamacando los brazos. Riéndose como un niño, por dentro y por fuera. Era tal la costumbre que tenía de escribir sus obras

sobre las hojas telegráficas que, años después, iba aún al telégrafo y compraba formularios para escribir sus dramas.

—Pero Florencio... Yo te puedo mandar a tu casa buen papel. Me lo dan en la imprenta...

—Gracias, viejo. ¿Sabés? Anoche me puse a escribir en un papel satinado que me dió Ingenieros. No me salía nada. Estuve tres horas peleando con la pluma para bordar una escenita y todo se me chingó. ¿Sabés por qué? Porque no era papel de telegramas... La maña, che.

Y así era—todo luminoso de sencillez—sin la menor afectación. Era la bondad andante... Uno de sus amigos íntimos—hombre de vigoroso ingenio y tan bueno como el mismo Florencio—, el hoy Dr. Vicente Martínez Cuitiño, ya lo manifestó en el admirable prólogo de *Barranca abajo*. «No conocí—dice—un ser más bondadoso ni más infortunado que Florencio, acaso porque, como lo afirma uno de sus más sombríos personajes, la desventura es el efecto inmediato de la bondad».

Florencio Sánchez vivió 35 años. Nada más... Sin embargo, su vida fué tan intensa, su eficacia artística fué tan grande, su corazón fué tan noble y la injusticia de los hombres fué tan recia, que aquellos 35 años que vagó por la tierra, valieron por 80...

He dicho que vivió 35 años. Sí... Pero de esos 35 años, vivió 28 lejos de la fama. Hasta los 28 años, nadie más que un selecto núcleo de amigos íntimos supo valorar lo que valía... Eso sí; tuvo amigos fieles que no le negamos jamás, ni aun cuando el gallo cantó bíblicamente. El primero de todos los amigos de Sánchez debe ser citado con los honores del clarín: es Joaquín de Vedia – el niño viejo de las barbas hirsutas—el «viejo» Joaco que todos queremos y admiramos porque es de aquellos rastreadores sinceros y santos que, cuando encuentran

en las aguas del río una pepita de oro, la levantan en la mano, y en vez de guardársela en el bolsillo la elevan hacia el sol, para que el sol se goce en el hallazgo... Fué Joaquín de Vedia quien descubrió a Sánchez. Fué él quien lo levantó en sus brazos y lo mostró a la muchedumbre anónima, gritando desde su ventana, como se hace con los que nacen reyes:

—¡He aquí un rey!

M'hijo el dotor estrenóse a instancias de Joaquín. Se estrenó el 13 de Agosto de 1903. El éxito fué clamoroso. Florencio saltó del anónimo a la popularidad, con aquella misma serenidad e idéntica modestia que fueron siempre los rieles de su vida. Siete años después del primer triunfo, murió.

Cuando los hombres cambian de fortuna o de fama, suelen mudar de amigos. Florencio, a despecho del triunfo, siguió viviendo con sus amigos viejos. Prosiguió mezclado a la muchacha soñadora que dividía con él la galleta y el agua de la bohemia de los dioses... Luis Doello Jurado, hoy sapiente y respetado profesor del colegio nacional de Gualeguaychú, fué siempre un báculo para el dramaturgo. Antonio Monteavaro, que tuvo siempre el dolor de saber que tenía más talento que aquel que demostraba, fué un hermano de Sánchez. Por eso Florencio lo defendía en todos los cenáculos.

—Monteavaro es un envenenado—le decían.

—¡No! ¡No! Ustedes no conocen a Monteavaro. Monteavaro es bueno. Tiene el alma blanca como la leche...

—...Como la leche agria—me contestó el mismo Monteavaro, cuando le conté la defensa que le hiciera Florencio.

La noche que se estrenó *M'hijo el dotor*, Monteavaro lloraba, besando a Florencio. Le besaba las sienes, diciéndole:

—Déjame, querido viejo, que te bese en el nido de la gloria...

Todos se reían. Pero lo conmovedor era que Monteavaro

lloraba de verdad y de ajenjo. Y lo más conmovedor para nosotros, todavía, es que aquello del «nido de la gloria» era verdad. ¡Era verdad, gran Dios!

Jose Ingenieros, que es, como Vedia, de los buzos prácticos en descubrir hombres de talento, y que tiene, a su vez, el talento de admirarlos sin envidia, predijo, antes del triunfo popular, los laureles del indio dramaturgo...

Algunos intérpretes de *M'hijo el dotor* fueron quienes, con cálido entusiasmo, animaron a Florencio. Y lo animaron en el momento de mayor desencanto. Pláceme citar a mi distinguida amiga Blanca Podestá, la que con mágica sinceridad interpreta las figuras femeninas, trágicas y amorosas del teatro de Sánchez. Vicente A. Salaverri, en el hermoso y vibrante prólogo que lleva la edición *Cervantes* de las obras de Sánchez, hecha hace poco, refiere algunos recuerdos de Blanca Podestá. Son bellos. Debo reproducirlos.

«Una tarde—refiere Blanca—, siendo la hora del ensayo, apareció Ezequiel Soria, el director artístico, con un jovencito flaco, huesudo y astroso, que apretaba en la diestra un puñado de cuartillas. «Señores—díjonos Soria—: he aquí un gran autor futuro. Tengo el agrado de presentárselo a ustedes.»

Y añade Blanquita:

«Recuerdo que la mayoría de mis compañeros rieron incrédulos, posando las miradas en su calzado maltrecho y en su traje harapiento. El joven íbanos dando la mano a todos, con timidez, sin desplegar los labios. Antes de irse nos dejó la obra, que traía escrita en formularios del telégrafo. La leímos. Nuestra impresión fué magnífica. Los ensayos se hicieron activamente. Pero faltaban pocos días para el estreno y no era dado ver al autor por el teatro. Entonces la dirección supo que los porteros le habían negado la entrada al verlo rotoso, con-

fundiéndolo sin duda con un atorrante. «¡Hay que darle un anticipo», dijo el empresario. Y así se hizo. Entonces el muchacho se compró un traje decente. El éxito del drama fué atronador. El teatro se venía abajo con los aplausos. Cuando salimos en compañía del joven al proscenio «las lágrimas rodaban, cálidas y unánimes, por sus atezadas mejillas. ¡Qué intensa emoción!...»

Después de la primera victoria, nadie pudo quitarle su celebridad. Pero nadie, tampoco, pudo evitar que una piara de críticos mediocres se arrojase sobre el dramaturgo para arrancarle a mordiscos la gloria, hozando en su triunfo como cerdos... Siguió peleando. Tenía las espaldas anchas. Pero, ¡ay! Las espaldas le sonaban a hueco... Había puesto en la ascensión toda su vida. Toda su carne. Todos sus huesos... Y hubo algo peor. Sabía que su cerebro era capaz de dar todavia mucha luz. Pero al mismo tiempo sentía que su organismo le negaba la fuerza necesaria. ¡Qué lucha! Era como la mecha de la lámpara que se empeña en arder y se estira y se encoje y chispea, cuando el alcohol se extingue allá en el fondo... La infancia de Florencio fué noble y fué bella. No razonaba aún .. la puericia le abrió las puertas de la desolación. La adolescencia lo encontró con los ojos abiertos frente al río... La patria chica ha sido siempre, por culpa de la política, muy chica para sus hombres grandes... En Montevideo—su cuna—, tomó un barco. Cruzó el río. Llegó a Canaán.

A los 14 años se inició haciendo crónicas con las honestas faltas de ortografía que conservó hasta la madurez. Desempeñó todos los oficios. Trabajó, como Gorki, de peón en la aduana. Cargó fardos. Hizo de todo... Pero, por encima de todo, estudió la vida. Analizó a los hombres. Escarbó las almas... Del producto de esa labor surgió la sapiencia de sus dramas...

Y he aquí un detalle poco conocido de la existencia vagabunda de este lírico pajarito charrúa: en La Plata, a los 18 años de edad, se incorporó como empleado meritorio a la Oficina Antropométrica, que dirigía el sabio D. Juan Vucetich. Allí, en La Plata, conoció a un hombre de gran ingenio y gran alma: el Sr. Mason de Lis, un bohemio de romántica melena. Aún debe vivir...

Mason de Lis fué, puedo afirmarlo, basándome en palabras de Sánchez, quien le sirvió de maestro y de gran inspirador en las lides del teatro. El artículo inédito que publica *Revista Popular* está dedicado a Mason de Lis. La carta de Florencio, adjuntando su cuento, deja constancia de que es ese el primer trabajo literario que brotó de su pluma. Está fechado en 1893. ¡Triste destino el de ese cuento! ¡Primero en escribirse, llega a ser el postrero en publicarse!...

La tarea de Florencio Sánchez en la Oficina Antropométrica era muy modesta. Hallábase encargado de tomar las impresiones digitales a los delincuentes. Es un honor para la policía de La Plata que las fichas archivadas durante los años 1893 y 1894 lleven la firma gloriosa de Sánchez. Fueron compañeros de labor, además de Vucetich, los Sres. José J. Alarcón, Jorge José de Kis, Fernando Rivoire y M. A. de Virgilio. El 10 de Enero de 1894, la Oficina hubo de ser clausurada por economía. Sánchez redactó una nota, firmada por él y los demás empleados, donde decía: «Los abajos firmados, empleados como meritorios, expresan a su digno jefe D. Juan Vucetich los más nobles sentimientos de adhesión y afecto, y le ofrecen bajo palabra de honor cooperar y mantenerse a sus órdenes, aunque fuese sin sueldo».

Y así lo hicieron. Todos los empleados, por consejo de Florencio, trabajaron sin sueldo. Sánchez, por ese bello gesto,

quedó sin recursos. Debía varios meses de pensión. La patrona lo echó. Y, durante quince días, cuando todos los empleados se iban a sus casas, él se ocultaba en el fondo. En un gallinero. Allí dormía... Y así vivió toda su vida. Vivió con altivez en su miseria. Vivió con dignidad en sus actos. Pudo, con la voluntad que ponía en sus ideales, llegar a ser dichoso. Pero la desdicha le mordía los talones como un perro con rabia. En sus obras ha volcado su vida. No hay dolor de sí mismo que no tenga un reflejo en sus dramas. La persecución de la fatalidad la expresa Sánchez en las palabras que hace decir a Zoilo en su *Barranca abajo:*

«Bien saben todos que la mala suerte siempre me acompañó, como la sombra al árbol...»

Y después:

«¡Señor!... ¡Señor! ¿Qué le habré hecho a la suerte pa que me trate así?»

Y la nostalgia del hogar ausente:

«Se deshace más fácilmente el nido de un hombre, que el nido de un pájaro.»

Sánchez, cansado de sufrir, quiso matarse.

Mucho tiempo antes, había puesto en boca de Zoilo aquel:

«¡Amalaya fuera tan fácil vivir como morir!»

En efecto. ¡Qué difícil le fué vivir tranquilamente, en paz como él quería, o como quería aquella Robustiana de *Barranca abajo:*

«Vivir tranquilos, sin nadie que moleste... En una casita blanca... Allá lejos...»

Mi gran amigo Callorda, cónsul uruguayo en Milán, que le ayudó a morir con las manos puestas entre sus manos leales, me contó que en los últimos momentos aún tenía Florencio energías para luchar y vencer a la muerte. Quería volver a

América para construirse la casita blanca... Pero tosía. Tosía mucho. El pecho rajábasele con los zumbidos de la tos. ¡Y la sangre! ¡Esa eterna gota de sangre! ¡Esa maldita gota asesina que se llevaba entre sus glóbulos la médula de aquel espíritu exquisito y bravío y el espíritu de aquella médula de machidumbre gaucha! Antes de expirar, bromeábase a sí mismo con las palabras de Zoilo a Robustiana:

«Vamos, Florencio. Trate de sujetar esa tos, pues... ¡Qué diablos! Tírele de la riendita...»

Murió como había vivido: tirándole de la riendita a la vida. A esa vida que se le fué a donde se van los potros cuando viene tormenta: a la querencia. Al cielo...

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

Buenos Aires 1918.

LOS DERECHOS DE LA SALUD

PERSONAJES

LUISA = MIJITA = ALBERTINA

RENATA = ROBERTO = DOCTOR RAMOS

POLOLO = NENA = UN CRIADO

ACTO PRIMERO

Un saloncito amueblado sin lujo, pero con elegancia y buen gusto

ESCENA PRIMERA

LUISA y MIJITA

LUISA Está bien, Mijita, está bien. Luego me contarás el resto.

MIJITA Como gustes. Creí que te interesara.

LUISA Lo que me interesa es ver a mis hijos.

MIJITA Se fueron ya a tomar el aire.

LUISA ¿Pero esas criaturas viven en la calle?

MIJITA ¡Oh, no hay que exagerar!...

LUISA Hace dos días que estoy de vuelta y en todo ese tiempo apenas si he podido tenerlos una hora a mi lado. Parece que lo hicieran deliberadamente.

MIJITA ¿Qué supones, hijita, que lo hagamos a propósito?

LUISA Aislarlos de mí.

MIJITA ¡Virgen María!... ¡Y lo piensa!... Antes, sí, hijita; cuando estabas enferma, los médicos aconsejaron que los alejáramos un poco para evitarte molestias... Pero hoy que estás tan bien, tan repuesta, ¿qué necesidad habría? Es cierto que salen seguido...

LUISA Demasiado seguido.

MIJITA ...pero es por el bien de ellos. Las criaturas son un poco débiles y necesitan tomar aire, mucho, como dice el doctor Ramos.

LUISA Pues... en adelante saldrán conmigo.

MIJITA Eso me parece muy bien pensado, salvo que...

LUISA (Brusca.) ¿Qué? ¿Salvo qué?

MIJITA Como ya empiezan los fríos, ¡quién sabe si te conviene hacer muchas excursiones!

LUISA También yo necesito mucho aire.

MIJITA No este aire de la ciudad.

LUISA Mucho aire... (Abre la ventana de par en par, después de descorrer las cortinas.) ¡Estoy en una atmósfera de invernadero!... (Aspira una bocanada de aire.) ¡Ah!...

MIJITA El relente de la tarde es muy malo, hijita. Sal de esa ventana. No seas imprudente. Sal de aquí. (Cierra la ventana.)

LUISA ¡Mijita! ¡Mijita!... (Tomándola por un brazo.) ¡Mijita, ven acá! Mírame bien; bien, así, en los ojos. Tú sabes la verdad. Dímela.

MIJITA Virgen Santa, ¿qué verdad quieres que te diga?...

LUISA La verdad de mi salud. Dímela.

MIJITA ¡Pero hijita!...

LUISA Yo estoy tísica; ¿no es cierto?

MIJITA ¡Virgen Santa!... ¡Qué locuras te pasan por la cabeza, hijita!... (Confundida, rehuye las miradas de Luisa.)

LUISA Mírame te digo; mírame bien. Tú que nunca has engañado a tu hijita, no debes mentirla ahora. Estoy condenada, ¿verdad?

MIJITA ¡No, santa; no pienses cosas tan tristes... cosas tan terribles...

LUISA Más terrible es el tormento de la duda. Quiero saber. Quiero defenderme. Te lo han dicho, ¿verdad? «La hijita Luisa está condenada, se muere;

se muere a plazo más o menos largo, pero se muere».

MIJITA (Angustiada.) ¡No, no, no!...

LUISA ¡Sí, sí, sí!... ¿No ves que te traicionas?... Te han hecho entrar en el complot, sin contar con que en tu alma sencilla no cabe el disimulo. Y sin contar con que tú en ningún caso estarías contra mí.

MIJITA ¡Contra ella! ¡Quién podría estar contra ella, Dios Santo!

LUISA Todos los que me ocultan la verdad. De modo, Mijita, que es preciso ser razonable. ¿Que tú no te atreves a decir las cosas? Yo te ahorraré el trabajo: Renata y Roberto conocen mi sentencia. El doctor Ramos se lo ha dicho todo a mi marido, y Roberto no ha podido ocultárselo a Renata, que ejerce aquí desde mi enfermedad funciones maternales. ¿Comprendes? Que es una especie de señora de la casa, la suegra de Roberto, como quien dice. El espíritu práctico, avezado y fuerte, y como ambos no podían obrar sin contar con tu complicidad, te enteran del caso. «Luisa está condenada, está tísica; su mal es incurable, y lo que es peor, contagioso. Y ya que no podemos salvarla, hay que salvar a los niños; tenemos que salvarnos todos».

MIJITA No, hijita, te juro...

LUISA No jures nada. Sé que he perdido todos los derechos de la vida. Que no puedo ser madre, ni esposa, ni amiga... Me separan de mis hijos para que no los envenene con mis besos...

MIJITA (Llorando.) No, santa. Eres injusta y cruel con nosotros y contigo misma. La Mijita no podría prestarse a ningún complot. No podría hacerlo. Te juro... ¿Me crees capaz de jurar en vano?...

¡Te juro!... Mira, te juro por Dios y María Santísima, que nada de lo que dices es verdad. ¿Serías capaz de creerme ahora?

LUISA Sí, Mijita, quisiera creerte.

MIJITA Mientras estabas en las sierras, muchas veces nos ha visitado el doctor Ramos y siempre le he oído hablar con Renata de tu enfermedad. Tú tienes una bronquitis, nada más que una bronquitis, que se curará con paciencia y con cuidados... Una bronquitis... Una bronquitis...

LUISA (Esperanzada.) ¿No me engañas?

MIJITA ¡Oh! ¿Quieres que te lo jure otra vez?

LUISA No, Mijita, basta. Sin embargo...

MIJITA (Advirtiendo a Albertina.) Mira quien llega. (Aparte.) Dios la manda.

ESCENA II

DICHOS y ALBERTINA

LUISA (Alborozada, yendo a su encuentro.) ¡Albertina! ¡Albertina!...

ALBER. (Retribuye las caricias de Luisa, que son sumamente extremas, con cierto embarazo, que no pasa inadvertido para ésta.) ¿Cómo estás, Mijita?... ¿Qué?... ¿Has llorado, Mijita? ¡Qué cara tan fúnebre! ¡Seguro que esta desalmada de Luisa te ha regañado! ¡Qué perversidad! ¡A la madre y a la hijita de tanta gente!...

LUISA Llora por mí. Se le ha ocurrido de que estoy enferma de gravedad, ¡que estoy tísica, nada menos!...

MIJITA ¡Oh, hijita!... (Sollozando.)

LUISA Observa esos pucheros. Es muy posible de soltar el trapo otra vez. (Abrazándola.) Pobre viejita.

Tranquilízate. Te juro que nunca me he sentido tan bien.

ALBER. Efectivamente. Te ha probado la estadía en la sierra. ¿Cuántos kilos? Y buenos colores y espíritu alegre. Mijita, ¿cómo se te han ocurrido semejantes cavilaciones?

LUISA Tan indiscretas, sobre todo...

MIJITA Yo... yo... Yo me voy. (Se va de prisa, ahogándose.)

ESCENA III

DICHOS, menos MIJITA

ALBER. ¡La buena Mijita!... Espero que no lo habrás tomado en cuenta.

LUISA ¿No te sientas?

ALBER. Claro que sí. ¿Mi marido no ha estado por acá? Roberto lo llamó por teléfono esta mañana. Te aseguro que fué una sorpresa, pues no esperábamos regresaran tan pronto. ¿Por qué no avisaron que venían? Habríamos ido a recibirlos a la estación.

LUISA Fué repentino el viaje. Imagínate que media hora antes de salir el tren, me dice Roberto: «¡Nos vamos ahora mismo!»

ALBER. Es raro.

LUISA Pretextó un llamado urgente, por despacho telegráfico, despacho que por cierto no me ha mostrado.

ALBER. Como de costumbre. Me figuro tu inquietud, pensando en que podía haberle sucedido algo a los nenes o a Renata.

LUISA A ese respecto no me asaltó el menor temor, te lo aseguro. Roberto hubiera tratado de prevenir-

me. Por otra parte, estoy habituada a sus misterios y no trato de descifrarlos. En él lo más enigmático es lo menos importante. Sólo sabe ocultar las trivialidades.

ALBER. Parece que estuvieras resentida.

LUISA No.

ALBER. Apuesto a que hay confidencia en puerta. (Con exageración cómica.) Habla, mujer. Desahoga tus penas. ¿Qué te ha hecho ese monstruo de infidelidad?

LUISA No pensé hacer ningún reproche.

ALBER. Confía en mí. Cuenta, muchacha.

LUISA Y en último caso, el tono que adoptas no es el más a propósito para provocar confidencias.

ALBER. ¿Te has ofendido? Perdóname. Como te conozco muy bien y conozco igualmente a tu esposo, no pude colocarme en situación de tragedia.

LUISA Pues nada ocurre. Ni tragedia ni sainete.

ALBER. Punto y aparte entonces.

LUISA Como gustes.

ALBER. (Con extrañeza.) ¡Oh!... ¿Qué tienes, Luisa?... ¿Por qué me tratas así? No creo haber merecido tanta acritud por poner un poco de mi buen humor, en mi empeño de desvanecer, quién sabe qué cavilosidades tuyas. Dime; ¿a qué puedo atribuirla? Debe mediar algún motivo grave para que hayas llegado a olvidar los respetos debidos a nuestra vieja amistad.

LUISA ¡Oh, cuánta solemnidad!... (Remedando.) «Los respetos debidos a nuestra vieja amistad». ¡Tonta!

ALBER. (Ofendida.) ¡Luisa!

LUISA No retiro la palabra. ¡Tonta!... ¡Tonta y tonta!... ¡En el acto pídame usted perdón de sus sospechas!

ALBER. ¡Será posible que no acabe de comprenderte!...

LUISA La culpa es tuya. No soy tan complicada.

ALBER. Confesarás, cuando menos, que estabas de mal humor...

LUISA ¡Oh perspicacia! ¡Sí, Albertina! Ya que tan necesario es, te diré que me impacienta un poco el tono incrédulo y protector de tus palabras. Advierte que me negabas el derecho de tener una complicación en mi vida...

ALBER. ¿El derecho?... No te entiendo.

LUISA La posibilidad, si quieres, si te resulta más claro.

ALBER. Bien remota, por cierto.

LUISA Tú no lo creas así.

ALBER. No eres poco exigente, que digamos. Tienes un marido que te adora y a quien adoras; un par de chicos que son una gloria y el amor de una hermana modelo; vives entre espíritus simples y buenos como el tuyo... Nadie mejor resguardado de las tormentas de la vida.

LUISA ¡Oh! No hay puerto seguro para todos los vientos.

ALBER. Está claro; si hemos de ir a los extremos, si hemos de pensar en las fatalidades irremediables de la existencia...

LUISA ¡Las fatalidades irremediables! ¿Y por qué no descontarlas del haber de nuestra dicha?...

ALBER. Sencillamente porque... porque nos quedaríamos sin capital... ¿Pero a qué viene tanto pesimismo, mujer? ¿Será que te han impresionado las tonterías de Mijita?

LUISA Nada me decía la pobre vieja. Fuí yo quien...

ALBER. ¿Tú?

LUISA Sí, yo.

ALBER. No deja de ser una maldad asustar a la pobre viejita. Por otra parte, no te alabo el gusto de gastar bromas tan lúgubres.

LUISA Hablaba muy seriamente. Quise obligarla a con-

fesar lo que ninguno de los que me rodean ignora y todos quieren ocultarme.

ALBER. ¡Dios nos ampare! Linda esperanza nos dejas, mujer, si con semejante salud que te rebosa empiezas a creerte camino del otro mundo. ¿Estás en tu juicio?...

LUISA ¡Uf!... Siempre lo mismo. ¡La piadosa y compasiva digresión! ¡Oh, hazme el favor de no continuar así, si no quieres verme de nuevo irritada!

ALBER. ¡Pero Luisa!

LUISA Calla. No te fatigues en persuadirme, en ilusionarme. Me hace más daño la caritativa ficción de ustedes, que el mismo mal que me roba la vida.

ALBER. Estás diciendo cosas absurdas, mujer.

LUISA (Irónica.) Sí, absurdas. Desde hace un año mis sentidos y facultades están en bancarrota. Me he idiotizado. He perdido la ponderación de las cosas y de los hechos. Nada. Ni veo, ni oigo, ni palpo, ni presiento, ni discierno. Me ataca una enfermedad que me tiene no sé cuántos días a las puertas de la muerte; salgo de sus garras providencialmente, y entro a convalecer. Comienzo a experimentar la alegría del retornar de mis fuerzas, y vuelven a mi espíritu las golondrinas de la esperanza. Unas horas más, un día, quizá un mes... Me aguardan todos los dones de la plenitud de la vida. Pero pasa la hora, el día, el mes. La meta se ha alejado. ¡Sin embargo, nada es la nueva distancia para la certidumbre del completo revivir! Vamos de nuevo hacia ella, pero de nuevo se distancia... Y muchas veces más la buscamos en vano. ¡Oh! Entonces las golondrinas empiezan a emigrar, sin que baste a retenerlas el cálido optimismo de los míos. Las he visto irse, Alber-

tina, una por una, en las alternativas de esta convalecencia que no acaba nunca, que acabará conmigo.

ALBER. ¡Oh, imaginación!

LUISA ¡No, no es la imaginación!... Es la realidad cruel de mi dolencia sin lenitivos. Y si ella no bastara a convencerme de que estoy irremisiblemente condenada, ahí están ustedes ahuyentando las últimas golondrinas: mi marido, mi hermana, la vieja criada, mis amigos y hasta los extraños...

ALBER. ¿Nosotros?

LUISA Ustedes, ustedes, ustedes. Se les lee en los rostros la sentencia irremisible. ¡Oh! ¡Si tú hubieras visto como he visto yo al pobre Roberto, tan sufrido, tan enérgico, tan fuerte, tan consolador, con su optimismo irradiante durante la enfermedad, y en los primeros días de la convalecencia ir hora por hora cediendo y quebrantándose hasta derrumbarse en la congoja de la desesperanza y la piedad! Su optimismo de hoy es una mediocre simulación caritativa. Caritativa, ¿me comprendes?... Y luego mi hermana, un caso estupendo de fanatismo y resignación, y los sobresaltos de la triste Mijita, ese fiel animal doméstico que gira en torno mío, azorada, con el presentimiento de la catástrofe inminente, gruñendo a todos los rumbos en celoso acecho del enemigo, que sabe que ha de llegar, y de quien quisiera protegerme y defenderme con todas sus fuerzas. Y luego... y luego la profilaxia... ¡Ah, la profilaxia, la higiene!... Un trabajo de araña sutil, sutilísimo. Una tela dorada por mil pretextos y engañifas con que lo van envolviendo a uno sin que lo sienta, hasta

dejarlo aislado de sus semejantes para que no los contamine.

ALBER. (Conmovida.) No prosigas, Luisa, no prosigas. Eso es falso... ¡Tú deliras!... No continúes, que me afligirás a mí también con tus cavilaciones... Estás viendo fantasmas, mujer...

LUISA ¿Y lo dices tú, Albertina? ¡Tú que hace un momento, al entrar aquí, me volvías la cara para que en los transportes de mi efusión cariñosa no fuera a inocularte los gérmenes del mal terrible!

ALBER. ¿Yo?

LUISA Tú. No te dejaste besar en la boca. Comprendo ese sentimiento. Hice mal. Tienes hijos, además... A los míos ya no puedo besarlos...

ALBER. ¡Oh! ¿Eso era todo?... Ahora verás cómo te engañas... (Besándola.) ¿Lo ves? Te beso en la boca, bebo tu aliento... ¿Te has convencido? Y te beso otra vez, y otra... y otra...

LUISA (Incrédula.) ¡Ahora! ¡Por caridad!

ALBER. (Ofendida.) Perdóname, entonces.

LUISA (Reaccionando emocionada.) No te ofendas... Soy injusta... ¡Gracias, Albertina, gracias!... ¡Ah, si tú quisieras comprenderme; si quisieras ser mi confidente, el amigo fuerte, el amigo leal, sin prejuicios y sincero que me hace falta!

ALBER. Lo soy, Luisa.

LUISA ¿Me dirás la verdad?

ALBER. (Impaciente.) ¿Pero qué verdad, hija, quieres que te diga? No pienses encontrar en mí un cómplice que ampare y aliente tus preocupaciones. Eso nunca.

LUISA No me sirves entonces. Estoy harta de ficción. Necesito un espíritu capaz de acompañarme en las horas de desesperanzas; necesito verdad y

buena fe. Dime, dime que estoy condenada, que debo morir fatalmente. Dímelo. Yo no le temo a la muerte. Tengo miedo de la vida que me espera, despojada de todos sus derechos. Me horroriza la perspectiva de verme convertida en mísero pingajo humano, expuesta a la piadosa condolencia de la gente. ¿No me entiendes? No quiero que me tengan lástima. Quisiera afrontar el porvenir como he afrontado la vida, serena y tranquilamente, confortada con el apoyo de espíritus afines. Basta de caridad. Bastantes energías me ha robado mi mal. No quisiera que mi altivez se acabara de rebajar. Hay quienes experimentan la voluptuosidad de la conmiseración que inspiran. Yo no, ¿me oyes? No. ¡No, no!... (La fatiga que debe ir sintiendo, se resuelve en un acceso de tos.)

ALBER. No te exaltes, que te fatigas. ¿Lo ves?

LUISA (Dominándose un instante.) Contesta, contesta este argumento... ¡Desmiénteme!... ¡Oh, me sofoco!... (Va a toser a la habitación inmediata.) ¡Un instante!... Perdóname...

ESCENA IV

ALBERTINA, después RENATA y los nenes, un varón y una niña, de 5 y 4 años, respectivamente

ALBER. (Acompaña la salida de Luisa con un gesto compasivo y enjuga una lágrima.)

RENATA (Que entra con los nenes.) ¿Cómo estás, Albertina?

ALBER. ¡Oh, déjame!... ¡Muy triste! ¡Si vieras qué mal encuentro a Luisa! ¿La oyes? Un acceso terrible de tos. Se puso a hablar, y a hablar exaltándose

como en un delirio... Y lo peor no es eso... Desconfía... Lo sabe todo...

RENATA Sí; Roberto me lo ha dicho. La asaltan con frecuencia esas crisis nerviosas. Son manifestaciones de la enfermedad... Ayer nos tuvo angustiados a todos con sus interrogatorios y sus reproches. Sospecha, pero no está convencida de su mal. Esa insistencia en que le digamos la verdad, revela su incertidumbre.

ALBER. A mí me impresionó tanto, que estuve a punto de confesárselo todo...

RENATA No. ¡Cuidado!... La mataríamos. Vuestra negativa es el último asidero de sus esperanzas...

ALBER. Viene hacia acá. Disimula... ¡Pero qué bien están los nenes!... ¿Vienen del paseo?...

ESCENA V

DICHOS y LUISA

LUISA (Demudada y temblorosa, entra secándose el sudor con el pañuelo. Al ver a sus hijos, corre hacia ellos con efusivo transporte.) ¡Pololo!... ¡Nena!... ¡Oh, mis hijitos, mis criaturas queridas!... (Los une en un estrecho abrazo y llora dulcemente sobre sus cabecitas, monologando ternuras.)

POLOLO ¿Qué tienes, mamita? ¿Estás llorando?... ¿Por qué estás llorando?...

LUISA (Serenándose.) No, no lloro... Es que... Son cariñitos... ¡He pasado tanto tiempo lejos de ustedes... Y ustedes son tan malos, que prefieren irse de paseo en vez de estar con su mamá... ¡Ah, pero me las van a pagar!... ¡Ya verán... ya verán!...

POLOLO No te enojes... Es Renata que nos lleva todos los días a la Recoleta en coche...

LUISA Lo sé, Pololo. Y hace muy bien. Cuando los niños son juiciosos hay que premiarlos... (A Mijita que aparece.) ¿Quieres algo, Mijita?...

ESCENA VI

DICHOS y MIJITA

MIJITA Precisamente venía en busca de estos perjenios. Calculaba que estarían de vuelta.

LUISA ¿Qué? ¿Ya quieren quitármelos?...

MIJITA Es que deben tomar el alimento.

LUISA ¡No, no!... Hoy se lo daré yo. No los separan de mi lado. Albertina, tú no has de haber tomado el té tampoco. ¿Quieres pasar? Nos entretendremos con estos personajes.

ALBER. De buena gana aceptaría, pero...

LUISA No temas. Por el momento (Indicando a los niños) no puede ser peligroso. Vamos. ¡Ay! Se nos complica la fiesta íntima. ¿Cómo está usted, doctor Ramos?

ESCENA VII

DICHOS, ROBERTO y RAMOS

RAMOS (Saludando.) ¡Señora!... No le pregunto cómo está usted, porque lleva en su aspecto la respuesta.

LUISA ¿Lo cree, doctor?

RAMOS Roberto, a quien encontré en la puerta de la calle, me daba las más optimistas impresiones, y usted las confirma plenamente...

LUISA Sin embargo, es extraño que lo haya llamado...

ROBER. Olvidas que bien he podido tener necesidad de ver al amigo, ya que no al profesional.

LUISA Bien. Conformes entonces. Advierto a ustedes que teníamos programa hecho con Albertina. ¿Quieren pasar a tomar una taza de té?

ROBER. Iremos después.

LUISA Como gusten. Vamos, niños. Albertina... ¿Vienes, Renata?

RENATA Prefiero quedarme. Tengo que concluir la copia del último trabajo de Roberto...

LUISA (Con intención.) ¡Ah, comprendido!... ¡Comprendido!... (Mutis con Albertina, los niños y Mijita.)

ESCENA VIII

RENATA, RAMOS y ROBERTO

RAMOS Tiene, efectivamente, mejor aspecto la pobre Luisa.

ROBER. Reaccionó pronto la última crisis. Sin embargo, aquellas alturas no eran propicias.

RAMOS Sí, un poco enrarecido el aire; pero de todos modos, hubiera sido preferible aquello a la atmósfera viciada de la ciudad. No me has explicado aun los motivos del regreso tan precipitado.

ROBER. Nos expulsaron.

RAMOS ¿Cómo? ¿Por qué?...

ROBER. Una historia muy curiosa. Tú no ignorarás que mi situación económica es bastante precaria de algún tiempo a esta parte...

RAMOS Siempre has debido contar con mi amistad...

ROBER. No, no se trata de lo que supones. Verás... En Los Cerros lo pasábamos muy bien, únicos pensio-

nistas de una de tantas familias que no tienen miedo del contagio, porque están contaminadas y sacan doble provecho de su mal y del mal del prójimo. Naturaleza pintoresca, clima apacible y presupuesto muy llevadero. Aquello era por todos conceptos lo más conveniente... Pero, como te escribí, en la imaginación de Luisa empezó a trabajar el miedo y la desconfianza. No era para menos, te lo aseguro, el espectáculo de aquella población doliente. No te lo voy a describir porque tú debes conocerlo muy bien, a pesar de que la costumbre de ver una cosa limita la facultad de analizarla. Bastará con que te diga que yo mismo, más de una vez, dejando trabajar un poco la mente, he sentido que la angustia y el espanto me oprimían el alma. ¡La tos! Todos tosen; creo que allí hasta los sanos tosen por sugestión. En la Villa, en los hoteles, en los sanatorios, en los paseos, donde quiera que uno va, lo acompaña la lúgubre desafinación de esa orquesta de escuálidos músicos, exasperados y febricientes, que sudan la voluntad de arrancar un poco de armonía a sus desvencijados instrumentos, sin conseguir otra cosa que un monótono jadear de fuelles rotos... Para Luisa, aquello se convirtió en una dolorosa obsesión. Sus desconfianzas y su irritabilidad iban creciendo, y una noche en que no nos dejó dormir el carraspear desesperante de un tísico, nuestro vecino de habitación, me expresó su resolución de huir de aquel antro. Todo mi empeño en disuadirla, se estrelló contra su voluntad firme y casi amenazadora. Conseguí únicamente arrastrarla a uno de los hoteles de la cumbre. Allí, al menos, no se oye tanto la fatídica

orquesta, aunque el clima es menos favorable...

RAMOS ¡Oh, precisamente por eso!

ROBER. La vida es cara. Había además que hacer una renovación del equipo y ponerse en actitud de no desentonar en aquel ambiente refinado y aristocrático. Todo se hizo; no obstante, las exigencias del médico sobrepasaron la largueza de mis previsiones. ¿Qué hacerle? Estaba y estoy resuelto a todos los sacrificios en homenaje a la paz de esa triste alma compañera. Pero nada bastó. Era también preciso salvar distancias sociales, y por más que mi reputación literaria pudiera olvidarlas, Luisa no entraba, y así lo comprendió. Ni ella ni yo insistimos, limitándonos a hacer rancho aparte. De repente, sin que se sepa cómo o quizá por nuestro orgullo indiferente, las gentes empiezan a huir de nuestro contacto, y el *boycott* se acentúa cuando Luisa cae en cama. Así que mejora, se me presenta el dueño del hotel. «Señor: usted perdonará, pero los reglamentos de la casa son terminantes y los pensionistas me han amenazado con irse a otra parte si sigo albergando enfermos contagiosos»... Y patatín y patatán. En resumen, una intimación de desalojo en regla. Había en el establecimiento, había, sí, enfermos más avanzados, pero no eran peligrosos...

RAMOS Porque gastarían más.

ROBER. Precisamente. Ahí tienes explicadas las causas de nuestro regreso anticipado. Hubiera podido llevarla a cualquier otro hotel de las inmediaciones, pero tuve miedo a un nuevo *boycott*. Luego, ella, empieza a sentirse deprimida por la pertinacia de su dolencia, y esa depresión se traduce en

fenómenos nerviosos muy intensos. Una sensibilidad extrema, humor fácilmente irritable, desconfianzas, prurito de análisis...

RAMOS Me has dicho que las impresiones del colega que la asistió...

ROBER. Son pesimistas. Lejos de ceder, el mal avanza. Pero me inspira mayores temores su estado moral.

RENATA Según parece, acaba de hacerle una escena a Albertina. La encontré llorando, mientras Luisa se debatía en un acceso terrible de tos. Después se serenó, como ustedes la han visto.

ROBER. Nos tiene acosados porque le digamos la verdad. Y para colmo, ayer la sorprendí leyendo un viejo trabajo mío, inconcluso, que andaba por ahí perdido entre papeles inservibles y titulado *Los derechos de la salud.* En ese trabajo, una especie de *nouvelle*, un tanto sentimental, estudiaba la situación moral de un enfermo incurable—atacado de tuberculosis precisamente—, que descubre que su esposa le es infiel y acaba por encontrar lógica su conducta, justificándola, en que no siendo apto para llenar las funciones de la vida, no se considera con derechos para encadenar a los sanos a sus destinos malogrados.

RAMOS Conozco el asunto.

ROBER. Es verdad, pues. Si fuistes tú quien me hicistes desistir o postergar su publicación, objetándome que los tísicos nunca llegan a darse cuenta de su mal...

RAMOS Es característico el optimismo de los tuberculosos, producto del estado febriciente en que viven.

ROBER. Bien; eso no hace al caso. Luisa lee aquéllo y su imaginación empieza a fantasear y a despacharse a su gusto. «Lo has escrito a propósito y lo has

dejado a la vista para que lo lea. Niégame ahora que estoy tísica». Se exaspera y llega hasta a decirme sin empacho las cosas más absurdas, las sospechas más inverosímiles...

RENATA Que a mí también me alcanzaron. Atribuía mi solicitud por sus hijos al propósito de arrebatarle los derechos de la maternidad...

ROBER. ¡Cuánto absurdo! Hay que tomar, pues, alguna medida...

RAMOS Quisiera examinarla un poco.

RENATA Hoy no lo creo oportuno. Podría alarmarse...

RAMOS Mañana o pasado... De cualquier modo, creo que no debes deshacer las maletas. El invierno se viene encima y es preciso llevarla a un clima más benigno; al Paraguay, por ejemplo.

ROBER. Lo he pensado.

RAMOS Por muchos motivos convendría, y no es el menos convincente, el de que es necesario preservar a los niños. (Mira la hora.) Es tarde ya. Si no me necesitas me marcho, porque me quedan por hacer algunas visitas.

RENATA Deja usted a Albertina...

RAMOS Sí. Adios, Renata. ¡Y en cuanto a ti... paciencia! Mañana vendré (Le estrecha la mano. Mutis.)

ESCENA IX

RENATA y ROBERTO

RENATA (Después de unos instantes de ensimismamiento.) ¿En qué piensa usted, Roberto?

ROBER. Pienso... pienso... En verdad, no podría precisar en qué pienso. Tengo tantas cosas en la cabeza y en el espíritu...

RENATA ¿Es que su fe empieza a quebrantarse?...

ROBER. ¡Mi fe! ¿Qué fe resiste a tanta inexorable evidencia?

RENATA La fortaleza, la energía, es fe...

ROBER. Siento que mis fuerzas se desmoronan.

RENATA Cuando más falta le hacen. Tiene usted que resolver el viaje al Paraguay cuanto antes...

ROBER. La resolución está tomada. Diga usted mejor, que debo empezar a buscar los medios de realizarlo...

RENATA Lo sabía. Por eso he querido hablarle.

ROBER. ¿En qué sentido?

RENATA Decirle que no debe usted quebrarse la cabeza por buscar recursos. Venda mis bienes, o hipoteque, o haga lo que quiera de ellos...

RORER. ¡Oh! ¡No! ¡Eso nunca!...

RENATA No he hecho el ofrecimiento antes de ahora por desconocer su situación financiera y, un poquito, por temor de mortificar su susceptibilidad. Hoy sé que usted no sólo ha agotado su crédito, sino que también ha descontado sobre su porvenir literario, comprometiéndose a realizar trabajos a plazos determinados, sin contar con que las circunstancias pueden oponerse a sus deseos, pudiendo muy bien haber evitado esos extremos. Ya que ha querido hacerme el honor de otorgarme su confianza, le impongo el castigo de tomarme por prestamista.

ROBER. Gracias, Renata. De ningún modo podré aceptar su ofrecimiento...

RENATA Una sola condición le exijo: que reintegre usted en seguida el dinero tomado a cuenta de trabajos literarios.

ROBER. Repito que no tomaré un céntimo de sus bienes. Por otra parte, olvida usted que casi no tendría de-

recho a disponer de ellos. Debe casarse en breve.

RENATA ¡Ah! Si sus escrúpulos son esos, poco me costará vencerlos. Ya no me caso.

ROBER. ¿Cómo? ¿Que está usted diciendo?

RENATA Sencillamente que he desistido de mi enlace... que he roto las relaciones con Jorge...

ROBER. No. Usted me engaña... o se engaña.

RENATA Ninguna de las dos cosas.

ROBER. ¡Oh! ¿Por qué ha hecho eso? ¿Por qué ha dado un paso semejante sin consultar con nadie?

RENATA Creo que los dos íbamos al matrimonio llevados por una simple complacencia afectuosa, nada más. De modo que la ruptura se produjo sin violencias, sin desgarramiento alguno.

ROBER. Las causas, los motivos, ¿cuáles fueron?...

RENATA Una trivialidad.

ROBER. No lo creo, Renata. Usted lo ha hecho por nosotros, para poder entregarse más libre y enteramente a su devoción caritativa por Luisa y por nuestros pobres hijitos. ¡Oh, gracias! ¡Es usted una santa!... Pero no hemos de consentirle tal sacrificio. Se lo contaré todo a Luisa...

RENATA ¡Muy bien pensado!... ¡Alármela usted más de lo que está!...

ROBER. ¡Oh, Renata! ¡Renata!... (Muy conmovido estrechándole las manos.) ¡Qué alma la suya!...

ESCENA X

DICHOS y LUISA. Después ALBERTINA

LUISA (Apareciendo con un diario en la mano, alborozada.) ¡Doctor!... ¡Doctor Ramos! ¡Ah! (Paralizada al sorprender la actitud de Roberto y Renata.)

ROBER. ¿Qué ocurre, Luisa?...

LUISA (Reponiéndose un tanto.) Creí que estuviera el doctor...

ROBER. (Alarmado.) Estás demudada. ¿Qué te pasa? (Conduciéndola muy afectuoso.) Ven, siéntate... ¿Fué un acceso de tos?... Algún esfuerzo, seguramente.

LUISA Ya pasa. Es que... ¡Imagínate mi emoción!... (Como ahuyentando sombras de la mente.) ¡Oh, si no es posible!...

ROBER. ¿Qué, hija mía?...

LUISA ¡Oh, nada!... Imagínate, imagínate mi alegría al leer la noticia... Corrí en seguida a consultarle a Ramos... Creí que estuviera aquí con ustedes, y...

ROBER. ¿Acabaremos de saber de qué se trata?

LUISA ¿Verdad, Roberto, que te alegrarás conmigo, hondamente, infinitamente?... (Del todo respuesta y confiada.) Lee... lee... (Mostrándole el diario.) La más sensacional de las noticias. Lee fuerte... ¡Ahí!... ¡Esos títulos gordos!... ¡Lee pronto, pronto!...

ROBER. (Que ha hojeado el diario, tratando de disimular su emoción.) Sí; es una importante noticia.

LUISA (Impaciente.) Pero lee fuerte, hombre de Dios...

ROBER. Bien; te daré gusto. (Leyendo.) «El suero contra la tuberculosis.—Sensacional descubrimiento del doctor Behring.—Su confirmación plena.—París, 8.—Telegrafían de Berlín que el profesor Behring ha terminado una Memoria, que presentará a la Academia de Medicina, demostrando haber hallado el suero contra la tuberculosis. Refiere casos en que ha tenido un éxito indiscutible de curación completa. La noticia ha causado honda impresión en todos los círculos científicos.»

LUISA ¿Lo ves, lo ves?... Continúa; hay otro despacho todavía.

ROBER. (Leyendo siempre.) «Berlín, 8.—Se confirma la no-

ticia del descubrimiento del doctor Behring. El ilustre sabio se niega a suministrar informes, limitándose a manifestar que someterá el fruto de sus estudios a la opinión de sus colegas.»

LUISA ¿Qué me dices, qué me dices ahora?

ROBER. Es una sensacional y consoladora noticia, pero no veo qué importancia directa pueda tener para nosotros.

LUISA Te estás traicionando. Tonto; ¡si te vende la emoción! ¡Ah, estalla de una vez conmigo! ¡Alegrémonos todos!... ¡Para qué seguir mintiendo si el remedio que me ha de sanar está ahí, y lo tendremos antes de un mes a nuestro alcance!... Oyeme; ya no me importa saber que estoy tísica, como antes no me preocupaba saber que tenía influenza, reúma o jaqueca, o cualquier otro mal pasajero y curable... ¡Ahora comprendo que tenían razón ustedes al ocultarme mi estado! ¿Para qué hacernos desesperar de la vida, cuando existen los Behring, los Roux y tantos otros sabios, creando salud para sus semejantes en el misterio de sus laboratorios?... Y pensar que yo he sido cruel, tan torpe, tan... qué sé yo, con mis bienhechores. ¡Oh, Roberto, Roberto! ¡Perdóname! ¡Perdóname tú también, Renata!... ¡Y tú, Albertina!... ¿Dónde está?... ¡Con mi aturdimiento la he dejado sola! (A voces.) ¡Ven, Albertina, ven!... ¡Oh! (Respira hondamente.) ¡Qué bien respiro ahora!... ¡Me parece estar sana!... (Muy extremosa, acariciando a Roberto.) ¡Roberto mío!... Roberto mío! ¡Cuánto habrás padecido!... ¡Cuánto te habré hecho sufrir! (Aparecen Albertina y Mijita.) ¡Ven, Albertina; tú también, pobre Mijita!... ¡Vengan! ¡Todos tienen que participar de esta alegría del

revivir!... Roberto, ¡qué dicha!... ¡Qué dicha! (Estrechándolo con transporte.) ¡Quién pudo pensar hace un rato, Albertina, en un cambio semejante!...

ALBER. ¡Oh, Luisa!... ¡Son las golondrinas que vuelven!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El despacho de Roberto. Amplia mesa de trabajo, atestada de libros y papeles, en artístico desorden

ESCENA PRIMERA

ROBERTO y RENATA

(Trabajan juntos, terminando de ordenar los originales de un libro.)

RENATA ¿Quiere leer, Roberto? Creo que no falta ninguno, pero tengo poca confianza en mi memoria.

ROBER. *Los herejes.* Me gusta poco ese título.

RENATA Tiene tiempo de cambiarlo al corregir las pruebas.

ROBER. *La 9.ª sinfonía. El imán.*

RENATA (Verificando los manuscritos.) El imán...

ROBER. *El señor Pérez. El derecho de la tristeza.*

RENATA ... a la tristeza... El cuento que menos me gusta. Yo, en su lugar...

ROBER. Necesito completar el volumen y no tengo tiempo ni humor para escribir uno nuevo. Por lo demás, todos son igualmente mediocres...

RENATA No soy de esa opinión. Por qué no termina éste?... Con un par de plumadas tendría un espléndido broche para cerrar el libro *Los derechos de la salud.*

ROBER. No me tiente, Renata, no me tiente. Deme usted esos originales...

RENATA ¿Qué va a hacer?

ROBER. Démelos usted... Sería un crimen publicar semejante artículo en estos momentos. Por la pobre Luisa, en primer término, y por el público, cuya malignidad encontraría en él abundante asunto de fantasías y comentarios. ¡Déme usted eso!...

RENATA ¿Para guardarlo? (Le entrega el manuscrito.)

ROBER. No. Para romperlo. Así... Así... Así... (Despedazando el artículo.)

RENATA (Friamente.) Ha hecho usted mal.

ROBER. En todo caso, siempre hay tiempo de reconstruirlo...

RENATA Por eso mismo ha hecho mal, porque acaricia la idea de poder publicarlo algún día.

ROBER. No comprendo.

RENATA Más criminal que darlo a luz hoy, sería acechar la oportunidad de poder hacerlo.

ROBER. Le advierto, Renata, que está cometiendo una injusticia.

RENATA Más injusto es usted consigo mismo. Volvamos la hoja, ¿quiere?... Los originales están en regla. ¿Piensa usted corregir las pruebas del folletín?... Las han traído hace un rato de la imprenta.

ROBER. Sí.

RENATA Yo podría hacerlo...

ROBER. Gracias, Renata; demasiado trabajo le doy. Yo, en su lugar, ya me habría declarado en huelga... (Voces en el vestíbulo.) ¿Qué pasa?

ESCENA II

DICHOS, MIJITA y POLOLO. Después LUISA

MIJITA (Regañando a Pololo.) ¿Crees que esto tiene disculpa?... ¡Oh, las pagarás todas juntas, bandido!... ¡Revoltoso!... ¡Miren los juguetes del niño!... ¡Capaz de matarse, Virgen Santa!... Renata, te traigo a este pícaro para que lo castigues.

ROBER. ¿Qué has hecho, Pololo?...

POLOLO Mentira. ¡No hacía nada!...

MIJITA (Mostrando un revólver) ¡Y estaba cargado!

RENATA ¿Y de dónde sacó esa arma?

MIJITA La habían olvidado seguramente en la cochera el día que estuvieron tirando al blanco con el doctor Ramos. Yo oí un alboroto terrible en el corral, y no hacía caso, porque estoy acostumbrada a los estropicios de este bandido, cuando de repente lo veo corriendo a una pobre gallina clueca con el revólver en la mano... ¡Virgen Santa!...

LUISA (Entrando.) ¿Qué ocurre?...

RENATA El señorito que jugaba con un revólver...

LUISA Claro está. ¡Si dejan las armas en cualquier parte!... ¡Qué sabe el inocente!... ¡Venga usted acá, Pololo!... Las armas no se tocan, porque se pueden disparar y lastimar al niño.

MIJITA ¡Oh! ¡Él ya sabe para lo que sirven las armas!... Imagínate en que estaba empeñado en matar, en matar, sí señor, una gallina...

LUISA ¿Y por qué, hijito, pretendías matarla?...

POLOLO Porque quiere quitarle los hijos a la patita blanca.

MIJITA Es una gallina clueca que yo no la he querido

echar, porque dice el quintero que es muy mala sacadora, y éste perjenio, que todo lo revuelve, la ha descubierto echada en el nidal de la patita blanca.

POLOLO Ya tiene tres patitos chiquitos y la gallina la picotea y quiere quedarse con ellos... Es una ladrona, ¿verdad?

LUISA Una ladrona, sí, una pícara ladrona. ¿Por eso querías castigarla?

POLOLO Porque la pata es muy zonza y no sabe defenderse.

LUISA Bueno, hijito. Por toda esa gracia, Renata te perdonará la travesura. ¿Verdad, Renata?

RENATA Ese mimoso siempre está perdonado.

LUISA Y vendrás con mamá a poner en salvo tu patita blanca. ¿Quieres que demos un paseo por el jardín, Roberto?

ROBER. Con mucho gusto. Aguarda a que ponga este objeto fuera del alcance de este demonio. (Guarda el revólver bajo llave en uno de los cajones.)

LUISA Llévanos tú, Pololo.

POLOLO Verás. Yo sé muy bien dónde están todos los nidos. (Vanse los tres hacia el jardín.)

ESCENA III

MIJITA y RENATA

RENATA (Una vez que se han ido, recoge prolijamente los pedazos del artículo roto por Roberto.)

MIJITA ¿Qué haces, muchacha?

RENATA Recojo unos papeles que he roto impensadamente.

MIJITA ¡Ah! (Pausa.) ¿Sabes que anoche la pobre Luisa no estaba bien?

RENATA Lo sé. Te sentí varias veces levantarte.

MIJITA Pero no tosía ni tenía fiebre o fatiga, como otras veces...

RENATA (Con indiferencia, ocupada en recomponer los papeles.) ¿Y qué tenía?

MIJITA (Impaciente.) ¡Te aseguro que lo pasó muy mal!...

RENATA (Con igual tono que antes.) ¡Ah, sí! No dijiste tanto al principio. «De la... sa... sa... sa...» ¿dónde estará el otro pedazo? Este es. «De la salud». (Leyendo.) «Nadie tiene derecho a exigirle a la vida más de lo... de lo que... de lo que está en aptitud de darle».

MIJITA (Fastidiada.) Bueno. Si te interesan más esos papelotes que tu hermana, no te diré una palabra.

RENATA Habla, mujer, habla. ¿De qué se trata?

MIJITA Anoche Luisa...

RENATA La pasó mal. Ya te vi. ¿Qué más?

MIJITA ¡Qué más! ¡Qué más!... Me entiendes como si hablara del gato. (Severa.) ¡Eso está muy mal hecho!

RENATA ¡Ay! ¡Mijita malhumorada! ¡Mijita rezongando! ¡Es extraordinario! ¿Qué te ocurre?

MIJITA Me ocurre... me ocurre que lo que está pasando en esta casa me tiene muy afligida. ¡Ustedes van a matar a la hijita Luisa! ¡Ustedes!

RENATA ¡Tanto has descubierto, Mijita!...

MIJITA ¡La están matando ya!... Luisa está más aniquilada por la indiferencia de ustedes que por su misma enfermedad. Había regresado muy bien del Paraguay, llena de salud y alegría, y en un mes que lleva de estadía acá, su buen humor, su apetito, sus colores, todo ha ido desapareciendo. Y con mucha razón. Ella, tan mimada durante toda su vida, verse ahora cuando más necesita

de la solicitud y la ternura de los suyos, arrumbada, abandonada como un mueble viejo e inservible...

RENATA ¿Es posible que tú también pienses en semejantes ridiculeces?...

MIJITA ¡Es que observo las cosas! Tengo aquí los ojos. Aquí, ¿me los ves? Bueno.

RENATA Lo que falta ahora es que tú des alas a las cavilaciones absurdas de Luisa.

MIJITA ¡Ah! No crean contar conmigo otra vez para engañarla. Roberto había de resultar como todos los hombres: un zalamero farsante...

RENATA ¡Mijita!

MIJITA No me harás callar. Estoy dispuesta a hablar fuerte hoy. Un zalamero mentiroso. Mientras la mujer le servía, porque era sana, linda y fuerte, mucha devoción y mucho mimo. ¡Ahora para qué, si ya no la puede usar más!... ¡Bandido!... ¡Portarse así con una mujercita tan santa y tan desgraciada!

RENATA ¡Mijita, has perdido el juicio!

MIJITA Todo el día, en tanto ella anda por ahí, por los rincones, consumida por la fiebre y la tristeza, el caballero o está en la calle o está entregado a sus libros y a sus escrituras, como si no tuviera otra cosa más importante que atender. ¡Y tú!... Bueno; en verdad, de ti nada puedo decir, porque siempre fuiste poco expansiva; pero Luisa no está como para acordarse de ello, y atribuye tu retraimiento a temor, indiferencia o qué sé yo, si no es que pasan otras ideas más tristes por su cabecita.

RENATA (Un poco alterada.) ¿Qué sospechas, Mijita? ¿Qué ideas son esas?... Dilo en seguida.

MIJITA ¡Hijita! Yo no he querido decir nada. Es una manera de expresarme nada más.

RENATA No intentes disculparte. ¿Cuáles son las ideas tristes a que te refieres? Vamos, dímelas, Mijita, y muy pronto, si no quieres verme alterada... ¡Vamos, vamos, vamos!... ¡Habla!...

MIJITA Pero si es un absurdo. Yo te conozco muy bien y sé que no serías capaz...

RENATA ¿De qué? ¡Explícate de una vez!...

MIJITA Mira; te juro que ella no ha dicho ni una sola palabra, pero... ¡Oh! ¡Tú sabes muy bien de que soy incapaz de mentir! Nada ha dicho, pero en más de una ocasión se le han escapado expresiones que... bueno; yo no digo más porque es una cosa muy fea y muy triste...

RENATA ¡Oh, empiezo a comprender!...

MIJITA Entonces, se acabó...

RENATA No se acabó. Es necesario que completes tus pensamientos.

MIJITA Ella empieza a darse cuenta de que la estás reemplazando demasiado en esta casa...

RENATA ¡Demasiado!

MIJITA No se cree tan enferma para no poder ayudar a Roberto en sus trabajos, ¿me entiendes?... Y luego los niños. Teme que acaben por perderle el cariño. Y en eso no le falta razón, porque las criaturas, a fuerza de estar a tus cuidados, hoy casi te prefieren. ¡Y luego la frialdad de Roberto y el verlos a ustedes siempre juntos!...

RENATA ¡Oh, basta!... ¡Basta, Mijita!... Una palabra más sería una injuria, ¿me oyes?... ¡Basta!...

MIJITA Te juro Mijita, que yo...

RENATA Basta... Vete de aquí... (Se pasea nerviosamente.)

MIJITA (Compungida.) No supongas que yo piense nada

malo de ti, mi hija... Mi hijita Luisa, tampoco... No vayas a decirle nada, ¿quieres? Atiéndeme: si he hablado es porque tengo mucho miedo, mucho miedo. La hijita Luisa tiene pensamientos extraños en su cabeza, ¿me entiendes? ¡Y debemos quitárselos! ¡Por eso, por eso nada más he dicho lo que he dicho, por la paz de esa desdichada criatura!...

RENATA (Como si acabara de adoptar una resolución.) Está bien. ¡Que Roberto no llegue a enterarse de nada de esto!...

MIJITA Puedes estar tranquila. ¿Qué piensas hacer? Medita bien las cosas, hijita, antes de tomar algún partido, no sea que empeores más la situación.

RENATA No preciso consejos. Déjame sola.

MIJITA (Yéndose.) ¡Las pobres hijitas!...

ESCENA IV

RENATA, después LUISA y ROBERTO

RENATA ¡Oh!... Tenía que suceder... (Se sienta. Después de unos instantes de honda reflexión, recoge los fragmentos del artículo de Roberto, los contempla un momento como indecisa, y luego acaba de desmenuzarlos, arrojando con rabia los pedazos al cesto.)

LUISA (En acalorada discusión con Roberto.) ¡No, no y no!... Esta vez no transijo. ¡Oh!... ¡Demasiado han jugado ya ustedes con mi voluntad!... (Irritada y nerviosa va a sentarse en una silla.) ¡No, no y no!...

ROBER. Cálmate, Luisa. Yo no insisto. Fué una simple idea que me pareció propio consultarte. Figúrese usted, Renata, que se me ocurrió que a los niños les sentaría muy bien un mes o dos de campo; le

expongo la idea y estalla como un cohete, sin atender a mis razones, ni siquiera a mis excusas.

LUISA Porque conozco las razones y las excusas de ustedes.

ROBER. ¿Por qué pluralizarlas? Creo que Renata nada tenga que ver.

LUISA Sí; comprendo que se trata de un nuevo complot para separarme de mis hijos.

ROBER. No digas disparates.... ¡No te perturbes así, Luisa!...

LUISA Es que...

ROBER. (Interrumpiéndola.) Déjame hablar; no es cosa de que tú lo digas todo. Seamos razonables.

LUISA ¡No insistas porque será inútil!...

ROBER. Ni lo pienso, Luisa. Te quedarás con ellos; no irán al campo ni a ninguna parte; ¡no saldrán de tu lado!... ¿Estás conforme?

LUISA Lo estaré cuando me den la razón los hechos.

ROBER. ¡Oh, eso es terquedad, Luisa, o más bien ganas de mantener el entredicho!

LUISA Así han procedido siempre. ¡Así!... ¡Así!... ¡Insidiosamente! Cuando me rebelo fingen renunciar a todo para aplacarme, para recuperar mi credulidad y mi confianza. Pero luego empiezan los zapadores a socavar mi resistencia, y una concesión arrancada hoy a mi debilidad y a mi descuido, es el pretexto de otra mayor que me arrancarán mañana, y de otra, y de otra, y de otra, hasta que les entregue todo. (Con creciente exaltación.) ¡Así!... ¡Así!... Paciente e insidiosamente han ido relajando poco a poco mis energías, maleando mi voluntad, limitando mi independencia, mi altivez, mi albedrío, acorralándome, estrechándome, reduciéndome. ¡Así! ¡Así! ¡Así!...

De esa manera, con procedimientos tan inicuos, tan...

ROBER. ¡Oh! ¡Basta, Luisa!... ¡Cálmate!...

LUISA No. No me desdigo. Con procedimientos tan inicuos han ido consumando el crimen, sí, sí; el crimen de despojarme de mis atributos de esposa y madre, de la facultad de gobernar mi existencia e intervenir en la existencia de los míos y de todo, por el delito de tener la salud precaria, como si los bienes de este mundo fueran patrimonio exclusivo de la carne, más que un derecho de la salud moral.

ROBER. No te exasperes así, Luisa. ¡Cálmate! ¡Cálmate! Tranquiliza esos nervios, que hoy están endemoniados. ¿Quieres un poco de bromuro? Tranquilízate y conversaremos de todas esas cosas. Verás cómo pronto espanto fantasmas de esa cabecita. ¡Oh! No. No intentes proseguir. No te permitiremos continuar en ese tono.

LUISA ¿Lo ves?... ¡Lo ven!... ¡A esta lastimosa incapacidad de ente irresponsable me han reducido! No puedo ni pensar, ni discernir con mi propia autonomía. Son los nervios o es la fiebre lo que piensa, razona, se exalta y se rebela en mí. ¡Oh, ni el derecho de injuriarlos me van a dejar!...

ROBER. (Sonriendo con benevolencia.) ¡Oh, criatura!... ¿Acaso no lo estás ensayando?... Vamos, vuelve en ti...

LUISA ¡Basta!... No continúes en ese tono, que exaspera. Estoy harta de tu lástima. Estoy harta y empalagada de tu compasión. Protesta una vez, rebélate, enfurécete, castígame, maltrátame, arrástrame por el suelo, arráncame la carne a pedazos y me devolverás la conciencia de mi existir... ¡Mortifícame!... ¡Oh, no puedo vivir así!... ¡No quiero

vivir así!... ¡No quiero vivir así!... (Su exaltación se resuelve en una crisis de lágrimas y cae en brazos de Roberto, que la acaricia intensamente conmovido.)

ROBER. ¡Mi pobre Luisa! ¡Mi triste enfermita!...

LUISA ¡Oh, Roberto! ¡Roberto! (Solloza hondamente; estrechándolo, palpándolo, aferrándolo rabiosamente en ciertos momentos, como para asegurarse de su presión. Renata, después de contemplarlos un momento, entra en una habitación inmediata y regresa trayendo un frasco y una cuchara.)

ROBER. (Al verla.) ¡Sí, muy bien pensado!... (Mientras Renata llena la cuchara.) ¡Mi Luisa!... ¡Cálmese!... Tome... Esto la confortará. ¡Serénese un poco!... Beba... Es bromuro...

LUISA ¡No quiero!... ¡No quiero nada!... (Vuelca la medicina de una manotada.) ¡Quiero vivir!... ¡Devuélvanme la vida!...

ROBER. ¡Sé razonable! Para vivir es necesario recuperar las fuerzas... (Renata llena de nuevo la cuchara.) ¡Por ahora beba, beba esto! Sea buena... Yo le prometo hacer su voluntad...

LUISA (Después de una pausa, reaccionando como en un despertar lento y perezoso.) Sí... Dame... Necesito reponerme. (Bebe.) ¡Ah!... Siéntame... Estoy cansada... Me duelen todos los músculos...

ROBER. Los nervios te han zurrado, Luisa... (Conduciéndola al diván.) Reclínate... A tu gusto... ¡Así!... ¡Así!... ¿Te sientes bien?

LUISA Sí... Estoy aliviada... Pero siento una sensación extraña... que no podría explicar... un doloroso bienestar... Sufro y no sufro...

ROBER. (Que se ha sentado en el suelo junto a ella.) Es la savia que recupera sus cauces.

LUISA ¡Quisiera estar siempre así!... Siempre... Siempre...

ESCENA V

Dichos y un Criado

Criado Con permiso. Buscan al señor...

Rober. (Sin volverse.) ¿Quién?

Criado De la imprenta. Desean hablar con usted.

Rober. Dile que no estoy.

Criado Yo... como no tenía orden...

Rober. Entonces, que aguarde.

Criado Está bien. (Mutis.)

Luisa Ve, Roberto. Atiéndelo. Por mí no descuides tus asuntos. Estoy bien ya.... Ve... Cuando vuelvas habré recuperado el dominio de mis facultades, y entonces conversaremos mucho tranquilamente.

Rober. Si es así, obedeceré a mi buena, a mi santa mujercita. (La besa en la frente.) Renata, la dejo a su cargo.

Renata Pierda cuidado, Roberto. Se la devolveré a usted curada por completo.

Rober. Lo creo. (Mutis.)

ESCENA VI

Luisa y Renata

Renata (Después de una larga pausa, a la espectativa de un pretexto para entablar el diálogo, se aproxima a Luisa, que ha permanecido absorta en sus meditaciones con la vista fija en el techo.) Luisa. Yo me voy.

Luisa (Incorporándose, iluminada por una esperanza, con la vista fija en el techo.) ¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Tú, tú te vas?

RENATA Sí. Me voy.

LUISA Tú... ¡No puede ser!... Aguarda un instante... Estoy todavía perturbada.

RENATA ¡No, hermana mía; no intentes disimular o disfrazar tus impresiones!... Le he prometido a tu esposo que te curaría y aquí me tienes de médico del alma, operando en carne viva... Me voy. He comprendido que el más grave de tus males soy yo.

LUISA ¿Por qué, por qué dices eso, Renata?...

RENATA Tú estás celosa.

LUISA ¡Oh!

RENATA No lo niegues. Tienes celos de mí. Escúchame un instante, porque además de no ser sinceras tus protestas, perjudicarían la claridad de cuanto pienso decirte, y debes oirme. No temas que trate de ensayar mi defensa o de hacerte la caridad de un consuelo. Eso sí; como punto de partida, te diré que jamás, jamás cruzó por mi imaginación el pensamiento de disputarte nada de lo que era y es tuyo. Te digo esto, porque en otro tiempo hubimos de ser rivales en la conquista de Roberto. Fuiste la preferida, te casaste con él y yo tuve que vivir al amparo de tu hogar por que me quedaba sola; pero vine a él sinceramente, y sinceramente compartí siempre las alegrías y los dolores de tu vida.

LUISA ¡Oh! ¡Sí! Es verdad, Renata.

RENATA Bien. Después sobrevino tu enfermedad. De ahí parten todas las contrariedades. Yo cometí entonces el error de arrogarme atribuciones y derechos...

LUISA No hables así, Renata.

RENATA (Convincente.) Te juro que lo digo sin ironía. Fué

un error. En tu reemplazo asumí el gobierno de esta casa, pero con excesivas atribuciones. Estabas grave, te morías; Roberto no atinaba más que a lamentarse, y en esas horas de tribulación fuí el espíritu fuerte que lo sostuve todo. Los médicos aconsejaron el aislamiento de tus hijos y me convertí en la madre de tus hijos. Otro error.

LUISA (En tono de reproche.) ¡Renata!

RENATA Te sustituí demasiado. Procuré siempre que no echaran de menos el calor de tu afecto, y tus largas ausencias por un lado y la prodigalidad de mis ternuras por otro, han hecho que las inocentes criaturas se habitúen a mi trato y me prefieran. Luego tu interminable convalecencia, la indecisión, la perpetua inquietud en que hemos estado todos con respecto a tu suerte, es otra causa de que no se te haya permitido intervenir como antes en el gobierno de tu hogar. Tú eras el amanuense de Roberto; copiabas sus escritos; le ayudabas a corregir las pruebas. También te reemplacé. Roberto no podía consentir que et entregaras a una tarea fatigosa.

LUISA ¡Y también Roberto se habituó a ti!...

RENATA Precisamente. Se ha habituado. Y acabas de sugerirme la síntesis de todo lo que nos pasa. Se trata de una cuestión de costumbre. Nos íbamos acostumbrando al estado de cosas que creara tu enfermedad.

LUISA Es decir, anticipando los hechos, descontando mi desaparición, habituándose preventivamente a la idea de mi muerte. ¡Oh! ¡Pero está muy lejano ese día!... ¡Me resta mucha vida aún!...

RENATA Por eso es que quiero irme de aquí, para que nos «desacostumbremos» todos. He debido hacerlo

mucho antes de que te presentaras a reclamar tus fueros...

LUISA ¡Oh! Perdóname, Renata. Si me he rebelado es porque estoy convencida de que voy a curarme, a curarme pronto.

¿No lo crees así, Renata?

RENATA Lo creo, Luisa.

LUISA (Con cierto aturdimiento nervioso.) Mira; antes, cuando creía estar tuberculosa, antes del fracaso del suero de Behring y del viaje al Paraguay, que tan bien había de probarme, me había resignado a morir. ¡Imagínate! Me había resignado a mi suerte y muchas veces a solas con mi tristeza, pensaba en la situación en que quedarían ustedes después que yo muriera; pensaba en mis hijos, en Roberto, en ti, en el destino de los seres más queridos, y hallaba muy lógico todo lo que hoy, sana, me resulta un despojo. ¡Ah! ¡Si Roberto y Renata se casaran!... Y acaricié esa idea, cuya enunciación me hace temblar en este momento, te lo confieso, como una prolongación de mi reinado en el alma de Roberto y una suerte para las pobres criaturitas, que poco iban a echar de menos el cambio de madre. Pero luego, cuando empecé a sentirme fuerte, cuando volvió a mi ánimo esta certidumbre, esta seguridad que tengo de vivir y de curarme, la idea se ha convertido en una dolorosa obsesión. ¡Sí, Renata; tienes razón! ¡Estaba y... estoy celosa!... Nunca sospeché de ti, te lo juro, pero temía por él. Lo veía, lo veía habituarse... acostumbrarse demasiado a tu compañía, a tu contacto, a tu solicitud; miraba enredor mío y me veía tan substituída por ti, que no pude, no tuve fuerzas para dominar mis

inquietudes, y me dejé arrastrar por el temor y la duda hasta el extremo doloroso en que me has sorprendido de recibir la noticia de tu partida sin alientos para decirte: ¡quédate, hermana mía!...

RENATA Adiós, Luisa; Roberto te quiere, te quiere como antes.

LUISA ¿Tú lo crees, tú estás segura, verdad, de que me quiere?...

RENATA Sí. Estoy segura, así como lo estoy de que pronto sanarás de esa...

LUISA De esa bronquitis...

RENATA De esa bronquitis.

LUISA Yo lo siento. Ya la tos no me acosa como antes; respiro más a gusto y estoy de mejor semblante y más gruesa, ¿verdad? ¡Ah, qué emoción poder pronto, muy pronto, ocupar mi puesto de madre y de esposa, besar a mis hijos como antes!... Porque ya puedo besarlos sin temor, ¿no es cierto?...

RENATA ¿A los niños?... No. Todavía no sería prudente que te entregaras demasiado a ellos. Pero es cuestión de aguardar unos días más a que estés completamente restablecida.

LUISA Tienes razón. Es preferible. ¿Y a dónde vas, Renata?...

RENATA No lo he determinado aún. Pero es muy posible que vaya a refugiarme a casa de los viejos tíos provincianos.

LUISA No les serás muy gravosa, porque como tienes tus rentas...

RENATA ¿Mis rentas?... Sí... Sí...

LUISA Supongo que te pondrás de acuerdo con Roberto...

RENATA Ahora no; Roberto debe ignorar, como compren-

derás muy bien, las causas de esta determinación. Yo me voy ahora mismo. Tú te encargarás de disculparme, de justificarme ante él. Adiós, Luisa. (Le tiende la mano.)

LUISA No, Renata. Así no. (La estrecha y la besa con ternura.) ¡Así!... ¡Así!... ¡Gracias, hermana, gracias!... Cuando esté curada, cuando todo haya vuelto a su quicio, volverás, ¿verdad? Te iremos a buscar con Roberto y con los nenes... Adiós, hermana.

RENATA Adiós, Luisa. (Mutis.)

ESCENA VII

LUISA, después ROBERTO

LUISA ¡Ah!... ¡Era necesario!... (Se deja caer en el diván con laxitud extrema.) Ahora recomencemos a vivir.

ROBER. (Entra. Se dirige al escritorio y comienza a revolver los papeles, buscando algo que no encuentra.)

LUISA ¿Qué buscas, Roberto?

ROBER. Unas pruebas que tengo que corregir. Renata sabrá a dónde están. (Llamando.) ¡Renata! (A Luisa, afectuoso.) Y... ¿estamos mejor? ¿Te has tranquilizado?

LUISA Por completo. Me queda un poquito de laxitud.

ROBER. Está claro. No se juega impunemente con el temperamento. Ahora tienes que prometerme que no volverás a dejarte arrastrar por esos odiosos nervios. ¡No sabes cuánto nos has mortificado!... (Llamando.) ¡Renata!... ¡Hay que tener más formalidad, señora mía!... (Vuelve a llamarla.) ¡Renata!...

LUISA No la llames. Es inútil.

ROBER. ¿Por qué? ¿Ha salido? Yo estaba en el vestíbulo y no la he visto pasar.

LUISA Se ha ido.

ROBER. No puede ser. No acostumbra salir a estas horas.

LUISA Se ha marchado para no volver.

ROBER. ¿Qué dices, Luisa? No. No. Es una broma tuya. Eso no puede ser cierto.

LUISA Se ha marchado para no volver... Me encargó que la disculpara contigo.

ROBER. ¡Ah! ¡Luisa! ¡Luisa!...

LUISA A mí también me pareció extraño...

ROBER. Luisa... ¡Tú la has echado!... ¡Tú la has echado!...

LUISA Te aseguro que no.

ROBER. (Cada vez más exaltado.) ¡Tú la has echado!... ¡Dime la verdad!... ¡Responde!... Tú... tú has sido... Tú, Luisa. ¿Por qué has hecho semejante cosa? ¿Por qué?

LUISA (Severa, reprendiéndolo.) ¡Esos modales, Roberto!...

ROBER. ¡Has cometido un delito, Luisa!...

LUISA ¿Por qué supones que la haya echado?...

ROBER. (Sin oirla.) ¡Un delito!... ¡Un delito!... ¡Un delito de lesa gratitud!...

LUISA Atiende, Roberto. Mira que es muy extraño que te exaltes así...

ROBER. (Como antes.) Tamaña desconsideración con la pobre Renata, tan buena, tan solícita, tan devota, tan fiel... ¡Oh!... ¡Era deliberada entonces la escena que hiciste hace un momento!...

LUISA (Con firmeza.) No. No, Roberto. Renata se ha ido por su voluntad.

ROBER. Pero Luisa, si eso no puede ser. Renata es una mujer razonable y de buen sentido. Si hubiera tenido el propósito de abandonarnos, lo habría anunciado previamente, lo habría justificado de alguna manera. Una fuga así, es inconcebible en ella. Vamos, Luisa. Si es verdad cuando me dices,

si es cierto que se ha ido para siempre, su determinación tiene que obedecer a un grave, a un gravísimo motivo, y ese motivo tú no puedes ignorarlo. Acabo de expresarme con alguna intemperancia. No puedo disimular la impresión de tu noticia, tan desesperada y tan desagradable. Habla, Luisa, habla. Dime con franqueza lo que ha ocurrido. Comprenderás que es preciso aclarar este misterio, para desagraviar cuanto antes a la buena hermana. Yo, por mi parte, no creo haberle dado un solo motivo de resentimiento...

LUISA Tampoco yo. Renata hace un instante, cuando tú te alejaste, me comunicó con su frialdad habitual...

ROBER. ¿Su frialdad?

LUISA Sí, con su frialdad habitual, que había determinado irse a vivir con los tíos de provincias.

ROBER. Entonces estará preparando su equipaje. ¡Oh! Felizmente estamos a tiempo de contenerla o de exigirle una explicación de su actitud. ¡Voy a verla! (Llamando.) ¡Renata!

LUISA No vayas. Será en vano. ¡Se ha ido ya!...

ROBER. ¿Así?

LUISA Así.

ROBER. ¿Con lo puesto, sin llevar equipaje, sin decirme adiós, sin besar a los niños?...

LUISA Así. Me dijo que quería evitarse la mortificación de una despedida.

ROBER. ¿Ella? No puedo creerlo. ¡No, no y no!... Tampoco puedo creer que su hermana, la compañera afectuosa de tantos años, la haya dejado marchar así, como a una criada, sin exigirle una explicación, sin que brotara de tu corazón una frase de protesta o un argumento capaz de retenerla un

día, una hora, un minuto, el tiempo necesario para que entrara en razón o para que se fuera, si es que había de irse, con todos los honores de su dignidad. No. No te creo. Tú me engañas. Tú la has ofendido gravemente. Tú la has arrojado de esta casa. ¡Luisa, Luisa! ¡Tú has cometido un crimen!

LUISA ¡Roberto! ¿Olvidas que en todo caso habría ejercido un derecho?...

ROBER. ¡Ah! ¡Lo confiesas!...

LUISA No confieso nada. Te recuerdo simplemente que soy tu esposa.

ROBER. ¡Magnífica ocasión de ejercer tus derechos de esposa! ¡Magnífica! Tienes que estar muy perturbada y fuera de ti, Luisa, para que intentes justificar de esa manera tu conducta. ¿Ignoras lo que ha hecho Renata por ti y por todos nosotros?...

LUISA No lo ignoro ni pretendo desconocerlo.

ROBER. Ignoras entonces lo que vale el sacrificio de una vida. Te quejabas no hace mucho de un despojo. Ella era el único despojado entre nosotros. Ella. Le hemos arrebatado la juventud, ¿entiendes?, las ilusiones, las esperanzas, la frescura, las alegrías de su juventud, lozana como una primavera.

LUISA ¡Roberto, no hables así!... ¡Me haces daño!

ROBER. La hemos marchitado, la hemos envejecido de cuerpo y de espíritu; le hemos puesto una toca de monja, avezándola prematuramente en la contemplación del dolor y la miseria.

LUISA ¡Roberto, tú la amas!...

ROBER. (Como antes.) Renunció a su independencia, a su esposo, al hogar feliz que la aguardaba como una dulce realización de sus más acariciados ensue-

ños, para venir a compartir la miseria de nuestra vida sin sonrisas. Nada le quedaba por entregarnos esa noble criatura, ni los bienes materiales. Con su fortuna hemos comprado un poco de oxígeno para tus pulmones.

LUISA ¡Roberto, tú la amas!

ROBER. ¡Oh! Ese tenía que ser el pago de tantos heroísmos. La injuria de una odiosa, de una abominable sospecha. ¡Oh! ¡No!... ¡No!... ¡No!... ¡No será así!... Tú has perdido el dominio de tus sentimientos. La fiebre te ha hecho cometer el crimen. Tenemos que reparar, sí, reparar la horrenda injusticia. ¡Oh! (Llamándola.) ¡Renata!... ¡Tenemos que pedirle perdón de rodillas, de rodillas!... ¡Renata! ¡Corro a buscarla!... (Lo hace.)

LUISA ¡No, no la llames!... ¡No la llames, Roberto!... ¡Me condenas, me matas!... ¡Roberto!...

ROBER. (Desapareciendo, alterado y descompuesto.) ¡Renata!... ¡Renata!... ¡Renata!...

LUISA (Al mismo tiempo.) ¡Roberto!... ¡Roberto!... ¡Roberto!... (Cae de rodillas junto a la puerta sollozando. Pausa. Luego se incorpora y con gesto de supremo desconsuelo.) ¡Todo, todo ha concluído!... ¡Todo!... (Se desploma en una silla y se entrega a un agitado proceso mental. Se levanta después de unos instantes, con la seguridad de una resolución enérgica, y corre hacia el escritorio, forcejeando por abrir el cajón donde Roberto ha guardado el revólver.) ¡La completa deliberación!...

ESCENA VIII

LUISA y MIJITA

MIJITA (Que ha visto azorada los últimos movimientos de Luisa corre hacia ella.) ¡Hijita Luisa!

LUISA (Con un movimiento brusco de sorpresa.) ¿Qué quieres aquí, Mijita? Vete.

MIJITA Pero Luisa, ¿qué haces? ¿Qué buscas?

LUISA (Dominándose y mintiendo.) Yo... Nada. Buscaba unas carillas escritas... de Roberto. Está con llave el cajón. ¿Sabes? ¿Quieres ir a pedírselas a Roberto?... Tráemelas, sí. Corre a traérmelas.

MIJITA Voy, Luisa... (Se aleja lentamente, volviendo la cabeza con desconfianza.)

LUISA (Así que Mijita le da la espalda, reanuda nerviosamente la tarea de forzar la cerradura.)

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Una lámpara con abatjour ilumina débilmente la escena

ESCENA PRIMERA

RENATA, ALBERTINA Y MIJITA

(Esta última, hundida en un canapé, duerme profundamente)

RENATA Debe ser muy tarde ya. (Va a mirar el cielo sin descorrer las cortinas.) Es de noche aún. (Volviéndose.) Pero cantan los gallos. ¿Qué dirán en su casa, Albertina?

ALBER. ¡Oh! Duermen todos.

RENATA Ramos es un trasnochador impenitente.

ALBER. El club, Renata. Felizmente ahora poco cuida de su profesión; pero antes, antes ese hábito era un verdadero sacrificio. Acostarse a las cuatro y levantarse a las dos o tres horas después para atender su clínica y visitar a los enfermos. ¡Figúrate! ¿Ustedes estarán muy rendidos?

RENATA Yo no siento la menor fatiga, y eso que en estos dos días, tres casi, habré dormido a lo sumo un par de horas de continuo. Roberto ha descansado menos, pero está doblemente sobreexcitado. Se sostiene a fuerza de café, que bebe en dosis enormes, y de licores...

ALBER. Deben procurar que descanse.

RENATA ¡Quién lo convence!... Ahora, si las noticias que nos da Ramos son favorables, como lo espero, trataremos de que tome un calmante.

ALBER. Ramos le dejó ayer una fórmula de cloral.

RENATA Tendrá que hacérsela beber él mismo. Si él no lo convence... (Interrumpiéndose con un estremecimiento.) ¿Eh?... ¿Qué es eso?...

ALBER. Nada. Mijita que sueña fuerte.

RENATA ¡Ah! Yo también estoy con los nervios en tensión. El menor ruido me produce un sobresalto...

ALBER. No es para menos, hija. ¿Por qué no mandas a dormir a esa pobre vieja?

RENATA Otro imposible.

ALBER. Es que a este paso van a enfermar todos...

RENATA Vamos a tentarlo, (Se acerca a Mijita.) ¡Vieja! ¡Mijita!...

MIJITA (Irguiéndose con trágico sobresalto.) ¡No, no le hagan nada!... ¡Yo la defiendo!... ¡Yo!... (Despertando.) ¡Ay, eres tú!... Mira, casi me he dormido. Si no me hablas, seguramente me viene el sueño.

RENATA ¿Por qué no te acuestas un rato, Mijita?

MIJITA ¡Para qué, si no podría dormir!

ALBER. Para que descanse el cuerpo, Tú no estás en edad de hacer esas pruebas...

MIJITA Soy más fuerte que todos ustedes. Voy a ver si es hora de darle la medicina a mi hija Luisa.

RENATA Aguarda. Está el doctor.

MIJITA Hacen muy mal en dejarme dormir así entonces. Demasiado saben que yo soy quien la entiende, quien le da los remedios, la única persona que puede cuidarla. La única que tiene derecho a cuidarla; la única, la única, la única... (Se va refunfuñando por la derecha.)

RENATA ¡Ahí la tienes!

ALBER. Un perro.

RENATA Un perro viejo, lunático. Acabas de oirla. Todo el día está rezongando así. Nadie ama aquí como ella a la hijita Luisa; nadie sabe ni quiere cuidarla. ¡Ni quiere cuidarla! El temor de perderla le sugiere las más estravagantes ocurrencias. Figúrate que en los primeros momentos, hasta pretendía que Roberto no se acercara al lecho de Luisa. «Retírese de aquí. Usted es un miserable. Usted es el causante de su muerte»...

ALBER. Chocheces, manías de vieja.

RENATA ¡Ah! Pero ella no es el marido ni la hermana de la pobre Luisa. La adora como la más tierna y cariñosa de las madres podría adorar a un hijo. Quizá la muerte de Luisa la lleve a la tumba; pero pretende que los vínculos de sangre tienen que determinar un afecto más hondo, más intenso que que el suyo, «el de una pobre sirvienta»—son sus palabras—y su pobreza de espíritu no concibe la serena resignación con que, tanto Roberto como yo, aguardamos el desenlace previsto e inevitable de esa vida amada. A eso obedecen sus recriminaciones...

ALBER. ¡El desenlace inevitable! Ramos, desde que empezó a asistirla, me dijo que sólo un milagro podría salvarla.

RENATA ¡Recuerdas cuando se ilusionó con la noticia del descubrimiento de Behring!...

ALBER. ¡Pobre Luisa! ¡Pobre amiga!... ¡Lo que habrá padecido al ver desvanecidas sus últimas ilusiones!...

RENATA Se aferró en seguida a la esperanza de un error de diagnóstico.

ALBER. Pero ahora está convencida de su fin próximo.

RENATA Parece desear la muerte como una liberación.

ALBER. ¡Qué tristeza!... ¡Qué dolor!... Yo no sería capaz de resignarme a morir.

RENATA Yo le preferiría. Sólo deben vivir los sanos.

ESCENA II

DICHOS, ROBERTO y RAMOS

ALBER. (A Ramos.) Y... ¿cómo la hallas?

RAMOS Mucho mejor. Reacciona enérgicamente.

ROBER. Vayan a su lado. Quiere verlas.

ALBER. ¿Tú me aguardas, verdad? Supongo que me llevarás a casa, digo, si mi presencia no es necesaria aquí más tiempo...

ROBER. Gracias, Albertina. Usted debe descansar.

ALBER. ¿Y usted no? Ramos tiene que imponerle un poco de reposo a este otro enfermo. (Mutis con Renata.)

ESCENA III

ROBERTO y RAMOS

ROBER. Siéntate.

RAMOS (Encendiendo un habano.) Mi gorro de dormir.

ROBER. ¿Tienes otro?

RAMOS ¡Perdón! No te ofrecí porque creo que no te convienen más excitantes. Es necesario que duermas, que des un poco de alivio a esos nervios que deben estar como cuerdas de violín. (Le da un cigarro.) ¿Tomaste el chocolate?

ROBER. (Encendiendo.) ¿Para qué?... ¿Quieres una copa de cognac?

RAMOS Paso, como dicen los jugadores de pocker.

ROBER. (Se sirve de una botella, que está sobre el escritorio, y bebe la copa de un sorbo.) No le he preguntado a Albertina por los niños.

RAMOS Durmiendo a pierna suelta deben estar con los nuestros.

ROBER. ¿No han extrañado?

RAMOS Muy poco. Les dura aún la novelería del cambio de vida. Preguntan por Renata con alguna frecuencia. ¿Luisa no ha insistido en verlos?

ROBER. Al contrario. Renata le ofreció esta noche llevárselos y se negó a recibir con singular energía.

RAMOS A medida que la fiebre cede, va recobrando el dominio de las cosas con una serenidad extraordinaria.

ESCENA IV

DICHOS y RENATA

RENATA (Desde la puerta.) Doctor, pide que la transportemos a un sillón; ¿usted cree que sería conveniente?

RAMOS Pueden hacerlo. Tal vez esté más cómoda así...

ROBER. ¿Necesitan ayuda?

RENATA Parece que no. Se ha incorporado con mucha energía. En todo caso, avisaremos. (Mutis.)

ESCENA V

ROBERTO y RAMOS

ROBER. (Se sirve una nueva copa de cognac.)

RAMOS ¿Más cognac? ¡No, hombre, no! No es razonable.

ROBER. Quisiera aturdirme un poco.

RAMOS ¿También piensas tú que el alcohol aturde? ¡Duerme! Lo necesitas. Podría darte una inyección de morfina.

ROBER. Déjame así. Dime; ¿cuánto crees que pueda durar aún?

RAMOS ¿Luisa? Es imposible precisar con certeza el desenlace. Si esta reacción continúa, podría tirar algunos meses.

ROBER. ¿No temes alguna complicación?

RAMOS Tenemos que esperarlo todo.

ROBER. ¿Todo, verdad? La muerte también.

RAMOS Ya te lo he dicho. ¿Es que ese ánimo empieza a decaer? ¿Te espanta la inminencia del golpe final?

ROBER. No me espanta. Lo deseo, ¿sabes? (Acentuando.) Lo deseo.

RAMOS (Estupefacto.) ¡Hombre!...

ROBER. Te parece una atrocidad. Pues es así, es así. Lo deseo.

RAMOS Me explicaría ese sentimiento ante la perspectiva de una larga y dolorosa agonía. Pero en este caso no existe semejante temor. Luisa se consumirá en una progresiva languidez, apacible y esperanzada.

ROBER. ¿Y si así no fuera?

RAMOS Te aseguro que así será.

ROBER. ¿Y si estuviera condenada al tormento de una agonía moral más cruel que todos sus dolores físicos?

RAMOS No te entiendo.

ROBER. (Después de cerciorarse de que nadie viene.) Yo le arranqué el revólver de las manos. ¿Comprendes ahora?

RAMOS Entendámonos, Roberto. Estás tan febriciente que no sabes lo que dices, o me vienes con una confidencia literaria.

OBER. No hago literatura. Luisa estuvo a punto de pegarse un tiro. La sorprendí en el momento en que violentaba la cerradura del escritorio y se apoderaba de mi revólver para matarse. Yo nada te había contado por falta de oportunidad, o mejor dicho, porque creí poder mantener en secreto este drama de mi hogar y de mi vida. Pero ese secreto se ha convertido en una obsesión espantosa, inaguantable, y antes que el delirio o el alcohol me lo hagan decir a gritos, quiero que tú me alivies de su peso.

AMOS Vamos. Serénate y habla.

OBER. Yo puse el arma en manos de Luisa. ¡Yo!...

AMOS ¡Ah! ¡No!...

OBER. ¡Yo, yo, yo!...

AMOS No, no. En este tono no andaremos bien. Expón los hechos tranquilamente, que ya llegará su turno a la distribución de responsabilidades. No te castigues aún.

OBER. (Serenándose.) Sí, tienes razón. (Pausa.) Tú conoces muy de cerca mi vida. Sabes que ha transcurrido sencillamente, sin lucha, sin conflictos ni complicaciones de ningún género. Mi matrimonio no fué otra cosa que un episodio amable en la serenidad de mi existencia. Encontré a Luisa en mi camino, fresca, sana, hermosa, sutilmente espiritual... La amé, me amó y formamos un hogar modelo de apacible convivencia. Ni una nube, ni el menor barrunto de perturbación. Sanos de cuerpo y espíritu, ni ella ni yo podíamos aspirar a más. Pero sobreviene la enfermedad de esa criatura. ¡Eh!... No es nada. Un contratiempo, un factor negativo de antemano descontado en el fácil problema de nuestra dicha. ¿Que se agrava? Un poco

de inquietud, un poco de piedad y un *crescendo* de afecto y de ternura por la amada sufriente. ¿Que se agrava más aún? ¿Que se llega a temer por su existencia? Ese temor no me alcanzó; no llegó a conmover mi seguridad, mi optimismo, mi fe; la fe de mi salud en la resistencia de ese organismo pletórico de sanas energías. ¿Lo recuerdas? ¡Ah! Pero luego vino la condena, la espantosa revelación de la impotencia humana contra los elementos inexorables, y ante ese fallo inapelable, todo cuanto en mí vibraba se desmoronó. De esa fe mía que era un roble, fueron una a una cayendo las hojas, los brotes, desgajándose los retoños, y la fronda de mis esperanzas quedó convertida en un mísero montón de cosas inertes, de hojas secas, de ramas sin savia enredor del viejo tronco inconmovible. ¡Oh!... ¡Tú sabes cuánto he sufrido!... ¡Qué injusticia!... ¡Qué injusticia!... ¡Qué injuria el aniquilamiento de esa vida grávida de la eterna potencia!... ¡Qué dolor!... Sin embargo, yo estaba sano, ¿me entiendes?, sano, incontaminado. Subsistía el viejo tronco arraigado en el mismo corazón de la tierra y en sus venas comenzaron a hincharse, a hincharse, y la desolación de aquella derrota a animarse con la alegría de las verdes reventazones. ¡Oh! ¡La salud! ¡La salud! Madre egoísta del instinto creador, nos traza la ruta luminosa e inmutable, y por ella va la caravana de peregrinos en lo eterno y va, y va, y marcha, y marcha, y marcha sin detenerse un instante, sin volver los ojos una sola vez, sordos los oídos al clamor angustioso de los retardados, y los ojos exhaustos que va dejando en el camino que nunca se vuelve a recorrer... Sí. Yo estaba

sano. Me conformé. ¡Me resigné! Los inconsolables caen bajo el dominio de la patología. Luisa, incapacitada para las glorias de la maternidad, se convirtió para mí en un objeto de ternura, de infinita ternura. Era todo cuanto podía darle. Ella se conformó. Advirtió la mudanza, y reclamó sus derechos a la vida integral; sospechó la verdad de su estado, y se la ocultamos para no atormentar más su larga agonía. Cuando hubimos de decírsela, no quiso creerla, y desde entonces, a medida que aumentaba su confianza en el porvenir, sus protestas se acentuaban por el despojo que presintiera en los primeros momentos y que no podía pasar inadvertido a su espíritu de análisis sutilizado y exacerbado por el mismo mal que la consumía. Un día no pudo más. Estalló. Arrojó a Renata de esta casa, o consintió que se alejara en condiciones que significaba lo mismo. Yo no tuve bastante dominio sobre mis impresiones para disimularlas o desnaturalizarlas, y explotaron, estallaron con una violencia insospechada por mí mismo, y corrí en busca de Renata, loco, ciego, sin comprender qne dejaba en el espíritu de la infortunada compañera la desolación de una evidencia brutal; sin comprender que dejaba en sus manos el revólver con que había de sorprenderla un instante después, a punto de matarse.

RAMOS ROBER. ¡Oh! Luego tú...

Amo a Renata. Sí; amo a Renata con todas las fuerzas del alma y del instinto y con todos los derechos de mi salud. No puedo negarlo y no me avergüenzo de esta pasión, que no es una imprudencia ni un crimen.

RAMOS ¿Y Renata?...

ROBER. Ella nada sabe de esta tragedia. Volvió a esta casa cuando Luisa se puso tan mal para resistirla con la devoción de siempre.

RAMOS ¿Ignora por completo tus sentimientos?

ROBER. Nada le he dicho. Nada le he dado a comprender, pero tengo la certidumbre de haberla atraído a mis destinos con el imán de mis energías expansivas. Nada me acusaría pues; nada nos acusaría. Habríamos aguardado sin la menor impaciencia, te lo juro, aunque durara años la desaparición de Luisa, para emprender nuestra marcha. Luego aquí no hay más que un crimen, el horrendo crimen de haber amargado, envenenado los últimos días de la querida enferma, dejándole comprender la verdad de su despojo. Yo, yo, yo soy el único criminal. ¿Cómo evitar, cómo reparar los efectos del daño, cómo llevar un poco de paz a ese espíritu torturado por la desesperanza? Ahí tienes la explicación de mi problema. Resuélvelo si eres capaz.

RAMOS ¿La revelación fué tan decisiva?

ROBER. Tal vez no, pero su convencimiento es inquebrantable. Ya lo ves. Iba a matarse.

RAMOS Es muy posible que exageres un poco, y que eso que crees un convencimiento no sea otra cosa que una impresión transitoria. Por otra parte, no hay nada más accesible al consuelo que un espíritu que empieza a sentirse corroído por la desesperanza. Cálmate, pues. Tienes buen deseo y tienes ingenio. Prodígale tu solicitud y tu ternura, y verás qué pronto recobra su calma la pobre Luisa.

ROBER. ¿Y si así no fuera?

RAMOS Será así. Lo que hemos conversado me permite decirte sin ambajes esta crueldad: deja que obre el mal, deja que obre el mal. El alma más templada se quebranta, las energías morales se relajan al par que las energías del organismo, y acabamos por llegar a un estado que únicamente nos deja ver las cosas al través del cristal verde de la esperanza o del cristal sonrosado de la ilulusión. Si estás en paz contigo mismo, no te atormentes más.

ROBER. ¿Es un reproche? (Clarea un poco.)

RAMOS No, Roberto. Te he comprendido bien. Eres un fuerte. Pero toma un poco de cloral. Lo tienes por ahí. (Buscando sobre el escritorio.) Debe ser éste. Bebe un par de tragos. (Roberto bebe el cloral.) Así.

ROBER. Y ahora dime, dime con franqueza; ¿qué piensas de mí?

RAMOS ¡Hombre!... Pienso que eres un ingenuo.

ESCENA VI

DICHOS, ALBERTINA y RENATA

ALBER. Roberto, le traigo las mejores impresiones. Noticias de último momento. Luisa duerme como una santa. Ha charlado con nosotras como en sus mejores días. Es un organismo prodigioso el suyo. ¿Verdad, Ramos? Un par de días más, y la veremos por esos jardines vendiendo salud. Por lo pronto, esta noche, o mejor dicho, esta mañana, no necesita de sus cuidados y podría usted descansar. Ella misma nos pidió que le obligáramos a acostarse.

ROBER. ¡Oh! Muchas gracias, Albertina.

RAMOS Ya he conseguido que tome cloral.

ALBER. Y tú también, Renata, debes irte a descansar. ¿Quieres algo para tus nenes?

RENATA Un beso. Luego iré a verlos.

ALBER. ¿Nos vamos?

RAMOS Aguardo tus órdenes.

ALBER. Adiós, Roberto. Mucho ánimo. Hasta luego, Renata. (Ramos se despide y ambos se van. De una iglesia lejana llaman a misa.)

ESCENA VII

ROBERTO y RENATA

ROBER. (Se echa perezosamente sobre el diván, cada vez más dominado por la fatiga. El calmante va amodorrándolo poco a poco.)

RENATA (Después de acompañar a Albertina y Ramos se vuelve al escritorio, disponiéndose a trabajar. La fatiga la invade también visiblemente.)

ROBER. (Adivinando la presencia de Renata.) Renata, ¿qué hace usted?

RENATA Pongo en orden estas pruebas para corregirlas.

ROBER. ¿De modo que no quiere descansar?

RENATA Estoy desvelada y aprovecho el tiempo. (Pausa larga. Roberto se revuelve, sin encontrar una postura cómoda.)

ROBER. Renata, ¿sabe usted que los niños la extrañan mucho?

RENATA No tanto. Dice Albertina que revolotean alegremente. (Pausa más larga.)

ROBER. Renata, acérquese usted; venga un momento.

RENATA Con mucho placer.

ROBER. Siéntate a mi lado. Así. (Después de un momento, con

voz y ademanes languidecientes.) El doctor Ramos acaba de llamarme ingenuo por mi fe en las fuerzas conservadoras del instinto. ¿Qué piensa usted?

RENATA Que tiene usted razón.

ROBER. ¿Y por qué piensa así?

RENATA Porque también creo.

ROBER. ¿Usted no teme que ese optimismo pueda ser criminal?

RENATA No le entiendo.

ROBER. ¿No ha llegado a pensar que pueda ser un pretexto para disculpar bajos, sucios, innobles apetitos?...

RENATA Cabe en lo posible tanto, que es lo más frecuente ver desnaturalizada la misión inequívoca de los sentidos. Por eso, seguramente, el doctor Ramos le llamaba a usted ingenuo.

ROBER. ¿Luego usted cree que nada tenemos que reprocharnos?

RENATA ¿Quiénes?...

ROBER. Nosotros... usted y yo...

RENATA Roberto, ¿por qué habla así?...

ROBER. ¿Piensa que nada tenemos que reprocharnos?

RENATA No. No prosiga usted. No le entiendo. No quisiera entenderlo.

ROBER. Nuestros destinos están ligados ya. Venga, venga. Hablemos serenamente del porvenir.

RENATA No. Calle usted, calle usted. Una palabra más y comenzaremos a ser criminales. ¡Oh, por qué todo ha de ser así!...

ROBER. Renata, yo la he amado...

RENATA Basta, Roberto. Hemos concluído. Acaba usted de romper el encanto...

ROBER. Venga, Renata, venga. ¿Por qué mentir?...

RENATA ¿Por qué?... ¡Oh! ¡Mire usted un momento hacia allí!... (Señalando la habitación de Luisa.)

ROBER. No se mira hacia atrás. El lamento de los exhaustos no llega a la caravana ascendente de peregrinos de lo eterno. No llega, no llega...

RENATA Se acabó, Roberto.

ROBER. No llega... no llega... no llega... (Se duerme.)

RENATA (Se vuelve y al verlo dormido.) ¡Oh! Era la fatiga... El delirio lo hizo hablar... (Lo contempla un momento.) ¡Oh! ¡Pobre compañero!... Noble amigo... (Dominada y vencida por la ternura, languideciendo con sensualismo enfermizo, se deja caer en una silla, besa suavemente a Roberto en la frente, reclina la cabeza y queda adormecida.)

ESCENA VIII

DICHOS y LUISA

(Aparece la figura espectral de Luisa. Avanza hacia la ventana. Descorre las cortinas y entreabre los cristales. La luz de un amanecer esplendente de primavera inunda la escena y llegan ampliamente los rumores del despertar de la Naturaleza. Luisa contempla el espectáculo, respira a bocanadas y luego se vuelve hacia el sitio donde Roberto y Renata reposan, gobernando sus pasos con visible esfuerzo. Al llegar a ellos, no puede más y cae desvanecida.)

RENATA (Se estremece por la impresión del airecillo matutino, se incorpora y ve a Luisa.) ¡Luisa!... ¡Luisa!... ¡Oh! ¡Perdón! ¡Perdón, hermana mía!... ¡Perdón!... (La levanta y la deposita en un sillón, arrodillándose a su lade.) ¡Perdón!... ¡Perdón!... (La sofocan los sollozos.)

ROBER. (Despertándose amodorrado.) ¡Luisa!... ¡Renata! ¡Oh, esto es un sueño! ¡Una pesadilla horrible! (Corre hacia ellas.) ¿Qué es eso, Luisa, esposa mía?...

RENATA El crimen, Roberto, el crimen.

ROBER. (Balbucea algunas palabras incomprensibles.)

LUISA (Dulcemente.) ¡Hijos míos!... Estoy cansada. (Pausa.)

¡Qué hermoso amanecer!... (Pausa.) Renata, tengo sueño. Ponme una almohada. (Renata coloca un almohadón a sus espaldas.) Así... Así... (Se adormece. Nueva pausa. Roberto se levanta con un gesto de suprema inquietud, le toma el pulso y palpa sus sienes.)

RENATA ¿Muerta?

ROBER. No. ¡Duerme!

FIN

EN FAMILIA

PERSONAJES

DELFINA = MERCEDES = EMILIA

LAURA = DAMIÁN

EDUARDO = JORGE = TOMASITO

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

EMILIA, MERCEDES, LAURA y EDUARDO

EMILIA ¡Oh! No ha de estar tan fundido..., cuando se hospeda en el hotel siempre cuesta eso...

MERCE. En alguna parte tenía que alojarse el pobre hijo...

EMILIA Hay tantas casas de pensión baratas...

MERCE. No querrá llevar a su mujer a sitios que puedan desagradarle.

EMILIA ¡Oh! La tana pretenciosa, cuidado no se fuera a rebajar.

MERCE. Bueno; creo que no tenemos derecho a decir nada. En donde debió hospedarse Damián es aquí, en casa de sus padres, en su casa.

EMILIA Como para huéspedes es la casa.

LAURA (Interrumpiendo la lectura del diario.) Si hubiese venido solo, menos mal.

EMILIA Ni solo; quien coma es lo único que sobra en esta casa.

MERCE. Y lo único que falta es quien trabaje.

EDUAR. ¿Empezamos ya con las indirectas? ¿Saben que me tienen harto ya?

EMILIA Pues te felicito, hermano. De un tiempo a esta parte, aquí nadie se harta de nada...

MERCE. Por culpa mía, ¿no?

EMILIA No, señora, no. No. Por culpa nuestra, ¿verdad, Laura?

LAURA Claro está. Todavía no hemos encontrado un novio capaz de casarse y mantener a toda la familia.

EMILIA Sin embargo, no deben afligirse. (Con intención.) Hay muchos medios de buscar fortuna.

MERCE. ¡Grosera! (Mutis.)

EMILIA ¡Oh! Para qué empieza... bien sabe que no nos mordemos la lengua...

EDUAR. Lo que digo es que tiene razón mamá. Damián ha debido venir a casa. Lo que habría de gastar en otra parte lo gasta con nosotros, y salvamos la petisa.

EMILIA Muy bonito es vivir de limosna. (A Eduardo.) Tú para los negocios tenés un sentido práctico, admirable.

LAURA Limosna, no. Retribución de servicios, en todo caso.

EDUAR. Peor es vivir del cuento.

EMILIA Cuando no, habías de salir con alguna patochada. ¡Guarango!

EDUAR. ¿Para qué tanto orgullo entonces?

EMILIA Tengo en qué fundarlo, ¿sabés?

EDUAR. ¡Miseria!

EMILIA Y vergüenza y delicadeza, todo lo que a ti te falta.

EDUAR. Cállate, idiota.

EMILIA Andá a trabajar. Sería mejor.

EDUAR. Para mantenerlas a ustedes; para costearles los lujos, las paradas. ¡Se acabó el tiempo de los zonzos!

EMILIA ¡Zángano!

EDUAR. ¡Laboriosa!

LAURA (Vuelve a interrumpir la lectura.) Mira, Emilia, quién se casa... Luisa Fernández con el doctor Pérez... Fíjate...

EMILIA ¿Qué me contás? Y ya sale en la vida social. ¡Quién le iba a decir a la almacenerita esa! ¡Lo que es tener plata!

LAURA El mozo es muy bien.

EMILIA ¡Quién sabe, che! Hay tantos doctorcitos hoy en día, que una no sabe de dónde han salido.

EDUAR. ¡Eso es! Despellejen, corten no más. La diversión es entretenida y económica. ¿Dónde dejaste el mate?

EMILIA Búscalo con toda tu alma.

ESCENA II

Los mismos y MERCEDES

MERCE. Caramba con Jorge, que no aparece.

EDUAR. ¿Aguardás a papá? ¿Hoy qué día es? ¿Jueves? ¿Carreras en Belgrano? Espéralo sentada.

MERCE. No puede haber olvidado de que Damián viene esta tarde; además, sabe que no tenemos dinero y hay que comprar todo para la comida.

EDUAR. ¡Ah! ¿Comemos hoy? ¿Festejando qué cosa?

MERCE. Uf... Son muy graciosos ustedes todos; toda la gente de esta casa. ¡Qué importa que nos devore la miseria ni vivir una vida de vergüenza y de oprobio, debiendo a cada santo una vela, pechando y estafando a las relaciones, desconceptuados y desgraciados!

EMILIA ¡Desgraciados, no!

MERCE. ¡Desgraciados, sí, desgraciados! Nada les preocupa ni les quita el buen humor. ¡La verdad es que no sé qué laya de sangre tienen ustedes!

¿Que no hay que comer? ¡Nunca tan alegres y jaranistas! ¿Que nos embargan los muebles? ¡Pues viva la patria! ¿Que el viejo hace una de las suyas? ¿Han visto? ¡Qué rico tipo!

EMILIA ¡Ay, señora; ya no se usa llorar por eso!

MERCE. No; no les pido que lloren, sino...

EMILIA ¿Qué?

MERCE. Nada... nada... Damián no es como ustedes, no.

EMILIA ¡Oh! Es una monada su hijito; si no fuera por él, no andaríamos tan bien vestidas, ni pasearíamos tanto, ni cumpliríamos nuestras relaciones, ni siquiera comeríamos regularmente.

LAURA Ni tendríamos todas estas alhajas.

MERCE. No tiene obligación de mantenernos.

EDUAR. Pero yo sí, ¿verdad? Aquí te quería para tu Damiancito, que está en buena posición, sino rico... ni un reproche; todo me lo reservas. Te agradezco la preferencia.

MERCE. Sabe ganarse la vida. Se ha hecho un hombre, y lejos de sernos gravosas, bastante nos ayudaba.

EMILIA ¡Ayudaba... bien dicho!

EDUAR. Creo que yo no les hago mucho peso; cómo cuando hay, duermo en un rincón, y a veces hasta les ayudo en las tareas de la casa. ¿Qué más quieren? Además, lo he repetido hasta el cansancio: no quiero trabajar... ¡No quiero trabajar! Y cuando se aburran de tenerme en casa, me lo dicen. Me pego un tiro y se acabó.

MERCE. ¡Ave María, muchacho! ¡No digas locuras, por Dios!

EDUAR. Y lo hago, ¿eh? No crean que es parada. (A Emilia.) ¿Dónde dejaste el mate?

EMILIA En el comedor.

EDUAR. Gracias. (Mutis.)

ESCENA III

DICHOS, menos EDUARDO

EMILIA Ahí tenés lo que sacás con ponerte a hablar zonceras. Al otro le vuelve la manía y es capaz de hacer una locura.

MERCE. ¿Pero qué he dicho yo? ¡Señor, Señor, por qué somos así! En esta casa no hay un momento de paz. Ni hablar se puede. Abre uno la boca, y están todos con las uñas prontas para tirar el zarpazo a la primera palabra. Acabamos por odiarnos de esta manera.

EMILIA La verdad es que cada vez nos queremos menos.

MERCE. Quizá no te falta razón.

EMILIA La tengo, mamá. Lo que es para vos el único hijo es Damián y de papá ni siquiera ese...

LAURA Y Tomasito.

EMILIA Es verdad que es su discípulo; lo hace estudiar para calavera y lo lleva a las carreras.

LAURA Y a la ruleta por cábala. Es mascota el chico... (Pausa, señalando a Mercedes que llora.) Fíjate aquello.

EMILIA ¡Claro está!... Che, ¿es lindo el folletín nuevo?

LAURA Me parece una zoncera... Puede ser que más adelante mejore. ¿Querés el diario? Yo voy a arreglarme un poco. Esos no han de tardar.

EMILIA Es cierto. ¿Cómo está mi pelo?

LAURA Bien, pero no me gusta como te queda ese peinado; te hace más delgada.

EMILIA Si me ayudas, lo cambio.

LAURA Para lo que te cuesta... Tengo que arreglarme yo primero...

EMILIA Así sos egoísta... A ver, mamá... déjate de llorar

y cámbiate ese vestido, que estás impresentable.

MERCE. Estoy bien para recibir a mi hijo en mi casa.

EMILIA Hacé lo que quieras. Vamos, che. (Mutis Emilia y Laura.)

ESCENA IV

MERCEDES y JORGE

MERCE. ¡Pobres hijos!...

JORGE ¿No han venido?

MERCE. No.

JORGE No traigo nada, ni un peso. Si *Sultana* no entra en la cuarta, estamos bien reventados. Le tomé dos y dos.

MERCE. ¡Ah! ¡Está bueno!

JORGE Estoy de yeta hoy. Le mandé un mensajero a Gutiérrez, que me prometió algo, y ni en el escritorio, ni en la casa, ni en ninguna parte se le pudo hallar...

MERCE. ¿Y con qué cara vamos a recibirlos, después de tanto empeño de que vinieran a comer?

JORGE Qué hace falta.

MERCE. Todo.

JORGE Si el almacenero fuera capaz...

MERCE. No me hables de eso.

JORGE Aguarda un poco... algún recurso ha de haber. ¡Ah! Pues dame la cadenita aquella...

MERCE. ¿Mi relicario? Ya te he dicho que me han de enterrar con él.

JORGE Te aseguro que mañana lo sacamos.

MERCE. ¡No y no! Con igual seguridad hemos perdido todas nuestras alhajitas. Andá y buscá conforme

hallás para jugar a tu *Sultana;* podrás encontrar para darle de comer a los tuyos...

JORGE Estás muy enérgica hoy. La vuelta del hijo mimadote ha dado bríos.

MERCE. ¿También vos? Les ha dado fuerte con eso.

JORGE No, mujer; no es reproche. (Viendo a Eduardo.) Ya está vos con tu mate. ¿No te lo han prohibido?

ESCENA V

DICHOS y EDUARDO

EDUAR. ¡Bah! Es mi único vicio.

MERCE. Te hace mal.

EDUAR. Y a mí qué me importa ni a ustedes.

JORGE ¡Bueno!... ¡Basta!... (Pausa.)

EDUAR. ¡Basta! (Pausa.)

MERCE. (A Jorge.) ¿Vas o no vas?

JORGE Voy por darte gusto, pero no te aseguro el resultado... Hasta luego... (Mutis.)

EDUAR. ¡Sablazo! ¿Quién es el candidato?

MERCE. ¡Qué se yo!... (Pausa.)

EDUAR. Querrás creer... Hoy hice catorce veces el solitario de las cuarenta, y no me salió... Tuve ganas de romper las barajas... Y tan fácil que es, ¿no? (Pausa.) ¿Y las muchachas? ¿Se ha peleado mucho hoy la gente? ¿Y vos has llorado también? Se te conoce en los ojos. Son bravos esos bichitos... ¡Tienen una boca! La pava sos vos. Mirá, aquí sólo hay dos personas dignas de lástima: nosotros. Vos, porque tomás la vida en serio y nadie te lleva el apunte... Yo, por esta vocación que tengo para el atorrantismo. Porque a mí no me

la cuenta el médico; yo no tengo neurastenia ni un *corno*, sino pereza pura... ¿No estás de acuerdo, vos?

ESCENA VI

Dichos y Emilia

Emilia ¿Se fué el viejo? ¿Trajo dinero? ¿Qué vamos a hacer entonces? Bonito papelorio... Después no quieren que una proteste y se subleve.

Merce. No te aflijas... Ya lo arreglaré todo... No pasaremos vergüenza.

Emilia ¿Cómo?

Merce. De una manera muy natural... Cuando venga Damián, le llamo aparte y le pido unos pesos prestados.

Emilia ¿Qué?... ¿Qué dices? No faltaría otra cosa. Para eso nos hubiéramos hecho invitar por ellos... No harás eso, ¿eh? ¡Cuidadito!

Eduar. (Yéndose.) ¡Cuidadito! ¡Cuidadito! Ya lo sabes.

Merce. ¡Lo haré! ¡Lo haré! No pienso hacer farsas con mi hijo... Le contaré todo, todo lo que pasa en esta casa.

Emilia ¿Te has enloquecido?

Merce. Estoy muy cuerda. Todo pienso decírselo... La vida que llevamos, lo que es tu padre, lo que son ustedes.

Emilia Lo que sos vos también.

Merce. Lo que soy yo también... el más desgraciado de todos los seres.

ESCENA VII

Dichos, Damián y Delfina

Dami. ¿Se puede?... Supongo que tenemos derecho a entrar sin anunciarnos.

Merce. ¿Cómo les va a mis hijos?

Delfi. Hemos venido un poco tarde... Damián se entretuvo en sus asuntos.

Dami. Traía la mar de encargos y comisiones, que he querido cumplir cuanto antes. ¿Y el viejo?

Merce. Salió hace un instante. Vendrá pronto.

Dami. A quien no he visto es a Eduardo...

Merce. Ahí anda el pobre con su neurastenia.

Dami. Si me hubiera ido bien me lo llevo a Santa Cruz... En un par de meses se ponía como nuevo...

ESCENA VIII

Dichos y Laura

Dami. ¿Cómo te va, Laurita? ¡Cómo ha crecido esta chica! ¿Y qué tal los novios?

Laura ¡Oh!... Hay tiempo...

Merce. Tú, Delfina, estarás contenta con la vuelta a Buenos Aires...

Delfi. No crea. No mucho. Hubiera preferido quedarme allá. Trabajaba también Damián. Si no se hubiera encaprichado de hacer ese negocio de las Malvenias, a la fecha estaríamos muy bien acomodados.

Dami. Se empieza de nuevo, qué diablos. Me han ofrecido muchas facilidades para trabajar aquí.

MERCE. Perdiste mucho, ¿verdad?

DAMI. Todo lo que tenía, menos la vergüenza y el cariño de mi mujercita.

MERCE. ¿El nuestro entró en quiebra?

DAMI. ¡Oh! ¡Perdón! No te resientas, vieja; sé que me sigues queriendo como antes...

EMILIA Otra vez...

DAMI. No me dejas concluir, muchacha. ¡Qué susceptibilidad!

EMILIA ¡Jesús! ¡Hablo en broma!

MERCE. Delfina, ¿por qué no te pones el sombrero? Acompáñenla, muchachas.

DELFI. Tiene razón. (Se levanta y se encamina con Laura y Emilia hacia la izquierda.)

EMILIA (Volviéndose.) ¡Ah, mamá, óyeme!

MERCE. (Aproximándose.) ¿Qué hay?

EMILIA ¡Cuidado con hacer una de las tuyas... te conozco: has querido quedarte sola con él! (Con tono y gestos exagerados.)

MERCE. ¡Oh!

DAMI. ¿Qué hay?

MERCE. Nada, hijito, cosas de ella; zonceras...

DAMI. (Afectuoso.) Estás más desmejorada, mi vieja... ¿No anda bien la salud?

MERCE. Así no más.

DAMI. Hay que cuidar el número uno... Dime una cosa... Estoy echando de menos aquel bronce que gané de premio en las regatas. ¿Te acuerdas?

MERCE. Es verdad. No está.

DAMI. ¿Qué suerte ha corrido?

MERCE. Este... ¿El bronce? ¡Ah!...

DAMI. Un compromiso; seguro que lo has regalado.

MERCE. Sí; decíme, Damián: ¿quieres, si tienes, eh, prestarme dos pesos?... Perdona... pero...

DAMI. ¡Oh! ¡Qué tontería! Toma cien pesos... No tengo más.

MERCE. No, no. Es mucho. Yo no quería incomodarte... pero tan luego hoy que los habíamos invitado, no teníamos casi que poner al fuego... Las muchachas, si lo saben, se van a enojar mucho; ¿pero con quién si no con los hijos se ha de tener confianza?

DAMI. ¿De modo que están pasando estrecheces?

MERCE. ¡Peor, hijo, peor!... Una miseria espantosa... faltándonos hasta muchas veces lo más indispensable.

DAMI. ¡Oh! Tanto no puede ser...

MERCE. Eso y mucho más... Un día... dos días a mate y pan...

DAMI. ¡Pero qué horror! ¿Y cómo ha sido eso?

MERCE. ¡Vaya a saberse! Como todas las cosas... De la mañana a la noche nos quedamos en la calle... Jorge dice que perdió en la Bolsa... Pero lo que creo es que nos faltó cabeza a todos... Hace más de un año que estamos así... Mucho más. Y lo peor no es eso... Poco a poco hemos ido perdiendo la estimación de las gentes. Al principio no es nada; se piden préstamos grandes, concedidos con la seguridad del reembolso... Nadie iba a pensar que nosotros, tu padre, tan acreditado, fuera capaz de...

DAMI. Comprendo...

MERCE. Después, agotado el crédito, es necesario comer y viene el expediente vergonzante; no hay recurso que se desprecie por indigno para asegurar el techo y el pan... ¿Qué digo? El techo, que es lo indispensable para guardar las apariencias, y tú sabes bien que en semejante situación, los escrú-

pulos y la vergüenza son el primer lastre que se arroja. ¡Un horror, hijo! Todovía no me doy cuenta de cómo he podido amoldarme a semejante vida. Con decirte que yo, tu madre, que fué siempre una mujer de orden y delicada, ha llegado hasta robarle a una pobre gallega sirvienta...

DAMI. ¡Oh! ¡Mamá!...

MERCE. Hasta robarle, sí señor; hasta robarle a una pobre mujer los ahorros que me había confiado. (Llora.)

ESCENA IX

Aparecen DELFINA y EMILIA

DAMI. (Viéndolas.) ¿Quieren dejarme un momento con mamá?

DELF. ¿Conferencia habemos?

DAMI. Nada grave... Ya terminamos. (Mutis Delfina y Emilia.) Vamos, no se aflija, vieja...

MERCE. Hago mal en contarte cosas tan tristes... Podrías pensar que trato de interesar tus buenos sentimientos con un propósito egoísta...

DAMI. ¡No, vieja!

MERCE. He repetido tantas veces la historia de nuestras desdichas, que necesito la soledad para convencerme de que esta vez no estoy mendigando... Contigo no, hijo... Todo lo contrario... Ya que vienes a vivir aquí, quiero prevenirte contra nosotros mismos... Por otra parte, necesitaba este desahogo...

DAMI. ¡Pobre viejita! Pero y papá y Eduardo, ¿qué han hecho?

MERCE. Nada, hijito. Tu padre, como si con su dinero hu-

biera perdido las energías, echarse a muerto, dejarse llevar por la correntada, y en cuanto a Eduardo, enfermo o maniático; así se lo pasa sin salir a la calle, levantándose de una cama para tirarse en otra.

DAMI. ¡Qué barbaridad!... ¿Por qué no me has escrito diciéndome la verdad?

MERCE. He mentido en perjuicio de tus buenos sentimientos, diciéndoles a éstos que tú no ignorabas nuestra miseria.

DAMI. ¡Oh!... ¿Por qué hiciste semejante cosa?

MERCE. No me lo preguntes... Te he dicho todo lo que podía decirte...

DAMI. ¿Luego reservas algo?

MERCE. ¡No! Nada más, hijo, nada más...

DAMI. Bueno, esto no puede quedar así. Estamos felizmente a tiempo de reaccionar. Tranquilízate; tú me ayudas y desde hoy nos ponemos a enderezar este hogar.

MERCE. No, no hijo... ¡No te metas!... ¡No puede ser!

DAMI. ¡Ahí está el viejo!... ¡Verás cómo se empieza!...

ESCENA X

DICHOS y JORGE

JORGE Hola, buen mozo. ¿Qué tal?...

DAMI. Bastante disgustado contigo, en primer término... Mamá me acaba de contar todo lo que les pasa, y no me explico francamente cómo un hombre de tus condiciones no ha tenido el valor de sobreponerse a la situación.

JORGE ¿Con que esas teníamos? Hombre, la verdad es que me agarra sin perros tu interpelación.

DAMI. No, la cosa no va en broma... Me vas a permitir mis primeras observaciones...

JORGE ¿Cómo no, hijo?... ¿Son muy largas?

DAMI. Si te ofendes, me callo.

JORGE Preguntaba para tomar asiento, si valía la pena.

DAMI. Si mal no recuerdo, antes no usabas tan buen humor...

JORGE ¡Qué querés! Las desgracias me han puesto así.

DAMI. ¿Cínico?

JORGE (Alterado.) ¿Eh?

DAMI. Perdón, viejo... Me molestastes y la palabra salió sola... ¿Me disculpas?

JORGE (Bondadoso, dejándose caer en una silla.) Sí, Damián; yo tuve la culpa. Vamos a ver. ¿Qué te ha contado Mercedes? ¿Que estamos arruinados? ¿Que pasamos privaciones de todo género? Es la pura verdad. Me metí en especulaciones arriesgadas y me sucedió lo que a tantos... Quise levantar cabeza, y no pude. Y de ahí barranca abajo...

DAMI. Pero te has dejado derrotar de una manera bochornosa.

JORGE ¿Qué podía hacer?

DAMI. Pelear, luchar. Para un hombre, perder la fortuna no debe ser un contratiempo irreparable, amigo... Además, hay mil recursos en la vida... Si no son los negocios, es un empleo.

JORGE ¿Y cuándo ni eso se consigue?

DAMI. Se agarra un pico y a cavar la tierra... Qué diablos. No estamos tan viejos ni tan débiles para no podernos ganar el pan decorosamente. Además, tú tenías la responsabilidad de toda esta familia y no has debido permitir que descendiera a una miseria tan vergonzosa.

JORGE ¡Oh! Todo eso es muy bonito, muy noble, muy

honrado. Tu madre me lo ha dicho también, pero no se puede realizar. ¡Cavar la tierra! Anda vos, que no has tenido la pala en la mano para ganarte la vida de ese modo. A los tres días te han despedido por inútil. Elige el trabajo más fácil. ¿Cuál te diré? El de changador. El señor don Jorge Acuña, resuelto a vivir decorosamente de ese trabajo, tiene que empezar a llevar a su familia a la pieza más barata de un conventillo. Preguntále a la señora Acuña y a las distinguidas señoritas de Acuña si están dispuestas a cambiar la miseria vergonzosa de esta casa por la pobreza honrada de la habitación de un conventillo, o con quién se quedarían, con el heroico padre changador o el padre degradado y sinvergüenza que les sostiene el decoro y las apariencias. Preguntálas, preguntálas.

MERCE. Lo que es yo de buena gana iría al conventillo.

JORGE Tal vez fueras capaz de esa abnegación, pero ellas no. Y últimamente ni yo mismo... Sería una heroicidad superior a mis fuerzas, a mis energías, y no me equivocaría mucho al decir que nadie hay tan fuerte para realizarla. Convencéte, Damián; son teorías bonitas nada más las tuyas. Si habré tratado de reponerme inútilmente... Ahora ya ni me preocupa, porque sería perder el tiempo; mi desconcepto, y digo mi desconcepto, por no mortificarles a ustedes calificándome peor, pues jamás podré alejarme de mi categoría de vividor profesional... Quedan algunos recursos... Gente que no lo conoce bien a uno, y se deja sorprender. Uno que otro viejo amigo generoso, una tanteadita al 36 colorado... En fin, lo bastante para ir tirando. ¿Que falta un día el puchero? Mañana

quizá lo tengamos... No hay criaturas en casa. Los grandes no lloran y campean el hambre con chistes. Y en cuanto a lo otro, en cuanto a la vergüenza y dignidad y qué sé yo, la costumbre es una segunda naturaleza. Se nos ha formado callo; ahora, hijo mío, quedas autorizado para aplicar la palabrita que se te escapó hace un rato. Cínico era, ¿no?

DAMI. Muchas gracias, papá. No me atrevería a insultarte, pero te desconozco.

JORGE Lo creo.

DAMI. De modo que a tu juicio no tiene remedio.

JORGE. Absolutamente. Constituímos nosotros, y es mucha la gente que nos acompaña, una clase social perfectamente definida que, entre sus muchos inconvenientes, tiene el de que no se sale más de ella. *Lasciate ogni speranza.*

DAMI. Está bueno. De modo... de modo que... Vamos. Dime una cosa en serio, ¿eh?, porque hasta ahora, si bien has dicho muchas verdades, has estado forjando la nota del desparpajo; dime: ¿quieres autorizarme por un tiempo a manejar esta casa?

JORGE ¡Cómo no!

DAMI. ¿Con plenos poderes?

JORGE Con plenos poderes.

DAMI. Entonces, desde este momento quedas jubilado. Tengo muy poco dinero para sostenerme hasta que pueda trabajar; pero manejado con orden, alcanzará para todos; desde mañana, pues, nos vendremos a vivir acá, y ya veremos si se sale o no se sale de tu infierno. ¿Convenidos?

MERCE. No, no hay necesidad. Tú querrás conservar tu independencia, debes conservarla; piensa que no eres solo, hijo.

DAMI. A Delfina le gustará la idea; estoy seguro.

MERCE. Aunque le guste, yo no puedo permitir... Sí, mi hijito. Si quieres ayudarnos, nos pasas una mensualidad y nos arreglaremos bien.

JORGE (Extrañado.) Déjalo, mujer.

MERCE. No, no lo hagas. Podría pesarte; eres demasiado bueno tú...

DAMI. Sería curioso que no lo hiciera. Te aseguro, vieja, que no me impongo la menor violencia... Salvo que te contraríe tenerme a tu lado.

MERCE. Eso no, pero...

DAMI. Entonces no hay nada más que hablar.

ESCENA XI

DICHOS y EDUARDO

EDUAR. (Con el mate en la mano.) ¡Hola grande hombre!

DAMI. Adiós, personaje. (Se abrazan.) ¿Qué tal? Me han dicho que andas enfermo.

EDUAR. Enfermo y aburrido, che. ¿Y vos te fundiste allá?

DAMI. Casi... casi...

EDUAR. No hay vuelta, che... Estamos *Yettados*.

DAMI. Qué *yetta* ni qué zonceras. Lo que te hace falta a vos es dejarte de preocupaciones y pensar seriamente en la vida. Verás cómo te hago pasar esa neurastenia antes de mucho tiempo.

EDUAR. ¿Cómo, che?

DAMI. No te apures, ya lo sabrás.

ESCENA XII

Dichos y Delfina

Delfi. ¿Terminó la conferencia?

Dami. Con una importante resolución. Mañana dejamos el hotel y nos venimos a vivir con los viejos. ¿Te place?

Delfi. ¡Cómo no! ¡Con el mayor gusto!...

Eduar. ¡Ah! ¿Te has resuelto a eso? Dame esos cinco... ¡Así!... ¡Te felicito! ¡Sos un héroe!... ¡Qué rebusque pal viejo!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Decoración. La misma sala, con un escritorio a la derecha.

ESCENA PRIMERA

DAMIÁN y DELFINA

DAMI. (Atareado ordenando papeles y cuentas.) Preocupaciones tuyas, Delfina. ¿Cómo podrán quererte mal?

DELFI. No digo tanto. Pero me doy cuenta de que incomodo. Tú las conoces bien a las muchachas. Y si antes eran consentidas y caprichosas, la vida de estos últimos tiempos tiene que haberlas dejado descompuestas del todo.

DAMI. No tan absoluto. Podría haberlas corregido...

DELFI. Siempre has sido un poquito ingenuo. Claro que contigo van a disimular y que tratan también de hacerlo conmigo, pero se les conoce a la legua el fastidio.

DAMI. ¿Te han dicho algo?

DELFI. Se guardarían muy bien. No pierden, sin embargo, oportunidad de hacérmelo conocer con los ademanes y los gestos... Por otra parte, tu proceder es un poco brutalmente con ellos en tu empeño de re-

generarlos, y como no pueden decirte nada, quien paga el pato yo sé quién es...

DAMI. ¿Brutalmente?

DELFI. A juicio de ellos, ya lo creo. Tienen demasiada vanidad para aguantar tus sermones y tus latas morales, mortificantes, hijito.

DAMI. Ya verás, ya verás cómo se curan...

DELFI. Creo que acabarán con tu paciencia. Podrán perder el pelo, pero las mañas... Fíjate cómo Eduardo te lleva el apunte.

DAMI. ¡Oh! Ese es un enfermo, un degenerado...

DELFI. Un atorrante... ¡Y con poca diferencia todos están cortados por la misma tijera, empezando por tu padre!

DAMI. ¡Oh! Delfina...

DELFI. Hay que decirte la verdad para que no te hagas ilusiones. Comprendo y justifico tus sentimientos; pero convendrás conmigo en que la misión es más dura de lo que pensábamos, y los resultados no se ven muy claros. ¡Oh! Quizá no pase mucho tiempo sin que tengamos que arrepentirnos de esta quijotada. (Se levanta.)

DAMI. Dime la verdad. ¿Te han hecho algo? ¿Algún desaire? ¿Alguna grosería?

DELFI. Te repito que no. Ya lo sabrías.

DAMI. Pero empiezas a sentirte contrariada, ¿verdad?

DELFI. Un poco inquieta, te lo confieso, por ti, previéndote una desilusión dolorosa...

DAMI. Que venga... Yo habré hecho lo posible, y nada tendré que reprocharme. Ahora bien; tú estás primero por encima de todos. Si no te hallas a gusto me lo dices, y a volar... No quisiera ocasionar la menor contrariedad a mi mujercita.

DELFI. Lo sé, Damián. Por ahora vamos bien.

ESCENA II

Dichos y Mercedes

MERCE. ¿Interrumpo?

DAMI. Todo lo contrario. ¡Adelante!

MERCE. Creí que hablaban cosas reservadas.

DELFI. No, señora; tenemos pocos secretos.

DAMI. ¿Y el viejo? No lo he visto en todo el día.

MERCE. Salió por la mañana.

DAMI. Tengo que reprenderlo. Se ha vuelto muy calavera... Poco se le ve en casa.

MERCE. Dice que tiene un negocio en perspectiva.

DAMI. ¡Macanas! Ya le he dicho que está jubilado.

MERCE. ¿Lo necesitabas?

DAMI. Tal vez más tarde me haga falta... ¡Ah! ¡Laura! ¡Laurita! (Llamando.)

ESCENA III

Dichos y Laura

LAURA Voy. ¿Qué?

DAMI. ¿Terminaste las circulares a máquina?

LAURA No; recién empezaba.

DAMI. ¡Caramba!... Te dije que las necesitaba temprano.

LAURA No puedo hacerlo todo a la vez. La tarea de la casa me roba medio día.

MERCE. No exageres, hija. Lo que te roba el tiempo a vos son los folletines y las novelas.

LAURA Mejor.

DAMI. Mejor no; peor. Es mucha desconsideración. Muy bien que para pedir no se quedan cortas...

LAURA Apareció aquello, hermanito. Si nos has de echar en cara lo que nos das, bien podías guardártelo.

MERCE. Desagradecida. ¡Retírate de acá!... ¡Parece mentira!

DAMI. Déjala, mamá. No te alteres. Tú te pones inmediatamente a hacerme las circulares, ¿me oyes?

LAURA Sí, hombre. Las estoy haciendo. Digo que por demorar un poco, no merezco tanto rezongo.

DAMI. Está bueno.

LAURA Claro que está bueno. (Mutis.)

MERCE. ¡Desgraciada! (La sigue. Mutis.)

DAMI. Déjala... No le digas nada.

ESCENA IV

DAMIAN y DELFINA

DELFI. ¿Has visto?

DAMI. ¡Oh! Los voy a enderezar. Los voy a enderezar; veremos quién es más fuerte.

DELFI. Ingenuo.

DAMI. ¡Qué insolentes!... ¡Pero qué insolentes! ¡Oh! Las verán mansitas y suaves como un terciopelo.

DELFI. ¡Pobre mi don Quijote!... ¡Pobre cabecita mía!... ¡Le van a salir canas!...

ESCENA V

DICHOS y TOMASITO

TOMASI. Aquí trae un mensajero esta carta para vos.

DAMI. Gracias. Firma tú el recibo.

DELFI. ¿De quién es, che?

DAMI. Del comisario de *Río Gallegos*. Ha entrado hoy del Sur... Me espera aquí cerca, en la agencia.

Voy y vuelvo. Si viene alguien a buscarme, que espere. Hasta luego.

TOMASI. Ya que vas a salir, dale el recibo al mensajero.

DAMI. ¡Caramba con el mocito comodón! Llévelo usted con toda su alma.

ESCENA VI

DELFINA y MERCEDES

MERCE. ¿Salió Damián?

DELFI. Sí. Volverá en seguida. (Pausa.)

MERCE. ¿Encontraste el anillo que se te perdió, hijita?

DELFI. No, señora; lo he buscado por todas partes.

MERCE. Es muy extraño. ¿Dónde lo habías dejado?

DELFI. No recuerdo bien. Creo que sobre el lavatorio, en mi cuarto. Pero no se preocupe. Tal vez haya caído al depósito de las aguas.

MERCE. ¿Cómo no me he de preocupar? El otro día un medallón; ahora un anillo. Es mucha coincidencia.

DELFI. ¿Quién podría robarme? La sirvienta es de mi absoluta confianza.

MERCE. ¿Damián lo sabe?

DELFI. ¿Por qué decírselo?

MERCE. Bueno, no le cuentes nada... Yo tengo que aclarar esto...

DELFI. Si no vale la pena.

MERCE. Para ti no tendrá importancia... Para mí sí, y mucha. No puedo tolerar que se abuse de la bondad de mi pobre hijo.

DELFI. ¿Qué cavilaciones son esas, señora?

MERCE. Nada, déjame; nada. Prométeme no decir una palabra a Damián, ¿eh? Después lo sabrás todo.

DELFI. Como usted quiera, mamá.

ESCENA VII

Dichos y Eduardo

EDUAR. Dime, cuñadita; ¿me tenés miedo?

DELFI. ¿Yo? ¿Por qué?

EDUAR. Entonces antipatía... Siempre nos desencontramos...

DELFI. ¡Oh! ¡Qué parada!... Me voy porque tengo que hacer.

EDUAR. No pienso detenerte; seguí no más.

DELFI. ¡Qué rico tipo! (Mutis.)

EDUAR. Esta ya empieza a escamarse...

MERCE. ¿Que querés decir?

EDUAR. Que nos está tomando el tiempo; no es tan zonza como Damián.

MERCE. Bueno fuera que no. Son tan sinvergüenzas ustedes...

EDUAR. A mí no me metas en danza, que no hago mal a nadie, ¿sabés? Apuntad para otro lado... Si todos hicieran lo que yo... esta casa sería un paraíso... Pero no... son malos, peleadores, orgullosos, derrochadores, y qué sé yo... embromarse, pues. Y les garanto que otra bolada como esta no se les presentará jamás. (Pausa.) ¿Qué tenés que estás tan triste?

MERCE. Nada, que hasta ladrones aparecen en casa. Figúrate que a Delfina se le ha desaparecido un anillo...

EDUAR. ¿Un anillo? Ya sé dónde está.

MERCE. ¿Dónde?

EDUAR. En el Pío, pregúntale a Tomasito.

MERCE. Ya lo he pensado; seguro que fué él.

EDUAR. Naturalmente. Está muy adelantado ese chico. Verás cómo hace carrera. Va a ser divertido. Aguardá un poco... voy a llamarlo.

MERCE. No, Eduardo; la cosa no es para bromas. Con esos juguetes han acabado de perder al muchacho.

EDUAR. ¡Tomás!... ¡Tomás!... ¡Tomás!... (Llamando.)

ESCENA VIII

DICHOS y TOMASITO

TOMASI. ¡Eh! ¡No precisa gritar tanto! ¿Qué querés?

EDUAR. Te llama tu madre.

TOMASI. ¿Vos? ¿Qué hay?

MERCE. Decíme, hijo; ¿por qué no me pediste plata si necesitabas?

TOMASI. ¿Yo? ¿Cuándo? No entiendo.

EDUAR. No pierdan el tiempo en discusiones. Las cosas se hacen derechas. Dale la papeleta a la vieja y se acabó todo.

TOMASI. ¿La papeleta?

EDUAR. ¡Oh! Decile donde lo metiste.

TOMASI. ¿El qué?

MERCE. El anillo que le robaste a Delfina, sinvergüenza.

TOMASI. Yo no he robado nada, ¿sabés?

EDUAR. Bueno; lo encontraste tirado, ¿no es cierto?

TOMASI. Díganme; ¿se han creído que tratan con un chico? ¿Quieren sacar de una mentira una verdad? No sean idiotas; hagan el favor.

EDUAR. Si eres tan hombre, debes tener el valor de tus actos. Se dice: «Sí, vieja; yo le espianté el anillo a la otra», ¿y qué? Para algo debe servir el no tener vergüenza.

TOMASI. ¿Y por casa cómo andamos?

EDUAR. Buenos, gracias; ¿y tu familia?

MERCE. ¡Por favor! ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta por Dios!... A ver tú... ¿Dónde negocias esas alhajas?... ¡Pronto!

TOMASI. ¿Te has enloquecido? ¡Avisá!

MERCE. ¿Dónde está? Decímelo, porque soy capaz de contárselo todo a Damián.

TOMASI. Cuidado no me asuste ese papanatas.

EDUAR. ¡Así me gusta!... ¡Juan Sinmiedo!...

TOMASI. Cállate, atorrante.

EDUAR. Confiesa, no seas pavo. Ganarás más; la vieja te da la plata para que lo saques y te armaste otra vez... Tendrías con qué divertirte...

MERCE. Es que soy capaz de denunciarte a la policía.

TOMASI. ¿Van a denunciar ustedes? Tendrían más vergüenza. (Pausa.) Bueno; si es el que yo me encontré, uno de viborita, está en las «Tres bolas» vendido. ¡No dieron casi nada!... ¡Tanto ruido por una zoncera!

MERCE. Está bien; fuera de acá.

TOMASI. Uno pide plata... Tiene sus compromisos... No le dan ni medio, y es claro... (Mutis.)

EDUAR. Naturalmente.

MERCE. Perdularios... ¡Serví para algo una vez, Eduardo! ¡Vestite y anda a buscar esa alhaja!...

EDUAR. ¿Yo? No te jorobes... No tengo tiempo... Mandálo al chico. (Mutis.)

MERCE. Está bien; iré yo.

ESCENA IX

MERCEDES, EMILIA y LAURA

EMILIA No, no me olvido.

LAURA Pasáte por la «Ciudad de Londres» a preguntar por el vestido... Ya debía estar en casa.

EMILIA Bueno. ¿Ajusta bien por detrás?

LAURA Muy bien.

MERCE. ¡Oh! ¿Dónde vas tú?

EMILIA A pasear.

MERCE. ¿Sola?

EMILIA No, con un vigilante. ¿Será la primera vez que salgo sola, acaso, o tenés miedo de que me pierda?...

MERCE. Tú sabes que a Damián no le gusta...

EMILIA ¡Como el señor nos acompaña tanto, puede prohibirlo!... ¿Qué tiene de particular, vamos a ver, qué tiene de particular que salga una mujer sola en este Buenos Aires? Se conoce que vienen del campo él y la gazmoña de su mujer, una doña Remilgos, que todo lo encuentra de mal ver y que es al fin y al cabo la que mete esas simplezas en la cabeza al otro. La figura para darnos consejos y enseñarnos lo que es bueno o malo...

MERCE. Ya basta, mujer. Te pregunto simplemente a dónde vas.

EMILIA A las tiendas. ¿Estás conforme?

MERCE. Medita un poco. No gastes mucho. No hay que tirar de la cuerda... Podría romperse y volver a las andadas.

EMILIA ¡Oh! Perdé cuidado. (Mutis.)

MERCE. Y tú, hija mía, no te olvides; a ver si concluyes esas circulares.

LAURA Sí, señora. (Mutis.)

ESCENA X

MERCEDES y JORGE, que entra

MERCE. ¡Ah! Viniste...

JORGE Ya lo ves...

MERCE. Es muy bonito lo que estás haciendo; te duró bien poco la buena conducta. ¿Dónde pasaste la noche?

JORGE No sé.

MERCE. En el garito, ¿verdad? Damián ha preguntado varias veces por ti.

JORGE ¿Para qué?

MERCE. Te precisaría. (Pausa larga.)

JORGE ¿Sabes quién se ha muerto esta madrugada? El mayor García.

MERCE. ¿Murió? ¡Qué suerte para la pobre familia!...

JORGE No era malo; otro desgraciado como yo y como otros tantos. ¡Vieras qué cuadro en la casa! No tenían materialmente un centavo... Algunos de los más amigos hemos resuelto cotizarnos para el luto de la familia. (Pausa.) ¿Cuánta plata tenés para el gasto?

MERCE. ¡Pero Jorge! ¿Es posible que hasta la memoria hayas perdido? ¿Por quién me tomas? ¿Olvidas que nos conocemos tanto?...

JORGE ¿Qué te pasa?

MERCE. ¡Venirme a hacer el cuento del tío!... ¡A mí!... ¿A mí, que aún no has abierto la boca ya te adivino lo que vas a decir?... Vamos, hombre; confiesa que vienes de la carpeta donde pasaste la noche y casi todo el día, que perdiste, que debes o que querés desquitarte, y no habiendo encontrado

algún infeliz a quien estafar, te vienes a casa a ver si yo te saco de apuros...

JORGE Pues te ha fallado la perspicacia. No buscaba ningún pretexto... Coincidió el pedido con la noticia... Nada más... Que he jugado, es cierto, y perdí... Plata ajena de Damián, trescientos pesos que me entregó para hacerle un giro.

MERCE. Mientes otra vez. No te ha entregado nada. ¿Te crees que no te vigilo?

JORGE Muchas gracias.

MERCE. Y he de evitar por todos los medios que te halles en ese caso. Si tú no tienes miramientos para tu hijo, yo sí, y no consentiré que lo exploten. ¿Me has entendido? ¡No lo consentiré! ¡Parece mentira que seas tan miserable!

JORGE Yo necesito trescientos pesos esta misma tarde... es un compromiso de honor.

MERCE. Antes de venir Damián no te preocupaba tanto el honor... Has olvidado compromisos mayores...

JORGE Es forzoso que lo consiga ¿Podés ayudarme?

MERCE. No.

JORGE De algún lado saldrán. Voy a recostarme un rato. Cuando regrese Damián me despiertan.

MERCE. Cuidado con recurrir a él. Si hasta hoy he ocultado a mi hijo tu verdadera conducta, la menor tentativa que hagas contra él bastará para que se lo cuente todo, aunque se hunda esta casa. Que no se te olvide. (Jorge mutis izquierda.)

ESCENA XI

Mercedes y Damián

Dami. ¿No vino nadie?

Merce. Nadie.

Dami. ¿Quieres llamar a Delfina?

Merce. ¿Ocurre algo?

Dami. No; le traigo una carta.

Merce. ¡Ah!

Dami. Es curioso. La pobre vieja vive desde que yo vine sobresaltada por el temor de desagradarme... Pobrecita... Pobrecita...

ESCENA XII

Damián y Delfina

Delfi. ¿De vuelta tan pronto?

Dami. Ya lo ves. ¿Me pagas las albricias? Te traigo una carta de Santa Cruz; te escribe Lola.

Delfi. ¡Qué alegría! ¿También Thompson escribió?

Dami. Sí... con varios encargos... La verdad es que me pone en serios conflictos.

Delfi. (Leyendo la carta.) ¡Mirá qué suerte! Me dicen que salvaron todas sus majadas, a pesar de los temporales tan espantosos. ¡Ah! Empeñados de que vayamos este verano.

Dami. ¿No has visto aquel Memorándum con la salida de vapores para el Pacífico?... ¡Ah! Lo encontré... el quince sería muy tarde... No hay más remedio... ¿Cómo haría?

Delfi. ¿Qué te pasa?

DAMI. ¡Un calvo, mi hija! Figúrate que a Thompson se le vence una letra en Montevideo y me manda pedir que se la retire...

DELFI. No veo la dificultad. Lola me habla de eso en la carta.

DAMI. El caso es que tendría que embarcarme esta misma tarde.

DELFI. Te embarcas.

DAMI. No puedo. Mañana es la remisión de acreedores de la famosa compañía de Malvinas, y no debo faltar. Forzosamente hay que mandar a alguien... ¿A quién?... ¿a quién?... Y ya es tarde... ¡Ah! Tanto cavilar... ¡Al viejo!... ¿Quién mejor que él?...

DELFI. ¡A tu padre!...

DAMI. ¡Naturalmente!

DELFI. No tan natural...

DAMI. ¿Cómo?

DELFI. Digo no más... para no molestarlo.

DAMI. Sería bueno que no lo hiciera con gusto... Aquí lo tenemos. ¡No podías llegar más a tiempo, viejo!

ESCENA XIII

DICHOS y JORGE

JORGE. ¿Sí?

DAMI. ¿Tienes algo urgente que hacer?

JORGE Según y conforme. Se ha muerto un amigo mío muy íntimo, el mayor García.

DAMI. ¿Y debes ir al entierro? Pues yo te necesito para algo muy importante. El finado sabrá perdonarte. ¿Estarías dispuesto a embarcar esta misma tarde para Montevideo? Una comisión de confianza absoluta.

JORGE Hombre, la verdad... es que...

DAMI. ¿No te agrada?

JORGE ¿De qué se trata?

DAMI. De un pago... Y varias otras diligencias sin importancia; un viajecito rápido y entretenido.

JORGE ¿Tú no puedes hacerlo?

DAMI. Imposible; imposible en absoluto.

JORGE Bueno, ¿cómo no?... Si no hay otro remedio... Tendré que hacer una pequeña diligencia antes.

DAMI. No queda mucho tiempo; una hora escasamente.

JORGE ¡Oh, me despacho pronto!

DAMI. Entonces arreglas tus asuntos y yo me voy a esperarte a la dársena. A bordo te daré todas las instrucciones... Te hago aprontar una maleta y te la llevo al vapor. Así no pierdes tiempo.

JORGE Eso es; así voy derecho.

DAMI. No faltes; mira que se trata de algo muy urgente.

JORGE (Yéndose.) Perdé cuidado, Damián.

DAMI. ¿Quieres llamar alguna de las muchachas?... Hay que preparar esa maleta... Oye, Delfina, dale la mía; es cómoda y segura.

DELFI. Me parece bien. (Mutis.)

ESCENA XIV

DAMIAN y EDUARDO

EDUAR. ¿No dejé una baraja por aquí? ¡Ja, ja!

DAMI. No he visto nada.

EDUAR. ¿Dónde la habré dejado? Se me ha ocurrido una idea para inventar un solitario y no encuentro las cartas. (Pausa.)

DAMI. Decime, Eduardo, ¿te gustaría ir al Sur?

EDUAR. ¿A qué?

DAMI. A trabajar.

EDUAR. No me hablés.

DAMI. Bueno, a cambiar de aire, a curarte.

EDUAR. Muy aburrido.

DAMI. Tengo un amigo propietario de un gran establecimiento. Irías allí en tu calidad de neurasténico, y te aseguro que antes de un mes la salud y el espíritu de trabajo de aquella gente te contagiaría... ¡Es tan fácil abrirse camino por allá!

EDUAR. Por tan bien que te fué a vos.

DAMI. Porque me metí en otras cosas. ¿A que no te resuelves?

EDUAR. No me sentaría el clima. Mucho frio en el Sur.

DAMI. ¡Hombre, podría mandarte al chaco! Mucho calor, ¿verdad?... Muchacho, tú no puedes continuar así, sin más perspectiva que los cuadrados del puerto... ¡Es una vergüenza!

EDUAR. Si te incomodo, me marcho de acá.

DAMI. No digo eso. Haz la prueba. Si te aburres te vuelves, y en el próximo vapor mando al chico.

EDUAR. ¿A Tomasito?

DAMI. Pienso sacar de él un hombre útil.

EDUAR. ¿Para qué sirve esa morralla?... Tiempo perdido... Es un canalla perfecto... La escuela de padre, de papá.

DAMI. ¡Hombre!

EDUAR. ¡Tiempo perdido! Vos siempre fuiste medio zonzo. ¡Convéncete, hermano!

ESCENA XV

DICHOS, DELFINA y luego LAURA

DAMI. ¿Aprontan eso?...

DELFI. Ya va a estar...

EDUAR. Che, ¿sabés que tu mujer me cree loco y me tiene miedo?

DAMI. ¿Cómo es eso?

EDUAR. Huye de mí.

DELFI. (A Damián.) No le hagas caso. Es una broma; le ha dado fuerte hoy.

DAMI. No creas, que tu facha inspira poca confianza.

LAURA (Con unas cajas en las manos.) Me han traído el vestido que me regalaste. ¿Vas a pagar la cuentita?

DAMI. ¿Cómo no? (Lee.) ¡Ta, ta, ta, ta! Eso no puede ser.

LAURA ¡Cómo!

DAMI. Mi generosidad, hijita, no llega a tanto... ¡Doscientos pesos! ¡Una friolera!

LAURA Tú me lo prometiste.

DAMI. Y mantengo la promesa, pero no puedo costear tanto lujo.

EDUAR. Así me gusta.

LAURA Atorrante... este... Las circulares están prontas.

DAMI. Me alegro mucho. (Pausa.)

LAURA ¿Y ahora qué hago con esto? El hombre espera.

DAMI. ¿Lo piensas? Devolverlo, devolverlo en el acto...

LAURA ¡Pero es una vergüenza!

DAMI. Con vergüenza y todo se devuelve.

LAURA (Arrojando las cajas.) Muchas gracias. (Mutis.)

EDUAR. Ja, ja, ja.

DAMI. ¿Querés hacer el favor de entregar eso, Eduardo?

EDUAR. ¿Yo? Bueno, sí.

DELFI. ¡Déjaselo! ¡Pobre!

DAMI. De ningún modo... Caramba con las pretensiones de la señorita.

DELFI. No seas malo, déjaselo; para lección basta con el susto.

DAMI. Consiento por esta vez. Y me voy; es tarde. Toma, paga esa cuenta; hasta luego. (Mutis.)

DELFI. (Siguiéndole.) Aguarda, te daré la maleta.

ESCENA XVI

EDUARDO y a poco LAURA

EDUAR. ¡Laura!... ¡Laura!... Ya se fueron; vení, vení; no seas pava.

LAURA ¿Qué querés?

EDUAR. ¿Ves eso? Te lo regalo. Después dirás que soy un inservible...

LAURA ¡Ah! No lo quiero.

EDUAR. ¡Que no vas a querer! Me empeñé con Damián, y ya lo ves... Tengo una influencia bárbara, che, agárralo; decime, ¿has visto mi baraja? Mirá qué paqueta va la vieja. Cualquiera diría que viene de «Las tres bolas» de comprar un anillo. ¿Apareció la viborita?

ESCENA XVII

DICHOS, MERCEDES y luego DELFINA

MERCE. ¿Dónde fué Damián?

EDUAR. Yo qué sé.

MERCE. Iba con una maleta.

LAURA A la dársena a acompañar a papá, que se va a Montevideo.

MERCE. ¿A qué?

LAURA Una comisión de Damián.

MERCE. Es extraño.

EDUAR. Qué rebusque para el viejo, ¿no?

MERCE. Hablé hace un rato con Damián y nada me dijo.

LAURA Fué una cosa repentina...

MERCE. Con tal que no sea algún lío de tu padre...

EDUAR. ¿Un cuento de papá? ¡Qué esperanzas! ¡Es un hombre muy honrado!

LAURA ¡Calláte, ingrato!

MERCE. Ahí está Delfina... Nos sacará de dudas... Antes que todo, hija... aquí tiene esto...

DELFI. ¡El anillo! ¿Dónde lo encontró?

EDUAR. En el suelo... Pero qué casualidad que nadie lo haya pisado...

MERCE. ¿Sabes qué comisión le encargó Damián a Jorge?

DELFI. Le manda con una suma a retirar una letra de mister Thompson...

MERCE. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... ¿Por qué no me lo dijeron? ¿Por qué no me avisaron?... ¡Madre Santa!... ¡Qué gran desgracia!... (Llora.)

DELFI. Pero señora, ¿qué le pasa? ¿Por qué se pone así?

LAURA Ave María, mamá...

MERCE. Déjenme. Déjenme... Dios, Dios...

DELFI. Esto es muy alarmante, mamá... ¿Qué es lo que teme?...

EDUAR. No se puede pedir mayor respeto para un marido...

MERCE. (Reaccionando enérgica.) ¡Oh! Esto no queda así. Hay tiempo de ir a bordo, ¿verdad?...

LAURA ¡Qué locura es esa! Mamá, ven acá.

DELFI. Señora, cómo puede usted pensar semejante disparate...

MERCE. Hija, tengo mis motivos... Anoche estuvo de jugada y perdió. Hoy se vino desesperado a pedirme plata... Un hombre en esa situación es capaz de todo.

DELFI. Sería tan espantoso, que no cabe en lo posible. Venga acá, Damián está con él. Cálmese.

MERCE. No, déjenme, déjenme ir; se evitará todo.

LAURA ¡Qué manera de disparatar!

DELFI. Piense que ante semejante duda, tendría yo mayores motivos para sentirme inquieta... y ya me ve... Venga... venga le digo; no se torture en balde, siéntese...

MERCE. (Dejándose caer en una silla.) ¡Ay! ¡Dios nos ampare!...

EDUAR. ¿Serviría un consejo mío? Bueno, déjenla que vaya... Mi padre es un sirvergüenza...

DELFI. ¡Eduardo!

EDUAR. ¡Camina, tal vez llegues a tiempo! (La conduce hasta la puerta.) Yo ya se lo dije que mi padre es un sinvergüenza...

DELFI. ¡Eduardo!

LAURA ¡Pero Eduardo!

EDUAR. Salí, salí, defensoras de borrachos...

TELÓN

ACTO TERCERO

Decorado igual que el acto segundo

ESCENA PRIMERA

EMILIA, MERCECES, LAURA y DELFINA

EMILIA ¡Pero qué empeño en pensar lo peor!... Es cierto que la conducta de papá hace sospechosa esta demora, pero hay que descontar muchas esperanzas todavía. Un accidente, una enfermedad, una prisión por error, un olvido; papá es bastante abandonado. ¡No llores de esa manera! ¡Qué dejaría para después!...

MERCE. Lloro y lloraré toda mi vida. No tengo la menor esperanza. ¡Qué gran infamia!

LAURA Podría hasta haberse muerto de repente, y como allí nadie nos conoce, tardaríamos en saberlo...

EMILIA ¡También! El sufría un poco del corazón.

MERCE. ¡Qué ha de morir! No tiene tanta suerte... ¡Desgraciado!... Sí, un desgraciado, más que otra cosa. La miseria lo echó a perder. Siempre fué bueno y caballero... No jugaba... odiaba el juego; no bebía. Jamás faltaba a sus horas, y su mayor preocupación era vernos siempre felices... De repente empezó a decaer, a decaer... y en estos últimos tiempos ni la sombra quedaba de aquel padre de familia. (Muy afligida.) No sé cómo

pueden cambiar así las criaturas de Dios. Y todos hemos cambiado. De mí, de la Mercedes de antes, tampoco queda nada... Me puse igual o peor que él... De ustedes no tengo derecho a decir nada... Se educaron con nuestro ejemplo... El único sano, porque no vivió con nosotros, era el pobre Damián, ¡pobre hijito!; y ahora, para que no salga menos favorecido, lo arrastramos con nosotros a la miseria y a la deshonra. (Pausa.) ¡Pobres de nosotros! ¡Pobre de Damián! (Llora.

EMILIA ¡Está bueno, mamá! No llores así. Te hará daño. ¡Aguardá al menos se confirmen tus presagios! ¡Calmáte! Trae un poco de agua de Colonia, Laura. Y tú, Delfina, podrías decir algo; con tu silencio la mortificas.

DELFI. ¿Yo qué puedo decirle? Necesito tanto como ella de consuelo... y además no podría decir farsas... Creo también como ella que no hay esperanzas de nada bueno...

EMILIA Ahí tenés, mamá, lo que sacas de tus cavilaciones... ¡Es natural! Si los de casa empiezan a sacar astillas... todo el mundo tiene derecho a creerse con derecho a hacer leña... Tampoco es de buen deber que se condene a un hombre sin pruebas...

DELFI. Caramba... En todo caso, el reproche debe empezar por tu madre... Por otra parte, la situación de ustedes no es tan ventajosa para justificar insolencias.

LAURA ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

EMILIA También es una cobardía cebarse en el dolor ajeno...

MERCE. Cállate, Emilia... Déjala en paz... La pobre tiene razón... Es una víctima nuestra...

EMILIA ¡Qué tanta víctima ni tanta humillación! Si la cosa ha pasado como ustedes piensan, la vergüenza no será para nosotros solamente... Damián también es de la familia...

DELFI. ¿Vergüenza? Estás muy equivocada... La conducta y los antecedentes de Damián, lo ponen bien a salvo de todas sombras... Ya sabrá él proceder como debe... Nadie está libre de tener por padre a un ladrón y por parientes a una banda de salteadores. Sea decente y no habrá quien se atreva a echárselo en cara.

EMILIA ¡Oh! Vos estabas esperando una oportunidad para mostrar las uñas.

DELFI. Hablo porque me provocan. No aguardaba oportunidad alguna... He tratado de hacerles todo el bien, pudiendo con una palabra disuadir a mi marido de su chifladura sentimental, mientras ustedes, en pago, me quitaban el cuero; ahora mismo estaba resuelta a callarme la boca, a pesar de la catástrofe que nos amenaza; pero visto que no tienen ustedes ni nociones elementales de delicadeza, les prometo que me han de oir...

EMILIA Podés empezar... Ya nos has dicho ladrones y salteadores... Adelante, mordé... mordé... Ahí tenés una buena presa. Una mujer medio muerta de sufrimiento. Te la cedo... ¡Perversa!

ESCENA II

DICHOS y EDUARDO

EDUAR. ¿Qué bochinche es este?

DELFI. Tus hermanitas.

EDUAR. ¡Ah! Son una monada mis hermanitas... ¡Como el

padre! ¡Fuera de aquí, morralla! ¿Qué te hacían, cuñada? Seguro que te achacaban las culpas del robo. Para aquella, la lectura de folletines, sos tú una malvada, que quiere sumir en la deshonra una familia pobre, pero virtuosa. Esta otra es Paúl Bourget; te encontrará un alma conplicada, llena de recobos... Son literatas las dos... y muy distinguidas... ¡Morralla! Qué asco, ¿no?... Milagro no estuviera también Tomasito en la reunión... ¡Otro! ¿No hay detalles nuevos?...

DELFI. Ninguno.

EDUAR. ¿Y Damián?

DELFI. ¡Por ahí! Buscando noticias...

EDUAR. ¿Ves ese muchacho? Se va a convencer de que es zonzo del costado izquierdo. ¡Fíjate en la vieja! Papel lucido, ¿eh? ¿Qué dirá Damián cuando se confirmen las cosas? Apuesto que le da por la tragedia. ¡Oh, padre, estamos deshonrados! ¡Infelice! ¡Ay de mí!... Y la voz de la sangre y el respeto filial y los sacrificios honrosos, y toda esa punta de macanas que han inventado los escritores y poetas para tener de qué ocuparse... El otro día leí en un diario, que no sé cuál poeta había hecho mal en no tratar las cosas tan sagradas como la familia, el amor filial, y qué sé yo... Fíjate cómo nos conocen los críticos... Bueno; no me llevan el apunte, me voy; están muy del Viernes Santo.

DELFI. También yo. (Hacen mutis.)

ESCENA III

Emilia, Mercedes y Laura

Emilia ¡La perra esa!...

Merce. ¿Por qué son tan malas? ¿Qué ganan con empeorar la situación?...

Laura Nosotras no hemos buscado...

Emilia ¿Debíamos consentirle a esa intrusa que nos pusiera por los suelos?

Merce. Mientras no dijera más que la verdad...

Emilia ¡Oh! Muy bonito... Nuestra abnegación debía ser ofrecer nuestra otra mejilla para el cacheteo...

Merce. No hablemos más.

ESCENA IV

Dichos y Damián

Dami. ¿Nada?

Merce. Nada, hijo mío.

Dami. He ido a la agencia de vapores. En la lista de pasajeros no está el nombre... Es seguro que no ha vuelto. También si nos ha hecho pasar estas angustias por dejadez, así también será la reprimenda. ¿Y Delfina?

Merce. En su cuarto, supongo...

Dami. ¿Está muy afligida?

Merce. ¡Cómo no, hijo! Como todas nosotras. ¡Ah, si me hubieras escuchado cuando fuí a buscarte a bordo, nos ahorraríamos tanta inquietud!... No me hiciste caso, y estamos sufriendo las consecuencias.

Dami. ¡Cómo hacerle una ofensa tan grande al pobre

viejo! Cómo decirle... «Papá, no tengo confianza en usted; quédese». Eso nunca.

MERCE. Fué demasiada confianza la tuya.

DAMI. ¿Pues querrás creer que a pesar de tus recelos y de tu empeño que te noto en prepararme a bien morir, no acabo de inquietarme del todo?

MERCE. No debes hacerte ilusiones; piensa en lo malo.

DAMI. A no ser por tus confidencias sobre las aficiones al juego de papá, te juro que estaría lo más fresco... ¿Por qué no las contastes antes?

MERCE. No quise aumentar tu disgusto... Pensé corregirlo...

DAMI. ¿Y dónde jugaba?...

MERCE. Vaya uno a saber... En todas partes... Decíme si hubiera ocurrido la desgracia. ¿Tendrías con qué reponer eso?...

DAMI. No, mamá; sería mi deshonra completa.

MERCE. ¡Oh! ¡Qué desgracia! (Llora.)

DAMI. No me hagas recordar de nuevo, porque entonces sí que me... que me... ¿No ves?... Ya estoy todo nervioso... Sería horrible... una cosa sin... ¿Qué?... Llaman en el zaguán... Si será un telegrama...

MERCE. Corro a ver... (Sale y vuelve con un despacho telegráfico en la mano.) ¡Telegrama! ¡Telegrama! ¡Telegrama! Gracias a Dios.

DAMI. Vamos a ver...

MERCE. Abrílo pronto...

DAMI. Vaya... Me da no sé qué...

DELFI. Trae para acá... flogo... (Le arrebata el despacho y lee temblorosa.) «Letra Thompson no ha sido retirada».

MERCE. ¡Ay, Dios Santo! (Cae abrumada sobre una silla.)

DAMI. (Demudado.) Letra Thom-pson no ha si-do re-ti-ra-

da. De modo, ¿que es cierto?... Pero... pero... ¡Ah! No puede ser. Al viejo le ha sucedido algo. Estoy en hora... Me voy a buscarlo a Montevideo. ¡Quién sabe si no está enfermo!... ¡Oh! Sí, me voy... Mi sombrero. ¿Dónde está mi sombrero?... (A voces.) Mi sombrero he dicho.

DELFI. Tomálo.

DAMI. Adiós.

DELFI. Escucháme... Piensa un poco en lo que has de hacer... No te precipites...

DAMI. ¡Pero hija!... ¿Cómo quieres que no me precipite... si está en guejo nuestro porvenir?...

EDUAR. Hacéme caso... No vayas a Montevideo. Perderías tu tiempo; el viejo está aquí...

DAMI. ¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto?

EDUAR. Lo conozco. No se ha ido.

DAMI. (Alterado.) ¿Pero cómo no se va a ir si yo estuve con él a bordo hasta el último momento?

EDUAR. Sé lo que te digo. Tenía un metejón por ahí; bajó del vapor detrás de ti y fué a pagarlo; después se metió a jugar a ver si cubría el déficit, y la plata se le hizo humo. Verás cómo aparece hoy o mañana. En cuanto no tenga con qué dormir en el hotel, se viene a rondar la casa para entrar cuando esté seguro de no toparse contigo. Le tengo muy *manyaído* el tiempo.

DAMI. ¿De modo que tú también estás convencido de que me ha estafado?

EDUAR. ¿Quién podría dudarlo?

DAMI. Y dime. ¿Tú concibes que haya en el mundo gentes tan infames?

EDUAR. ¡Ta! ¡Ta! ¡Resmas, che!...

DAMI. (Con ira.) ¡Y padres tan desalmados, tan indignos, tan bellacos!

EDUAR. Abundan igualmente.

DAMI. Pues no me convenzo. Hay cosas que no caben dentro de la incultura humana, y ésta es una de ellas... Al viejo le ha pasado algo, y yo debo encontrarlo...

EDUAR. ¿Dónde?

DAMI. No sé... En algún lado, en la calle, en algún retén de policía, en los hospitales...

DELFI. ¡Damián!

DAMI. No se inquieten. Volveré.

DELFI. (Se echa a llorar.)

EDUAR. Venga, cuñada, la acompaño. ¡No crea que estoy loco! Tal vez sea el más cuerdo. (Conduciéndola.) ¡Qué asco!...

ESCENA V

MERCEDES, LAURA y EMILIA

LAURA ¿Y ahora, che, qué será de nuestra vida?...

EMILIA *Ritornamo all antico.*

LAURA ¡Pero qué sinvergüenza es papá!

EMILIA Qué sinvergüenza ni sinvergüenza; es un infeliz. Más canalla es ese otro que, siendo rico, nos ha dejado en la miseria... Ellos son los bellacos. ¡Uno atorrante! El otro, un bruto egoísta y tacaño... ¡Linda esperanza de padre! (Se va rezongando. Laura la sigue.)

ESCENA VI

MERCEDES y JORGE

JORGE (Muy temeroso aparece en la puerta y avanza con gran cautela.)

MERCE. (Viéndole, corre hacia él.) ¡Vos! ¡Jorge, Jorge! ¿De dónde vienes? ¿Qué es lo que has hecho?

JORGE No preguntes nada... Lo hecho está hecho... y se acabó.

MERCE. ¿Has tenido valor de cometer una infamia tan horrible?...

JORGE No digas nada. ¿Qué sacamos con hacer escenas? Escandalizas sin provecho... ¿Damián ya sabe?...

MERCE. No, no lo sabe. Se lo he dado a entender, pero él no quiere creerlo. No concibe un padre tan desnaturalizado... Ha ido a buscarte...

JORGE ¿Tendrá para reponer eso?

MERCE. Me lo acaba de confesar... Nada; dice que sería su ruina y su deshonra... Ya lo ves; dinero ajeno... lo culparán a él.

JORGE Si es así, me queda un medio de salvarlo.

MERCE. ¿Cuál?

JORGE Pegarme un tiro.

MERCE. No, no Jorge. Una locura no se enmienda con la otra.

JORGE Se lo tendría que pegar él entonces.

MERCE. (Horrorizada.) ¿Mi hijo? ¡Oh, no! ¿Por qué sos tan cruel? ¿Por qué me dices esas cosas tan brutales? No hay necesidad de que se mate nadie... ¿Se ha hecho el daño? Pues a sufrir las consecuencias. No va a pasar nada, ¿verdad? Prométemelo, Jorge; dame ese consuelo a cambio de todo lo que me has hecho sufrir.

JORGE Quedáte tranquila. Depende de cómo el otro tome las cosas... Yo me voy a meter en la cama. Van tres noches que no duermo y no puedo más. Hablále a Damián. Yo no tendría cara para presentarme delante de él. Contále todo... que juego, que soy un vicioso incurable... y que... y que he abusado vilmente de su confianza.

MERCE. ¡Qué golpe para el pobre muchacho!

JORGE Tú podrás encauzar bien la situación, de manera que el otro no la tome por el lado muy trágico... Ahora, si no lo consigues, tendrás que aguantar mi sacrificio.

MERCE. ¡Oh! Si depende de mí, te juro que todo se arregla.

JORGE ¡Ojalá! No puedo más de fatiga.

MERCE. Sí, acostáte. Permitíme una cosa. Sin esto no estaría del todo tranquila.

ESCENA VII

MERCEDES, DAMIÁN y luego DELFINA

MERCE. Ahora el otro. (Revisa los cajones del escritorio y saca un revólver; al huir tropieza en la puerta con Damián.)

DAMI. ¿Qué es eso? ¿Qué vas a hacer con esa arma? Traiga acá. (Se lo arrebata.)

MERCE. No, damélo, Damián. No iba a nada; quería esconderlo porque tengo miedo...

DAMI. ¿Miedo de qué?

MERCE. No sé; ¡por favor, damélo! Me moriría de pena.

DAMI. Toma. ¿Dónde está mi padre?

MERCE. ¿Ya sabes?

DAMI. Sé que ha llegado y quiero verle.

MERCE. El no se atreve. Me encargó de que te lo dijera.

La desgracia ha sucedido. No vayas a perder la cabeza, hijo mío.

DAMI. ¿Dónde está, pregunto? No necesito consejos.

DELFI. No te alteres, Damián; no remediaremos nada; ven, siéntate. (Dirigiéndose a Mercedes.) Vaya a buscarlo, señora, y usted, Damián, quedése; déjenos solos...

MERCE. Voy en seguida. (Mutis izquierda.)

DAMI. ¿Has soñado una cosa igual siquiera, Delfina?

DELFI. Es horrible... Pero no... irremediable. Thompson es muy caballero y sabrá comprender tu situación. Yo le escribiré a Lola también.

DAMI. ¡Horrible! ¡Horrible! ¡Horrible!

DELFI. Tal vez sería mejor que nos fuéramos a Santa Cruz en el primer transporte... No te desesperes así...

ESCENA VIII

DICHOS y JORGE

DAMI. (Viendo a Jorge asomarse tímidamente a la puerta.) Adelante, señor; no tengas vergüenza... Cuando has tenido el descaro de volver a esta casa, te suponía con la comedia preparada. Avanza, pues... O esperas que vaya a recibirte...

JORGE (Rehaciéndose.) ¿Qué tienes que decirme?

DAMI. ¡Hombre! ¡Nada! Nada grave... pedirte perdón por esta molestia que te causo... ¿Estás borracho?

JORGE Tal vez; no sería difícil.

DAMI. Cuidado con exasperarme con tus respuestas, porque no respondo de mí.

JORGE Los jueces no pierden la calma.

DAMI. ¿Tú te das cuenta exacta de todo el mal que me acabas de hacer?

JORGE Exactísima. Tanto, que podría economizarte el interrogatorio repitiendo las preguntas que yo mismo me he dirigido antes de cometer el crimen, mientras lo cometía y después de realizado. Todo fué deliberado y consciente. Te haría ahora mismo un alegato de bien probado, con la certeza de impresionarte en mi favor. Sé que no podrás reponer la plata ajena robada, la que yo acabo de robarte, y como de algún modo tienes que justificarte, me pongo por completo a tu disposición...

DAMI. ¿Para qué?

JORGE Te ofrezco un suicidio.

DAMI. Que te has de matar... es un nuevo recurso. Pretendes impresionarme, ¿verdad? Te equivocas de medio a medio... El que debió matarse y pensó matarse hace veinte minutos fuí yo, el inocente. Pero resistí al verte en ese tren de envilecimiento cínico. Para los hombres como tú debía de existir un castigo: la cárcel; el hecho de que yo entregue a mi padre a los tribunales para que lo condenen, será mi justificación más cabal. Hemos terminado. Si es cierto que te pones a mi disposición, debes marchar en el acto a presentarte a la policía. ¡Ya! ¡Ya! En el acto. (Jorge se va sin decir palabra. Damián mantiene largo tiempo el gesto final.)

DELFI. (Dulcemente.) ¡Damián!

DAMI. ¡Oh, Delfina! ¡Tengo ganas de llorar! Llorar a gritos. (Se deja caer sollozando en una silla.)

DELFI. Sí, llora. ¡Llora... mucho, mi pobre Quijote!

FIN

MONEDA FALSA

PERSONAJES

CARMEN = CIRIACA = MONEDA FALSA
GAMBERONI = BATIFONDO = LUNGO = PEDRIN
VASQUITO = OBRERO 1.° = OBRERO 2.° = REYES
JUGADOR 1.° = JUGADOR 2.° = UNA MUJER
COMISARIO = REPORTER = CABO
COMPADRE 1.° = COMPADRE 2.° = LUNFARDO 1.°
LUNFARDO 2.° = OFICIAL = LUNFARDO 3.°
AGENCIERO = CHICO 1.° (5 ó 6 años) = CHICO 2.° (3 años)

CUADRO PRIMERO

El despacho de bebidas en un almacén del suburbio. Decorado a indicarse

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, Batifondo y el Lungo conversan en una mesa con Gamberoni. De pie, junto al mostrador, los Obreros 1.° y 2.° beben suissé. *Moneda falsa*, sentado en un cajón, observa la escena con aspecto aburrido. Carmen despacha. En otra mesa dos individuos juegan a las cartas.

OBRE. 1 ¿Cuánto se le debe, doña Carmen?

CARMEN Veinte.

OBRE. 2 No, compañero, dejemé pagar. Me toca a mí.

OBRE. 1 Guarde su plata, amigo. (Pagando.) ¡Ya está! No le cobre.

OBRE. 2 Entonces tomamos otra.

OBRE. 1 No, gracias. Es tarde.

OBRE. 2 ¡Quién dijo miedo! Sirva dos suisés. (A *Moneda*.) ¿Usted, compañero, no se sirve nada?

MONEDA No escabio hoy. Muchas gracias.

GAMBE. (Con estrépito.) ¡Eh, padrona! N'altra voerta.

BATIF. ¡Se va a mamar, che!...

GAMBE. Qué imborta. Cuando si encontradei veri amici.

LUNGO Claro que sí. Un día de vida es vida, qué diablos.

GAMBE. ¡Quisto e nu bello parlare! Bebiam. ¡Uh! ¡Padroncita Carmené!...

CARMEN ¡Ya voy hombre, ya voy!... (Acercándose.) ¿Lo mismo?

GAMBE. ¡Naturalemente!...

BATIF. ¡A mí no, che!... ¡Mucho suisé!... Tráigame un Pineral.

LUNGO Yo también. ¿Che, *Moneda*, qué estás haciendo? Arrimate, que te vamos a presentar un amigo.

GAMBE. Un altro amico. Chiamátelo.

BATIF. Es un buen criollo. Muy honrao. Trabaja en Campana.

GAMBE. ¿A Gambana? Sono estato a Gambana, ce tengo un mío parente, un certo Bufalini. Facite u comodo vostro.

MONE. (Acercándose con fastidio.) ¡Pucha digo, que son!...

BATIF. ¿Ustedes no se conocen? Napoleone Gamberoni.

GAMBE. Escusate Cicillo Gamberoni, chacarero a Maggiolo.

BATIF. El amigo *Moneda falsa.*

GAMBE. ¿Cosi?...

BATIF. Antonio Almada.

GAMBE. Salute a voi e a questa nobile compañía. Tome asiendo. ¿Cosa pigliate? ¿Un vasito di vino?

MONE. Pucha que son. No tomo nada.

GAMBE. Non facite complimende. Oggi siamo tutti in armonia.

LUNGO Andamos de farra, che.

GAMBE. Ecco. ¡Precisamente di fara! Gamberoni paga tutto. Tingue del danaro. (Saca un fajo de billetes.) Quista e a vera alegría. (Se pone a contar.)

BATIF. Traiga, che. Yo le cuento.

GAMBE. ¡Ah, no! Escusati. (Sigue contando.)

LUNGO ¡Que está apurao vos!... No te pasés, que la vamos a echar a perder.

BATIF. Este merlo ya no vuela. (A *Moneda.*) ¿Qué tenés vos? Se te apareció la viuda.

MONE. Pucha digo, que son...

GAMBE. ¿E cosi? ¡Qué facimme... padrona!...

CARMEN (Sirviendo.) ¡Ahí está, hombre! ¡Una no puede atender a todos!...

GAMBE. Finalemente. ¡E viva la padrona!...

BATIF. Che, gringo. Embrocame a la padrona.

GAMBE. ¿Ca i ritte?

BATIF. ¡Qué! (Señalándole a Carmen con un ademán picaresco.) ¿Qué tal, eh?... No le juega ninte.

GAMBE. ¡Bella gualiona! ¡Nu bello tuquetto e muliera! ¡Bebiam!...

LUNGO ¡Salute!

GAMBE. (Cantando.) Bebiam, bebiam. ¡Nel vino cerchiam! (Interrumpiendo.) ¡Questa e la *Cavalleria Rusticana!* La fata un paisano mio, un italiano. Il maistro Mascagni. (Continúan conversando.)

OBRE. 1 ¡Pobre gringo! ¡En qué manos ha caído!

OBRE. 2 No le dejan ni medio. Dan ganas de avisarle que no sea otario.

OBRE. 1 ¡A nosotros qué se nos importa últimamente! Y no hay que meterse, porque esos son malos bichos. (Entran dos obreros; saludan; piden suissé, que beben de un sorbo, haciendo sonar la lengua, y se van previo un saludo.)

ESCENA II

CHICO 1 (De 5 ó 6 años, con una criatura de 2 a 3 años de la mano, al Obrero 1.º) ¡Papá!...

OBRE. 1 ¿Qué andan haciendo ustedes?...

CHICO 1 Dice mi mamá que vayan, que la cena está pronta.

OBRE. 1 ¿Tu mamá? Me parece que estás mintiendo.

CHICO 1 De veras, le digo.

OBRE. 1 Están cebaos a venirse a la hora del suissé, porque siempre ligan algo.

OBRE. 2 Los míos son iguales. Hacen lo mismo.

OBRE. 1 (Al más chico.) Vení acá vos. (Lo levanta.) Qué te gusta más. ¿Qué?... ¿Chocolate?... (A Carmen.) Tráigale un chocolate de a dos.

CHICO 1 ¿Y a mí nada? Yo quiero un pescadito.

OBRE. 1 Y un pescadito. ¿No querés suissé también? (Al Obrero 2.º) ¿Qué cree? Ahí donde lo ve le gusta empinar el codo.

CARMEN Tome, mijito. Le doy dos, uno de llapa.

OBRE. 1 ¿No sabés decir gracias vos? Bien, a volar.

CHICO 1 No; vos también vení. Dice mi mamá que si no vas te va a venir a buscar.

OBRE. 1 Está bueno. Donde manda capitán... ¿Cuánto es, patrona?

CARMEN Treinta.

OBRE. 2 ¿No tomamos el otro?

OBRE. 1 No, basta.

OBRE. 2 Bueno. Salú. (Vánse con los chicos.)

JUGA. 1 (Alterado.) ¡Macanas! ¡Qué vas a salir! Tenías once tantos. ¿Qué has hecho ahora?

JUGA. 2 Cartas, setenta, y siete de maso. Tres tantos.

JUGA. 1 Bueno; once y tres, ¿cuántos son? ¿No son catorce?

JUGA. 2 Es que tenía doce, te digo.

JUGA. 1 ¡Qué has de tener! Lo que tenés es la costumbre de robar tantos.

JUGA. 2 Hacé el favor de no pasarte, ¿sabés?

JUGA. 1 (Arrojando violentamente el mazo de cartas sobre la mesa.) Es que te viá quitar el vicio, ¿me entendés?...

JUGA. 2 De ande, si no sos quién.

CARMEN A ver si se sosiegan. No quiero bochinche en mi casa, saben que más. ¡Faltaba otra cosa! Pelandrunes. Se pasan el día con las cartas, no gastan ni medio, y todavía se permiten levantar la voz.

ESCENA III

MUJER (Apareciendo con un queso, pan y un paquete de fideos, a Jugador 1.º) ¡Cuándo no habías de ser vos! No tenés vergüenza... ¡Pelandrún, atorrante! En lugar de estar jugando en el boliche, podías ir a buscar trabajo. ¡Caminá pa casa!...

JUGA. 1 Salí de ahí. No seas otaria.

MUJER ¡Andá pa casa, pelandrún! (Llevándole por delante.) No tienen vergüenza. Las pobres mujeres se desloman trabajando, y ellos como unos príncipes de barriga al sol todo el día. ¡Parece mentira! ¡Mangines!... (Mutis rezongando.)

ESCENA IV

GAMBE. ¿Parlo bene o parlo male? Dicitemí nu poco. E Marconi. ¿Sapéte qui e Marconi?...

BATIF. ¿El de los cigarrillos?

GAMBE. Mo vu u dique. Cuelo ca inventato el telegrafo senza fili, u quiú grande invento de l'humanitá; italiano. Credeté a me. I francesi, i tedeschi, l'inglesi han fato anguna cosa. Ma l'Italia ocupa il primo puesto. ¿Ma chi fu ca trovato lo Polo Norte? Nu mio paisan, italiano, Sualdesa Reale el duca degli Abruzzi.

LUNGO ¿Y qué nos dejás pa nosotros, che, gringo?

BATIF. ¡Qué nos va dejar, si somos unos porotos! Tiene razón, amigo. La Italia, ahí ande la ven, es el primer país del mundo. Hay cada candidato italiano... ¡Viva Italia! ¡Viva Garibaldi!

GAMBE. ¡Evviva! ¡Evviva la República Argentina! ¡Padrona! ¡N'altra voerta! ¡Evviva l'armonía!... ¡Cosi va bene! (Carmen sirve.)

ESCENA V

PEDRIN (Aparece un tanto boleado como si no conociera la casa; deja la linyera en un rincón; mira a todos y saluda tímidamente.) ¡Buena sera!

BATIF. Fijate quién cae.

CARMEN Salute.

LUNGO De tebu. (Cambian una mirada de inteligencia con Pedrín.)

PEDRIN Un biquier de barbera. De cuel bon. (Pedrín acentuará un dialecto a elección del actor, manteniéndose siempre en su deliberado papel de imbécil.)

CARMEN Servido.

PEDRIN (Saboreando el vino.) Non che male. Me dica, siñora. ¿Donde podría tomare le létrico per la estazione del Retiro?...

CARMEN ¡Para el Retiro! Espérese, que no me acuerdo. (Al grupo.) ¿Por dónde pasa el tramway que va al Retiro?

LUNGO ¿A la estación del Retiro?

PEDRIN (Acercándose.) ¡Scusi! Si siñore.

LUNGO Tiene que tomar combinación. ¿Va para afuera usted?

PEDRIN Scusi. Si siñore. A Galvez.

GAMBE. Riverito, signor mío. ¿Siete da Galvez?

PEDRIN Si siñore.

GAMBE. Io son estato tre volte a Galvez. Conoci un certo, un certo; ¿cómo si chiama? ¿D'Andrea?

PEDRIN ¿Il calzolaio?

GAMBE. Ma no, un figlio de la madona qui fa il procuradore.

PEDRIN ¡Per dío! Lo conozco. Cuelo que arrangia li afari nel cuez de paz. Siamo tanto amici.

GAMBE. ¡Bravo! Si sieda paisan. Che tempo per prendere lo tren. ¿Cóme va la cusecha a Galvez?

PEDRIN Mica tanto buona. La langosta, e la helatas.

GAMBE. E un anno cativo... Ma sientase paisan. Aquí siamo in armonia. Cosa pillate... ¡Padrona!

PEDRIN Ma grazia, grazia. Oli il mio bichiere.

GAMBE. Non faccia complimenda. Padrona, sempatica; li porte il suo bichiero.

PEDRIN (Sentándose.) ¡Scusi!...

GAMBE. Cuesti son amici, compañi cregollos, buenos mochachos. Si parlaba de la nostra patria.

PEDRIN ¡La nostra Italia!...

GAMBE. ¡Evviva Italia, paisan!

PEDRIN Ya lo creo. ¡Evviva!...

GAMBE. ¡Salute!

MONE. (Levantándose, encaminándose al mostrador.) Con permiso. ¡Pucha que son!

GAMBE. ¡E bravo, paisan!... (Palmoteando.)

CARMEN ¿Qué tenés, vos?

MONE. Estoy aburrido. ¡Pucha que son!...

CARMEN ¿Andás con miedo?

MONE. ¡Qué miedo ni qué miedo!... Estoy hasta aquí, ¿sabés?...

CARMEN ¿Qué querés que le haga, hijo?

MONE. Nada. ¿A vos qué se te importa?

CARMEN No seas zonzo.

ESCENA VI

VASQUI. Buenas tardes.

CARMEN Buenas.

VASQUI. ¡No compra nada hoy!

CARMEN ¡Andá! ¡Tenés una yeta!

VASQUI. También usted quiere sacar en todas. Vea qué decena tengo en esta jugada. (Saca unos billetes de lotería y se los enseña, diciéndole en voz baja.) Pibe está en cana.

CARMEN (Con sorpresa.) ¡Qué! ¿Cómo sabés?...

MONE. (Con sorpresa.) ¿Ande lo encanaron?

VASQUI. En la casa.

MONE. ¡Pucha digo, que son!...

LUNGO (Que ha observado la escena, acercándose.) Novedad.

VASQUI. ¡Yo pianto! Pibe en cana.

LUNGO ¡Y bueno, ese no bate!...

VASQUI. ¡No sabés!... Y hay mayorengo en la puerta. Yo pianto te digo.

LUNGO ¿Y lo vamos a dejar al gil así no más? Vos no piantás, ¿sabés?

VASQUI. Mirá que tengo pase, y si me lo quitan...

MONE. ¡Que son! ¡Dejalo que se vaya! ¡Piantamos todos, hombre! ¡Pucha!

BATIF. ¡Che, Vasquito!... Atendé un momento. ¿Tenés el extracto de la pasada? Sos muy yetudo. Si no saqué, no te compro más.

LUNGO (Obligándolo.) Andá, sacá el cartel. ¡Seas otario!

VASQUI. ¡Ahí lo tiene; revise don Tranquilidad!

BATIF. Avisá si estás escabiao. (Saca un billete de lotería y revisa prolijamente el extracto.)

GAMBE. (A Pedrin.) ¡Ebé! ¡Questo de la lotería mi pare in-

moralitá, una inmoralitá! ¿Parlo bene o parlo male!

PEDRIN Parlate bene. Ma di cuando en cuando si pué gioccare cinque pesi. Ma ahora mi recordo que tengo in tasca un biglieto da cinquenta mile e no lo son visto ancora. Non ho avuto il tempo.

GAMBE. ¡Oh! Che tempo. ¡Atre mesi!...

BATIF. No, dije; ni medio. (Al Vasquito.) ¿Usted quiere ver el extracto, dice?... ¿Tiene número? Diga qué número traiga.

PEDRIN Scusi. Ma...

BATIF. ¡Cha, que sos desconfiao! ¡Velo vos si querés!

PEDRIN Io non poso. No so leggere. Ma scusi il mio paisan.

BATIF. ¡Salí de ahí, desconfiao! Che, Gamberoni... Mirale el billete a ese.

GAMBE. ¡Cóme no! Vediam. (Revisando.) Cinquemile tresento trentuno... Cinque mile. Cinque mile cento... Cinque mile trecento... ¡Guarda, guarda!... E paysan. ¡Evviva Italia! ¡Padrona! Un altra volta qui paga el mio paysan.

PEDRIN ¡Cosa avete! ¡Cosa avete!

GAMBE. ¡Siete un cane!... Cinque cento pezi... ¡Madona! Pezzo d'un asino. ¡Cinque cento!...

LUNGO ¿Y qué vas a hacer con tanta plata, gringo? Te vas a Italia.

PEDRIN ¿Ma cosa dite?

BATIF. Que te has sacao quinientos pesos, cinque cento pesos en la lotería.

PEDRIN ¡Oh, Christo! ¡Davvero!

GAMBE. ¡Ma si! ¡Ma si!... Madona que siete un asino... Vedi... (Mostrándole el extracto.)

PEDRIN Ma io non so leggere...

GAMBE. ¡Vi lo dico io, Gamberoni, e basta!

PEDRIN Ma cosa faccio io con cuesto numero.

BATIF. Lo cobrás. En cualquier agencia. ¿Vos tenés con qué pagarle, Vasquito?

VASQUI. ¡Avisá!

PEDRIN Ma io non conosco la cittá e debo andare vía adeso.

LUNGO Pucha, italiano otario. ¡Si yo tuviera! ¡A ver, a ver!... A mí no me alcanza; no tengo más que catorce pesos. Che, Napoleón...

GAMBE. Cicillo.

LUNGO Es lo mismo. ¿Tenés plata vos?

GAMBE. ¿Per pagare cuesto?

LUNGO Permítime una parola.

GAMBE. Un momento. (Apartándose.) Cosa volete.

LUNGO Mirá, cuánto tenés.

GAMBE. Eh, cento cinquanta pesi.

LUNGO Bueno; ¿sabés lo qué hacés?... Este gringo es muy zonzo. Se conformará con lo que le den. ¿Me comprendés?...

GAMBE. ¡Guarda, guarda!... ¡Come son furbi i creolli! Madona.

LUNGO Vos le mandás el resto después a Galvez.

GAMBE. E una bella idea.

LUNGO Claro que sí. Es un servicio que le hacés a tu paisano.

GAMBE. (Resuelto.) ¡E ben! (A Pedrin.) O paisan. Voy siete da Galvez, amico del mío íntimo amico D'Andrea.

PEDRIN Certo.

GAMBE. Io ti faró lo servizio. Tu mi dai lo número, e porque tu no pierdas tiempo, io ti daró, ti daró... cento vente pesi.

PEDRIN Bene. Grazie. Ma il resto.

GAMBE. Io le manderó al amico D'Andrea.

PEDRIN Bravo. E fatto. Si sono tanto riconocente paisan.

BATIF. Mirá, Gamberoni, ¿por qué no le das el reló en garantía?

GAMBE. ¿Il mío orologio?...

LUNGO (A Batifondo.) ¡Los angurriento!...

GAMBE. E bé. Prende anque il mío orologio.

PEDRIN E bravo. Tu mi mandi il denaro e io ti mando l'orologio.

GAMBE. Evviva l'armonía.

PEDRIN ¡Evviva, padrona! Yo pago tutto. Ho fatto il mío negozio.

GAMBE. ¡Un altra voerta!

PEDRIN ¡Ah, no! Bisogna que io prenda lo treno. ¿Cuánto si debe?

CARMEN Cinco pesos.

PEDRIN (Con gran generosidad.) Eccoli. (Bajo.) Me debes tres y medio ¿eh?

CARMEN ¡Andá, pelandrún!...

GAMBE. E bi andiamo tutti al Retiro col paisano.

BATIF. Eso es. Todos juntos.

GAMBE. Evviva l'armonía (Cantando) a casa, a casa, amici... Anque cuesto e de *Cavalleria*... L'ha fatto uno italiano. (Mutis. Se oyen cantos y voces que se alejan.)

ESCENA VII

MONE. (Viéndolos salir.) ¡Pucha digo, como son!... (Se sienta junto a una mesa. Pausa. Carmen lava las copas.)

CARMEN ¿Tomás algo?

MONE. Dame un amaro.

CARMEN (Sirviéndolo.) ¿Se puede saber qué tenés?

MONE. Te he dicho que estoy muy aburrido.

CARMEN Andate al teatro.

MONE. Y muy estrilao.

CARMEN Eso es otra cosa. ¿Qué te han hecho?

MONE. Nada.

CARMEN ¿Y entonces?

MONE. Muy rabioso con esta vida. No puedo más.

CARMEN Dejala. Nadie te obliga.

MONE. Dejala, dejala. Eso se dice. Ya la dejo. ¿Qué hago ahora? ¿Pa qué sirvo?

CARMEN Trabajá en otra cosa.

MONE. No sirvo más que pa cochero. Voy a sacar la libreta y me muestran el escracho: LC. ¡Piantá de aquí! Siquiera hubiese servido pa ladrón. Pero vos sabés que no tengo genio. ¿Qué papel estoy haciendo entonces? De otario, de imbécil. Retratao por falsificador y ladrón, viviendo entre ladrones, perseguido por ladrón, batido y preso a cada rato por ladrón y nunca he metido la mano en un bolsillo ajeno. Me muero de hambre, y si no fuera por vos, habría matado de hambre a la pobre vieja. ¡Pucha digo, que es triste! ¡No tener genio pa nada!... ¡Ni pa abrirles las tripas a todos esos que me dan asco, que me dan asco! ¡Asco, asco, asco!... Ni siquiera pa irme de aquí tengo genio. ¡Mirá: yo sé que si me fuera a otro país y nadie me persiguiera y no me topara con los de la patota, pucha, sería más decente!... Y no me aburriría tanto. ¡Pero aquí qué querés que haga! Si pa mí se ha hecho el refrán de que cuando no estoy preso, me andan buscando... Que tengo buena conducta, que me dan pase libre y empiezo a vivir tranquilo, pues ya ha de venir uno que me pida un servicio. «Che, campaneame esto, guardame esto o haceme tal cosa». Y ¡zas! complicao y en cana.

CARMEN Vos tenés la culpa por no haber hecho un escarmiento con los batilana.

MONE. Pero no te digo que no tengo genio... Mirá, Carmen, ¿querés hacer un favor a la patria? Yo sé que vos sos buena y que me tenés ley.

CARMEN Hablá, hombre.

MONE. Vamos a escaparnos, ¿querés? Vos también estás aburrida...

CARMEN ¿Y dónde vamos a ir?

MONE. Verás, tengo un plan. Tu marido tiene plata. Una noche de estas le pegás un golpe grande y piantamos. Agarramos un vapor y nos vamos al Brasil; allí hay mucha libertad; nos vamos y ponemos una fonda, ¿sabés?, y trabajando con juicio verás cómo en poco tiempo nos volvemos personas decentes.

CARMEN Bien dicen que sos zonzo, hijo. Si nos agarran antes nos chupamos unos años de cana, y yo te voy a preguntar entonces...

MONE. Entonces, piantemos sin robarle nada al otro.

CARMEN Y después nos comemos las uñas. Mirá, muchacho, las cosas son como son y hay que dejarlas así no más. ¿Vos estás aburrido? Bien. Hacete a un lado de esta vida, anda con juicio, arrimate a alguna buena sombra y ya verás cómo con el tiempo la policía te olvida y empezás a ser hombre decente.

MONE. ¿Y vos?

CARMEN ¿Yo? (Con melancolía.) ¿Qué de hacer?...

MONE. Es que lo que yo quiero pa mí, lo quiero pa vos, mi vida.

CARMEN Pobre mi viejo. Qué tristeza, ¿verdad?

MONE. ¡Pucha digo, cómo somos!

CARMEN No te aflijás, negro. Hacé lo que te digo y después veremos cómo se procede.

MONE. ¡Ahora sí! Van a ver lo que queda de *Moneda falsa*. ¡Ah! Tomá estos billetes. Ya no circulo

más. Falta uno. Fuí esta tarde a encajarlo a un agenciero de Palermo, pero el hombre empezó a mirarlo y agarró pa la calle. Este va a llamar al botón, dije yo, y pianté por los portones. ¡Con tal de que no tenga consecuencias!... ¡Pucha digo!... Y me voy también. Ya no estoy tan aburrido. Chao. (Mutis.)

ESCENA VIII

CIRIACA (Asomando por la puerta que da al interior.) ¡Che, Carmen!

CARMEN ¿Qué hay?

CIRIACA ¿No ha estao mijo por acá?

CARMEN Acaba de salir.

CIRIACA Decime una cosa: ¿Vos sabés en qué anda ese muchacho?

CARMEN No sé. En nada, supongo.

CIRIACA ¡Hum! ¡Hum! Lo dudo, che... Lo veo alzao desde hace días, y pa mí que nada bueno lo lleva. ¿Has leído en *La Prensa* la noticia de la circulación de billetes de Banco?

CARMEN Sí, señora.

CIRIACA Mirá, a vos te lo digo, porque sos de confianza. Pa mí que ese mala cabeza tiene algo que ver en el asunto. Yo no sé qué le costaría ser honrao. ¿No hay tanta gente que es honrada y sin embargo vive bien? Pero a éste no. Es de balde que lo aconseje y lo reprienda. ¡No señor! El mozo ha de ser ladrón no más. Y ladrón misho, que es lo peor. ¡Si siquiera le fuera bien!... Podría una decirle: «Bueno, mijo, basta. Ya tenés un pasar. Sosegate». Debe ser un destino, ¿verdad, che?...

Desde chiquito le dió por la uña. El padre le acomodaba cada paliza hasta sacarle sangre, y él, ¡nada!... ¡Y zonzo pa robar, que daba asco!... ¿No te ha contao nunca por qué le pusieron el nombre de *Moneda falsa?* ¡Fijate qué chola! Yo tenía en la cómoda una moneda de oro, de esas de plomo, ¿sabes?; cuando un día me la roba y se va con ella a hacer el cuento a una casa de cambio. La cosa era muy zonza, una verdadera muchachada; pero el animal del cambista, sin comprender eso, me lo entrega a la policía. De esa vez me lo tuvieron como seis meses. El padre no trabajó para sacarlo, creyendo que el castigo lo corregiría. ¡Y miralo cómo salió! Con un apodo y con más mañas que el vizconde de la Guadiana. Eso fué lo que ganamos. ¡Pobre muchacho! En el fondo es bueno como una malva, pero no sabe trabajar y está enviciado. Decime; ¿no sabés si volverá?

CARMEN No dijo nada.

CIRIACA Es que no me dejó nada pal morfo. Cortame, ¿querés?, un poquito de matambre o salame...

CARMEN (Sacando dinero del cajón.) Tome un peso, vieja.

CIRIACA Bueno, hija. Gracias. ¡Pobre mi Antonio!... ¿Por qué no le das algunos consejos, vos, que tenés tanta... tanta... vamos, que te aprecia tanto?

CARMEN Cállese.

ESCENA IX

REYES ¿Por qué no has encendido la luz?

CARMEN Creí que era temprano...

REYES Está oscuro ya.

CARMEN (Encendiendo el pico de gas.) Bueno. Ya está.

CIRIACA Buenas tardes, Reyes.

REYES Buenas. De tertulia, ¿no? ¿No tiene otra parte donde ir a dar la lata?

CIRIACA (Yéndose.) ¡Te parta un rayo, bruto!

ESCENA X

REYES Ahí lo han tomao al otario ese.

CARMEN ¿A quién?

REYES A *Moneda falsa*. ¿Llevaba algo?

CARMEN No. Me dejó todo. Parece que un agenciero le desconfió ayer y no quiere meterse más.

REYES ¡Tu protegido! Es muy capaz de batir, pero yo lo arreglo.

CARMEN Pibe también...

REYES Pero ese no abre la boca. Andá abajo y traé el paquete de billetes falsos. Rápido.

CARMEN ¿Qué vas a hacer?

REYES No sé. Rápido he dicho. (Abre la trampa del sótano y desciende.)

ESCENA XI

CABO Buenas noches.

REYES (Dulcificado.) ¿Qué anda haciendo, Cabo?

CABO Ya lo ve. Recorriendo.

REYES (Al sótano.) ¡Che, Carmen! Mirá, no subas de ese vino. Traé barbera más bien.

CABO Diga, Reyes. ¿No ha andado Pedrín por aquí?

REYES No sé. Llegó del centro recién. (Al sótano.) Che, Carmen. ¿Estuvo Pedrín?... ¿Qué? (Al Cabo.) Dice que salió hace un momento. ¿Qué hay? ¿Ha hecho algo?

CABO No, nada. Tengo que verlo no más. Hasta luego.

REYES ¿No toma el bitter, Cabo?

CABO Gracias. (Mutis.)

REYES (Va hasta la puerta y vuelve.) ¡Rápido! Subí todo.

CARMEN ¿Pero qué hay? (Sube con un paquete de regulares dimensiones.)

REYES Ya has visto las moscas. Bueno. Ahora mismo te vas al cuarto de ese y le ponés todo en el baúl.

CARMEN ¿Eh?

REYES Volá te digo.

CARMEN ¡Oh! ¡Yo, yo no!

REYES Te duele, ¿eh? ¡En el acto!...

CARMEN No, nunca. Lo harás...

REYES (Exasperándose.) ¡Carmen!... ¡Carmen!... ¡Mirá que un minuto!... ¡No me conocés ya! Vamos rápido.

CARMEN ¿Qué? ¿Qué querés decir?

REYES ¿Crees que no sé que te has entregao a esa inmundicia? Haga lo que le mando.

CARMEN ¡Querés vengarte!...

REYES No, quiero defenderme. Y vos sabés muy bien cómo me defiendo. (Poniéndole el paquete en las manos.) ¡Ya!... Lleva eso. Y cuidado con venderme, porque, oime bien, te mato, te parto el corazón a puñaladas. ¡Ya!... (Carmen sale por la puerta del foro, agobiada por el gesto y la amenaza.)

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. La esquina de una calle del suburbio. Fachada del boliche con un letrero «Almacén del Mundo». Puerta de entrada al almacén en la esquina y otra a un lado. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Pasa una patota de compadres

COM. 1. ¡Che! Vamos a meternos en el Mundo.
COM. 2. No, che. Ando sucio.
COM. 1. ¿Con quién?
COM. 2. Con Reyes. Es un otario.
COM. 1. Vení, no seas pavo. Ha de estar la mujer, el queso de la casa.
VOCES Sí, vamos. Tomamos un chop.
COM. 2. Vayan ustedes. Yo sigo.
COM. 1. ¿Y ande escabiamos entonces?
COM. 2. A lo de Gigi.
VOCES ¡Eso es! A lo de Gigi. ¡Vamos! (Mutis.)

ESCENA II

(Se oye un tumulto en el interior del boliche y a poco aparece Reyes arrastrando a un Lunfardo.)

LUN. 1. (Muy descompuesto con una daga en la mano.) ¡Mirá Reyes! ¡Mirá Reyes! ¡No me toqués porque te ensartás!

REYES Qué has de ensartar, inmundicia. ¡Venis a comprometer mi casa! ¡Rateros de porquería!...

LUN. 1. ¡Mirá Reyes! ¡Mirá Reyes!

REYES (Violento, cogiéndole un brazo.) ¿Amenazar vos? Largá, largá, largá esa daga, maula. ¡Así! Así...

(Aparece Lunfardo 2.º también con una daga, seguido de dos o tres sujetos de su calaña, que tratan de calmarle.)

LUN. 2. Diga, Reyes. Ahora estamos en la calle. Su casa está respetada. Dejenos no más arreglar nuestro asunto.

REYES Parece mentira que se mamen como chivos. No sirven pa nada.

LUN. 2. Vea, Reyes. Yo lo respeto, ¿sabe?, pero como hombre soy tan hombre como el que sea más hombre, ¿sabe?

REYES Bueno, guardá esa arma. Si quieren pelearse, váyanse lejos. Aquí no me vengan con paradas. (A Lunfardo 1.º) Vos, recogé esa daga. ¡Y marchá muy derecho conmigo, porque ya sabés cómo procedo con roñosos!... (Mutis.)

LUN. 3. ¡Bueno, andiamo, muchachos! Guarden esas armas. Parece mentira que no puedan divertirse y correrla en paz. (Al Lunfardo 2.º cogiéndolo del brazo.) Andiamo, che.

LUN 2. Vamos a ver. Si yo lo quiero marcar, ¿por qué no lo voy a marcar? Vamos a ver. Porque ustedes no quieran. Y si yo quiero, ¿qué me importa que ustedes no quieran? (Mutis.)

ESCENA III

Aparecen por la derecha el Comisario, oficial, un cabo y dos agentes y se detienen en la puerta contigua al almacén.

COMISA. Cabo, reconózcame a aquellos sujetos. Usted, agente, al almacén; que nadie salga. (Al oficial.) Aquí es, ¿no?

OFICIAL Sí, señor.

COMISA. Al otro agente.) Usted quede aquí. (Penetrando con el oficial.)

ESCENA IV

GAMBE. (Muy borracho. Entonando con dificultad algún aire napolitano, avanza unos pasos y se detiene.) ¡A oh! ¡Non e cosi! ¡Vediam! (Reanuda el canto, marcándose el compás con el dedo.) E cosi tampoco. ¡Ma e l'eguale! (Quiere cantar de nuevo, pero se interrumpe.) ¡Evviva la armonia! ¡Bene! ¡L'armonia!... ¡L' Italia e il piú grande paese de l'humanitá!... ¡Parlate bene, Gambeberoni! (Se recuesta a la pared.) Ma dove son i compani... ¡Bravi ragazzi!... ¡Simbaticísimi! (Se queda monologando cosas incomprensibles. Se oye un silbido y a poco aparece Pedrín muy cauteloso a examinar el terreno. Se detiene un momento frente a Gamberoni sin notarlo. Gamberoni empieza a observarlo y lo reconoce, deteniéndolo con un abrazo en momentos que intenta volverse.)

GAMBE. ¡Oh! Per la Madona. Finalemente. ¿Cóme va, paisan?

PEDRIN ¡Che! ¡Che! ¡Che! Qué paisano ni qué paisano. Largame, gringo mamao.

GAMBE. (Sin soltarlo.) ¡Siete ritornato da Galvez, del amico D'Andrea! E bene. ¡Bravo!...

PEDRIN Largame te digo. ¡Qué Galvez ni qué Galvez!

GAMBE. ¿Cosa dite, paisan?

PEDRIN (Al ver al cabo se acerca, cambia de actitud y volviéndole la espalda.) Dico que mi sono extraviato. E cuando arribo a la estazione lo treno para Galvez non c'era piú.

GAMBE. Ebe. Que viva l'armonia.

CABO (Que ha estado observando a Pedrín, lo coge por un brazo.) ¿Qué hacés, Galvez?

PEDRIN ¡Scusi sargenti!...

CABO Te viá dar sargente. A vos te andaba buscando.

PEDRIN A mí. Io son un colono di Galvez. Il mio paisan mi conosce.

GAMBE. ¡Ah! E un bravuomo. E l'amico de D'Andrea lo procuradore.

CABO Salí de ahí, otario. Es un cuentero del tío. Marchá no más, Pedrín.

PEDRIN Bueno de ahí qué. ¡Cana más o menos! Llevame no más. Cosa bárbara. No se puede ser honrao. Ahora que estaba tan bien de colono... ¡Zas, a la leonera! Mirá, prefiero seguir de ladró. ¡Por Dios, che!

GAMBE. Ma dove estó io. E qué me emborta. ¿Ma e lo compaño creollo? ¡Bravi ragazzi! Simpaticísimi.

(Reanuda el canto y se va haciendo eses.)

TELÓN

CUADRO TERCERO

El despacho del Comisario

ESCENA PRIMERA

COMIS. (Interrogando a *Moneda falsa.*) Muy bien. ¿Y dónde estuviste ayer?

MONE. ¿Ayer? De aburrido me fuí al Jardín Zoológico.

COMIS. ¿A ver a la elefantita?

MONE. No. Estuve en la casa de los leones.

COMIS. ¿Y después?

MONE. En el *Almacén del Mundo.*

COMIS. ¿Y si yo te dijera que has estado en otra parte?

MONE. Por la calle.

COMIS. No.

MONE. Entonces no diría la verdad.

COMIS. Espera un poco. (Toca el timbre. Aparece un cabo.) Haga pasar a ese señor. (El cabo saluda y mutis.) De manera que andás retobao.

MONE. Retobao no, señor Comisario. Ando aburrido.

COMIS. No será por falta de trabajo.

MONE. Es por eso, por eso; crealó.

ESCENA II

AGEN. Con permiso.

COMIS. Adelante. Diga usted, ¿conoce al señor?

MONE. (Interviniendo.) ¡Pucha digo, que son! ¡No hable más!... ¡No hable más!... Dígale que se vaya.

Yo me peino solo. Ayer estuve en la agencia del señor a cambiarle un billete falso... por a la tarde!... Puede irse no más el señor.

COMIS. Puede retirarse.

AGEN. Está bien, señor Comisario. Muchas gracias. (Mutis.)

ESCENA III

COMIS. Bueno. De modo que te has vuelto razonable. Así me gusta. Decí no más. Pero no me mientas, porque ya sabés que yo...

MONE. Bueno. (Pausa.) Ayer... la vieja, mi madre, no tenía qué comer.

COMIS. Eso le sucede por tu culpa.

MONE. Sí, ya lo sé. No tenía qué comer, y entonces yo, estrilao, me acordé que tenía un diez falso, y dije:

COMIS. Te he dicho que no me mientas.

MONE. Digo la verdad, señor Comisario; digo la verdad.

COMIS. ¡Estás mintiendo!...

MONE. ¡Pucha digo, que son! Vea; estoy llorando, ¿sabe? ¡Esto es la verdad, la verdad, la verdad!... (Pausa.)

COMIS. ¡Ajajá!... ¿Con que la verdad? Decime, ¿y este paquete de moneda falsa que se encontró en tu baúl?

MONE. ¿Eh?

COMIS. Esto, sí, esto. Lo encontré yo en tu baúl. ¿Qué decís?...

MONE. Que es mentira. ¡Que es una gran mentira!...

COMIS. Hay testigos.

MONE. Mienten. Ahora sí que no lloro. Y le digo la pura verdad... Lo que yo le decía es mentira. Pero esto también.

COMIS. ¿De manera, que no confesás?

MONE. ¡No, no, no!... Nunca. Vea, señor Comisario. Ya no se puede vivir... ¡Pucha digo, que son!...

COMIS. Está bien. No te alterés. Andá. Dormí un rato, pensalo bien y ya hablaremos. (Timbre. El cabo.) Páselo incomunicado.

MONE. (Al salir.) ¡Pucha digo, que son!

ESCENA IV

REPOR. (Por la lateral) Y, mi Comisario.

COMIS. Todo descubierto. No ha acabado de confesar, pero ya cantará.

REPOR. *¿Moneda falsa?*

COMIS. Claro que sí. Investigaciones está empeñada en que hay «pesci grosi». No saben nada. Y ustedes... tienen la culpa. Puro bombo a Investigaciones, sin pensar que casi todas las pesquisas son nuestras. Y claro está. Nosotros somos los más habilitados para conocer a las gentes y costumbres de nuestros vecindarios; los tenemos en la palma de las manos.

REPOR. Espero que nosotros tendremos la exclusividad de la noticia. Nuestro diario ha hecho méritos ya, y...

COMIS. ¡Oh! Pierda cuidado. ¿Quieren publicar el retrato del sujeto? Ahí tienen la ficha antropométrica. Vea la lista. (Leyendo.) «Antonio Almada (a) *Moneda falsa*, o Antonio o Almada. Entradas. Ficha tal, nueve años, primera entrada, circular moneda falsa, 2.ª, 3.ª...» Vea, ahí tiene la chorrera. ¡Ah! Debo decirle como antecedente curioso que nunca se le ha podido probar nada. Unos me-

ses en veinticuatro y a la calle para volver en seguida. Tiene una cara de idiota y unas exterioridades que engañan, pero es habilísimo.

REPOR. Perfectamente. Me llevo la ficha. Y me voy porque es tarde.

COMIS. Espero que no nos olvidará. No por mí, sino por los muchachos. Es un estímulo.

REPOR. ¡Oh! A ese respecto... Hasta luego. ¡Espero que habrá noticias decisivas.

COMIS. ¡Con toda seguridad!...

REPOR. Chao. (Mutis.)

ESCENA V

CABO Un señor italiano que quiere hablar personalmente con vuecencia.

COMIS. Que pase. (Mutis el cabo.)

GAMBE. Boun giorno, signor Comisario. Yo porto una gartulina del suo amico.

COMIS. A ver. (Toma la tarjeta y lee.) ¡Usted dirá!

GAMBE. Signor Comisario. Io sono chacarero da Maggiolo.

COMIS. Muy bien.

GAMBE. Estaba a Buonozarie i mi son incontrato con una ganaglia de creollo que me hano fatto bebere un tanto. Giocamo a boccia e poi andiamo a prender el vermut. Entonces si ha presentato un golono da Galvez con uno biglieto de lotería; mi hano mostrato lo estrato e risultó con un premio de cinque cento pesi.

COMIS. Y usted por servirlo le dió ciento o doscientos. Eso se llama el toco mocho.

GAMBE. Cosa dite.

COMIS. Toco mocho.

GAMBE. Non capisco. ¡Ma io sono arrubinato!...

COMIS. Porque quería estafarlo al otro. (Timbre. El cabo. Acompañe al señor a la oficina de guardia a que haga la denuncia.

GAMBE. ¿Cosa dite?

COMIS. Que usted es tan pillo como el otro. Siga no más.

GAMBE. Parlate bene. Ma il siñor comisario...

COMIS. Siga no más.

GAMBE. (Saliendo.) Madona cuelo cregolli ladri...

ESCENA VI

CABO (Volviendo.) Ahí está la madre de ese y otra mujer.

COMIS. Que pasen.

CIRIACA ¡Ah, señor Comisario!

COMIS. No me hagas escenas. ¿Qué querés?

CIRIACA Vengo a ver a mijo. Si se puede. Yo soy una madre...

COMIS. ¡Sí, ya lo sé! ¿Qué querés?

CIRIACA Yo quiero verlo. Podría ser una ayuda para la misma autoridad.

COMIS. Bueno. El *Moneda* está reventado, pero podría mejorar su causa si confesara de plano. ¡Se ha empacado!...

CIRIACA ¡Ah! Bueno. Yo no vengo a nada malo; pueden registrarme si quieren. Pero si yo hablara con él, tal vez, tal vez... Es en el interés de mijo. El muchacho es un bandido, un mala cabeza, pero con esta lección tal vez aprenda.

COMIS. Lo voy a llamar. (Timbre. El cabo.) Que traigan a *Moneda*. Siéntense. (A Carmen.) ¿Usted también quiere hablarlo? ¡Hum!... ¡Ya sabemos! ¡Ya sabemos por acá!... Le gustan los papanatas a usted,

¿eh? Bueno. Para que vea. Tampoco le privo que hable con él, con tal de que me lo aconseje bien. ¡Ahí está el hombre!

ESCENA VII

MONE. Buen día.

CIRIACA ¡Hijo mío! ¿Por qué has hecho eso?

MONE. Yo no he hecho nada, mamá. (A Carmen.) Buen día, Carmen.

CARMEN (Responde con la cabeza.)

CIRIACA ¿Por qué no me dijiste que estabas metido en ese asunto? Yo te hubiera dado un consejo de madre, un consejo verdadero.

MONE. No estoy metido en nada.

CIRIACA ¿Pa qué sos terco, si te han encontrado en el baúl la mar de billetes falsos?

MONE. ¡Ah! ¿De modo, que usted también cree que yo tenía los falsos en el baúl?

CIRIACA Claro que sí, hijo.

COMIS. ¿Has visto, *Moneda?*

MONE. ¿Entonces, es cierto? ¿Es verdad, es verdad eso?

CIRIACA ¿Y por qué has de negarlo? Si yo te los hubiera visto, los saco y los quemo. Pero los encontró la autoridad. Confesá y no seas pavo. Sí, así la sacás con tres o cuatro añitos; diciendo la verdad tal vez sean menos.

MONE. Es claro. Bueno. Vía a contarlo todo, todo, Comisario. *Moneda falsa* va a decir la verdad.

COMIS. Así me gusta. Yo te prometo que...

MONE. No prometa nada. ¿Puedo hablar dos palabras con esta mujer aparte? (Señalando a Carmen.)

COMIS. Hablá no más.

MONE. Vení, Carmen.

CARMEN ¿Qué querés?

MONE. ¿Fuistes vos?

CARMEN ¿Qué?

MONE. ¿Fuistes vos, vos?...

CARMEN ¡Sí, me obligó!... ¡Quería matarme! ¡Yo no tuve la culpa! ¡Quería matarme!

MONE. ¡Vos!... ¡Tan luego vos!...

CARMEN No pude. Mi negro. ¡No pude!

MONE. Tu negro, ¿no? Tomá, perra, pa que te acordés de *Moneda falsa.* (Le da un golpe en la cara.)

CARMEN (Cayendo.) ¡¡Ay!!...

MONE. Este no es falso. ¡Es oro!

COMIS. *¡Moneda!* ¿Qué es eso? ¿Por qué has hecho eso?...

MONE. Es el genio que me ha vuelto. No haga caso. Asuntos privados. No te aflijás, vieja. Ella te va a cuidar... Cuando quiera, señor Comisario.

COMIS. ¡Bueno, largá!

MONE. Tenía usted razón. Esos diez fallutos todos eran míos. Se los compré a Bellini en la anterior falsificación.

FIN

EDITORIAL CERVANTES

Biblioteca de Actualidades políticas

La victoria en marcha, por Lloyd George. Epílogo de Gabriel Hanotaux.—2.ª edición, con un autógrafo del autor. **2'50 ptas.**

Nuestro porvenir, por von Bernhardi. **3 ptas.**

Grecia ante la guerra europea, por E. Venizelos. Versión española y estudio biográfico de V. Clavel. **3 ptas.**

España ante el conflicto europeo. Iberismo y germanismo, por E. González-Blanco. **3 ptas.**

El deber de América ante la nueva Europa, por T. Roosevelt. **3 ptas.**

América por la libertad, por el Presidente Wilson. Prólogo de Edward Grey. Epílogo de Lloyd George. **1'25 ptas.**

La sociedad de las naciones, por O. F. clagan. Prólogo de Albert Thomas. **2'50 p**

Europa en escombros, por el Dr. Guil mo Muebion, Ex-Director de la c Krupp. **2'50 pt**

El bolcheviquismo ante la guerra y la del mundo, por León Trotzky. Pról y traducción de Vicente Gay.—2.ª ción, aumentada. **3 pt**

La paz mundial, por Woodrow Wilson **3 pt**

Guillermo II.—Sus discursos durante guerra. **1 p**

Historia de la Revolución Rusa, por Le Trotzky.—2.ª edición. **3 pt**

El Estado y la Revolución, por Lenin. **3 pt**

Obras de Fernando Maristany

Las cien mejores poesías líricas de la lengua francesa. (2.ª Edición).

Las cien mejores poesías líricas de la lengua inglesa, prólogo de E. Díez-Canedo.

Las cien mejores poesías líricas de la lengua portuguesa, prólogo de I. Ribera y Rovira.

Las cien mejores poesías líricas de lengua alemana. Prólogo de Manuel Montolíu. **A Ptas. 2 tom**

Las cien mejores poesías líricas de lengua italiana, prólogo de C. Boselli **2'50 pta**

En el azul... (Rimas). Prefacio de Teixe ra de Pascoaes. **2 pta**

Biblioteca de autores americanos

Motivos de Proteo, por José Enrique Rodó.—3.ª edición. **5 ptas.** En tela **6.**

El Mirador de Próspero, por J. Enrique Rodó. **5 ptas.** En tela **6.**

El camino de Paros, por J. Enrique Rodó. —2.ª edición, aumentada. **3'50 ptas.** En tela **4'50.**

Florilegio de prosistas uruguayos, p Vicente A. Salaverri. **3 pta**

Teatro del uruguayo Florencio Sánche Prólogo de Vicente A. Salaverri T mo I.—*M'hijo el dotor.—Los muertos.— Nuestros hijos.* 2.ª edición.—Tomo I *Los derechos de la Salud.—En familia.* —*Moneda falsa.*—Prólogo de Juan Jos de Soiza Reilly.—Tomo III. *Barranc abajo.--La Gringa.--El desalojo.*--2 pta

Serie Appassionata

La princesa de Clèves, por la Condesa de La Fayette. **1'60 ptas.** En tela **2**

Arte de amar, por Ovidio. **1'25 ptas.** En tela **1'75.**

Adolfo, por Benjamín Constant. **1'25 ptas.** En tela **1'75**

Abelardo y Eloisa. Epistolario amoros **1'25 ptas.** En tela **1'75**

Jacobo Ortis, por Ugo Foscolo. **1'50 ptas.** En tela **2.**

Otros libros

Los dramaturgos españoles contemporáneos, por A. González-Blanco. 1.ª serie (Benavente, Linares Rivas, Dicenta y Marquina), con autógrafos y retratos. **3'50 ptas.**

Viaje a Oriente, por Alfonso de Lamartine. **2'50 ptas.**

La Bélgica que yo vi, por José Subirá (Bruselas, Amberes, Lieja, Malinas, Lovaina, Gante, Brujas, Ostende, Namur). **2'50 ptas.**

Crónicas y diálogos, por Jacinto Benavente. **1'50 ptas**

Flor de carne, por Luis de Val. **3'50 ptas**

Mecanografía (Escritura al tacto), po J. Asensi Bresó. **3 ptas**

En preparación:

El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia, por Selma Lagerlöf. Traducción directa del sueco.